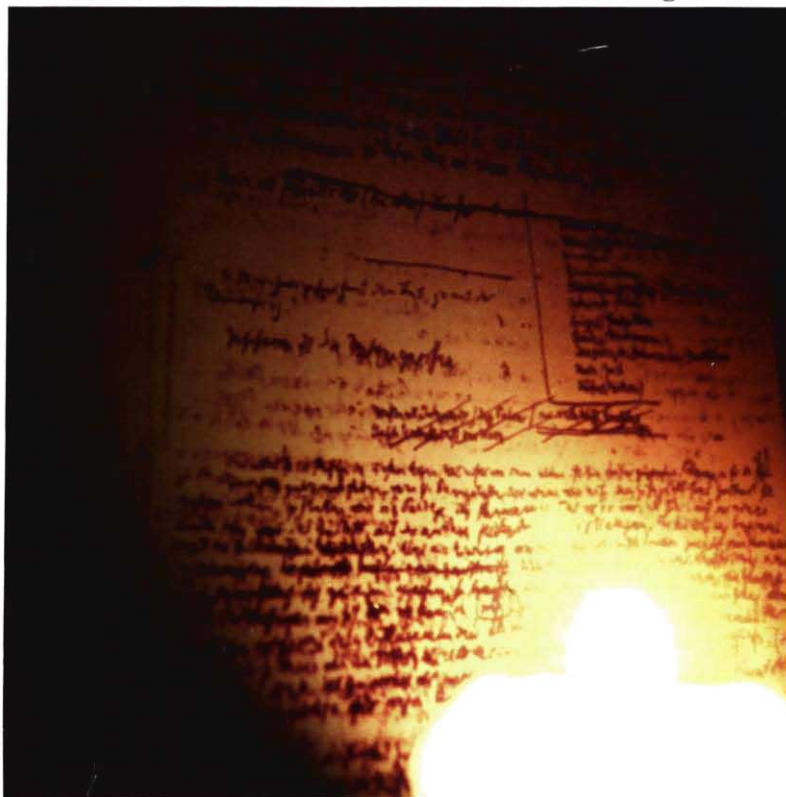


Historiografía crítica

Una reflexión teórica

Silvia Pappe

Con la colaboración didáctica de María Luna Argudín



SILVIA PAPPE es profesora-investigadora de la Maestría en Historiografía, UAM-Azcapotzalco; es doctora en letras y pertenece al SNI. Sus líneas de investigación son teoría de la historia y la historiografía, así como teoría y crítica literaria. Ha publicado artículos especializados sobre historia, teoría y literatura, realizado traducciones al español de la obra de Niklas Luhmann, y es autora de los siguientes libros:

La mesa de trabajo, un campo de batalla: una biografía intelectual de Walter Benjamin, México, UAM-A, 1986; *Desconfianza e insolencia: estudio sobre la obra narrativa de Augusto Roa Bastos*, México, UNAM, 1987; *Mitos e historias: un viaje a través de la historia suiza*, introd., comp. y trad., México, 1991 (edición apoyada por el Département Fédéral des Affaires Étrangères, Berna y la Embajada Suiza en México; Gertrude Duby-Blom, Königin des Urwalds. eFeF-Verlag, Suiza, 1994. Actualmente se encuentra en prensa *El movimiento estridentista atrapado en los andamios de la historia*. Por otra parte, ha coordinado los libros *Modernidad y posmodernidad*, México, UAM-A, 1993 (junto con Martha Rivero); y *Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana*, México, UAM-A/UIA, 2000.

a la siguiente solapa →

HISTORIOGRAFÍA CRÍTICA
UNA REFLEXIÓN TEÓRICA

COLECCIÓN

Libros de Texto y Manuales de Práctica

SERIE

Libros de Posgrado

Historiografía crítica

Una reflexión teórica

Silvia Pappe

Con la colaboración didáctica de María Luna Argudín



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Rector General

Dr. José Luis Gázquez Mateos

Secretario General

Lic. Edmundo Jacobo Molina

UNIDAD AZCAPOTZALCO

Rectora

Mtra. Mónica de la Garza Malo

Secretario

Lic. Guillermo Ejea Mendoza

Coordinador de Extensión Universitaria

Lic. Enrique López Aguilar

Jefa de la Sección de Producción y Distribución Editoriales

Lic. Silvia Lona Perales

Portada

Pablo Vargas/Sans Serif Editores

Composición tipográfica, diseño, producción y cuidado editorial

Sans Serif Editores, tel. 5611 37 30, telfax 5611 37 37

serifed@prodigy.net.mx

Primera edición 2001

ISBN: 970-654-844-0

© Universidad Autónoma Metropolitana
Unidad Azcapotzalco
Av. San Pablo núm. 180, col. Reynosa Tamaulipas
02200 México, D.F.

Impreso en México

Printed in Mexico

Presentación

El presente libro de texto desarrolla un conjunto de reflexiones teóricas en torno a la historiografía crítica. El texto se dirige esencialmente a estudiantes de posgrado así como a investigadores que en su quehacer profesional se enfrentan a retos nuevos en sus respectivas disciplinas. Se subdivide en tres grupos: *a)* El desarrollo de conceptos, su problematización, su historicidad; *b)* Condiciones y posibilidades del conocimiento sobre el pasado; y *c)* Procesos de significación en los conocimientos sobre el pasado. Cada grupo consta de varios ejes de trabajo que introducen al alumno en la problemática correspondiente mediante un ensayo. Al final de cada ensayo, se sugiere la lectura de distintos autores, con el fin de ampliar el conocimiento adquirido, así como de proporcionar mayores elementos para realizar las actividades propuestas.

El libro se propone como apoyo docente en el nivel de posgrado para la formación de investigadores. Los objetivos que se persiguen con los ejes de trabajo son los siguientes: desarrollar la capacidad de análisis e interpretación, de solución de problemas de investigación, y de la generación de conocimiento nuevo, a partir de los contenidos de este libro, impulsando a la vez las habilidades de comprensión de lectura y expresión escrita. Los contenidos de los ejes de trabajo no constituyen una historia de la historiografía, ni balances historiográficos; introducen, mediante planteamientos complejos, al estudio y la reflexión de problemas específicos que propone la historiografía crítica, considerando la historicidad del pensamiento teórico que la sustenta. Su fin es desarrollar en el alumno las habilidades necesarias para lograr una alta competencia en la materia, además de las habilidades que se requieren para participar como investigador en el planteamiento, la problematización, la reflexión y la generación de nuevos conocimientos.

El libro de texto está diseñado para que el alumno trabaje en forma independiente, con lo cual se le confiere una responsabilidad activa en el

proceso de enseñanza-aprendizaje. No obstante, es importante que el estudiante tenga posibilidad de retroalimentar este proceso y los avances de sus estudios con un tutor, quien lo apoyará en la evaluación de las actividades realizadas, y discutirá con él problemas y dudas que surjan a lo largo de los procesos de estudio y de investigación. De esta manera, el tutor proveerá al alumno la asesoría pedagógico-académica que requiere el desarrollo de sus estudios; será mediador, relacionando los diferentes elementos que intervienen en el proceso de enseñanza-aprendizaje. Véase al respecto el breve capítulo “Recomendaciones al profesor” al final de este libro.

Los ensayos que plantean y desarrollan los distintos problemas en los ejes de trabajo se pueden leer de manera independiente, o en combinación con las lecturas adicionales; las actividades tienen como objetivo lograr una mayor profundización en el campo de estudio y desarrollar las habilidades indispensables para la investigación. Lejos de proponer la aplicación de un método o modelo a seguir, las propuestas teóricas y los elementos pedagógicos fomentan una posición crítico-reflexiva.

Historiografía crítica: una reflexión teórica es un libro de texto diseñado para apoyar el Programa de Estudio de la Maestría en Historiografía de México de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, en especial el Eje de Metodología que, a lo largo de tres trimestres, ofrece al alumno “una formación teórico-metodológica amplia que posibilite un entendimiento crítico de los sujetos-objetos de investigación”.¹ Versiones previas de los ejes de trabajo se han dado a conocer a los alumnos de la Maestría en forma de Cuadernos de Posgrado.

¹ Cf. “Maestría en Historiografía de México. Información General”, México, UAM-Azcapotzalco, 2000, pp. 7 ss.

Objetivos generales

a) Conocer los conceptos y nociones en que se basa la historiografía desde la perspectiva de su propia historicidad.

b) Diferenciar los objetos de estudio de la historia y de la teoría de la historia.

c) Distinguir los principales problemas teórico-metodológicos que presenta la historiografía crítica.

d) Identificar la importancia de los problemas de cognición para la historiografía.

e) Relacionar las preguntas pertinentes de los objetos de estudio con los conceptos fundamentales de la historiografía.

f) Analizar los discursos desde su historicidad.

g) Evaluar los procesos de significación en los análisis historiográficos.

h) Propiciar el desarrollo del pensamiento crítico y creativo y las habilidades de expresión escrita.

Sistema de trabajo

Con el fin de que el alumno de posgrado —y, en general, el lector— pueda aprovechar al máximo el presente libro de texto y optimar también el proceso de enseñanza-aprendizaje, se exponen a continuación algunos elementos relacionados con el sistema de trabajo.

En los *Ejes de trabajo* se ha escogido una doble vía de acercamiento a los problemas que se desarrollan a lo largo del libro: por un lado, se plantean aspectos de la discusión actual disciplinaria y transdisciplinaria que constituyen algunas de las relaciones que son de interés para la historiografía crítica; por el otro lado, se muestran distintas formas de investigar y analizar esos problemas mediante la reflexión en torno al pensamiento histórico, los procesos de constitución del conocimiento sobre el pasado, así como las continuas transformaciones de su significado. La historiografía crítica se inscribe, justamente, en las discusiones e investigaciones cambiantes, y siempre necesarias, acerca de las condiciones, las posibilidades y las necesidades del quehacer disciplinario y transdisciplinario.

Las *Lecturas* son puntos de vista, tomas de posición, propuestas; estudios, planteamientos de problemas; formas de discurso. No son nunca ejemplares —en el sentido de modelo a seguir—, sino ejemplificaciones —en tanto posibilidades—. Abren ventanas y señalan horizontes. Su inclusión en la bibliografía sugerida no señala ninguna adhesión a escuelas o corrientes determinadas, aunque los autores de los textos y sus discursos pueden formar parte de unas y otras.

Uno de los principales objetivos de las lecturas sugeridas y de la bibliografía complementaria es inducir al alumno a recurrir a lecturas cada vez más diversificadas, en los ámbitos tanto teóricos y metodológicos como históricos e historiográficos, así como las provenientes de otras disciplinas. Es importante que el lector no se constriña a los textos indicados en este libro y que amplíe su investigación en este sentido.

En el diseño académico-formativo del presente libro de texto, las lecturas obligatorias son fundamentales (aunque no suficientes) para la comprensión y el desarrollo de los problemas historiográficos, además del logro de los propósitos pedagógicos. Mediante su lectura, la reflexión y la integración de conocimientos adquiridos, el alumno distinguirá diversos puntos de vista acerca de los conceptos expuestos, se introducirá a los debates actuales en torno a los problemas enunciados, y reconocerá en forma diferenciada las distintas maneras en que intervienen tanto la problematización como el planteamiento de preguntas sobre temas historiográficos y conceptos teóricos en la constitución y la escritura de lo histórico.

Las *Actividades* forman parte de la práctica de investigación y exigen profundidad en la reflexión así como conciencia acerca de la importancia de la escritura para la constitución del conocimiento. El alumno como investigador no debe en ningún caso repetir, resumir o aplicar mecánicamente los conceptos, ideas y resultados de investigación de otro investigador, sino problematizar el conocimiento constituido, mediante la reflexión y la escritura.² En todo trabajo por escrito, se requiere tener claridad acerca de su desarrollo; hay que indicar la importancia del enfoque elegido, del problema planteado, y justificar su elección, para luego desarrollar su argumentación. En las conclusiones, se recomienda exponer en forma resumida los resultados que la obra presenta a partir de su argumentación.

A lo largo del libro, el alumno realizará una serie de actividades con el fin de desarrollar habilidades de comprensión, análisis, y evaluación crítica. Además, se fomentará su capacidad de lectura, interpretación y expresión por escrito.

Las actividades tienen distintos niveles de complejidad; sin embargo, no es indispensable que se realicen en el orden propuesto, ni en su totalidad. El alumno, de acuerdo con el tutor, podrá optar por diseñar otras actividades, si sus intereses como futuro investigador lo requieren.

² Véase el eje de trabajo que cierra el segundo grupo, "La escritura de la historia".

Introducción general a la teoría de la historiografía crítica

La historiografía crítica, lejos de basarse en una definición simplificada, se propone como una forma de problematizar el conocimiento sobre el pasado, su potencial significativo, así como la historicidad de los procesos de construcción de conocimiento histórico. Así, en el pensamiento histórico y específicamente en el quehacer *disciplinario* de la historia, hay ciertos aspectos, preguntas y problemas que han sido y siguen siendo objeto de continuos debates: el lugar que ocupa la historia en los saberes y las disciplinas; su confrontación con los ámbitos de la ciencia que la hacen reflexionar en torno a problemas relacionados con representatividad, objetividad, verdad y verosimilitud. De la misma manera que se continúa reflexionando sobre la posibilidad de que este conocimiento se generalice y con ello se busquen leyes en la historia, continuamos preguntándonos por su cercanía con la literatura en lo referente a la narratividad, a sus formas de exposición y de representación. En los debates que se han suscitado, se polemiza sobre el carácter filosófico, social y epistemológico —entre otros— de las teorías que se ocupan de la constitución de la historia como ciencia y como disciplina, y a la vez del *status* de esta ciencia. Por lo tanto, en los debates subyace, implícita o explícitamente, una discusión ética, partidista e ideológica. No están resueltos ciertos problemas relacionados con la realidad, la percepción, la memoria, la representación, interpretación y construcción del relato en torno a esta realidad del pasado, es decir, problemas de recepción y transmisión del conocimiento sobre el pasado.

La lista de ejemplos de debates y polémicas que se llevan a cabo en la academia, y en los espacios políticos y socioculturales, resulta infinita. No obstante, por lo menos se debe mencionar otro eje de problemas: la participación en la historia, la identidad, los procesos de construcción de significados, la influencia de las tradiciones, aspectos dogmáticos y éticos en torno a la condena o la rehabilitación del pasado; y, en relación con lo anterior, se

discuten el poder, la existencia de una historia oficial, el surgimiento de las historias de grupos marginados, la recuperación de lo olvidado, el valor de testimonios y fuentes, el trato que se les da a “datos informativos” frente a “interpretaciones” y opiniones.

La filosofía de la historia, la teoría de la historia, diversas metodologías, las formas y los espacios de transmisión del conocimiento histórico, las propias prácticas de los historiadores, además de otras disciplinas como la filosofía, la psicología, la sociología, la antropología, la lingüística, la teoría literaria, la semiótica, y aun la biología, han atendido una y otra vez esos problemas. Frecuentemente han buscado apoyo en otras disciplinas para resolver estos problemas, pero también, desde sus respectivos ámbitos de conocimiento, han propuesto, trazado, rechazado y vuelto a proponer soluciones.

Consciente del carácter temporal de las respuestas, es decir, de la historicidad a que está sujeta la organización del propio pensamiento histórico, además de la constitución disciplinaria, la historiografía crítica³ propone pensar, reflexionar, problematizar y escribir historia a partir de un eje teórico, cuyo contenido básico se desarrollará a lo largo del presente libro. No se pretende instituir un nuevo método ni fundar o proporcionar una teoría de la historia determinada; tampoco se ofrece un balance histórico sobre las teorías relacionadas directa o indirectamente con el pensamiento histórico, puesto que en la actualidad las posibilidades parecen extenderse a tantas teorías como tipos de discursos sobre el pasado de la sociedad existen. Nuestra propuesta consiste en ubicar, investigar y cuestionar como problemas abiertos al debate aquellos aspectos que conciernen o afectan hoy en día la viabilidad misma del pensamiento histórico, así como las transformaciones que vive continuamente.

Pretendemos superar, hasta donde eso sea posible, un desprendimiento que en su forma actual es resultado del pensamiento moderno: la disociación entre la disciplina, por un lado, y, por el otro, un espacio creciente que en momentos llega a ser casi autónomo, como lo ha sido la filosofía (filosofía de la historia) durante algún tiempo o —sobre todo a partir de Max Weber— la sociología, o bien, más recientemente y aún en nuestros días, la teoría de

³ Existen distintas acepciones del término “historiografía”, lo cual hace necesario usar, para diferenciar, el concepto de “historiografía crítica”. En previas acepciones, historiografía designa, entre otras, historia de la historia escrita (en general, y sobre algún tema en particular, como historiografía de la Revolución Mexicana, o historiografía de la Edad Media, es decir, el conjunto de trabajos especializados relacionados con un tema o una época en particular); historia escrita; formas de hacer historia; en parte, contiene preocupaciones metodológicas, sobre todo en relación con la historia de la disciplina (del quehacer histórico, del llamado quehacer historiográfico); historiografía en relación con ciertas corrientes, por ejemplo historiografía marxista. Véase también la nota sobre “historiografía crítica” en el apéndice de este libro.

la historia; una especie de “protodisciplina” cuya tarea consistía y consiste en normar la práctica disciplinaria y en determinar el horizonte de cientificidad de esta disciplina. Georg Iggers ciertamente señala que

...existe una diferencia entre una teoría que desconoce toda exigencia de realidad a la representación histórica, y una historiografía con plena conciencia de la complejidad de la cognición histórica, pero que no obstante parte de que hombres y mujeres reales tenían ideas y sentimientos reales que condujeron a acciones reales, que pueden ser conocidos y representados históricamente.⁴

Esas teorías que, como todo pensamiento, deberían ser abiertas para contemplar la posibilidad, cuando no la necesidad, de constantes transformaciones,⁵ llevan en sí el riesgo de verse reducidas a un método y de ser aplicadas, no pocas veces, fuera de su horizonte cultural, en forma ajena a su historicidad. En otros momentos, se estancan y devienen en ideologías que, al imponerse a la cambiante historicidad, pierden y hacen perder, también aquí, justamente su potencial original.⁶ En pocas palabras, nos interesa investigar “qué significa para el trabajo histórico que existan ideas abstractas acerca de la realidad social. Esas imágenes forman la imagen de la historia. Los diagnósticos históricos afectan, a su vez, las imágenes teóricas”.⁷

Al analizar los espacios teóricos junto con los ámbitos disciplinarios, no hacemos sino devolverles, y eso vale especialmente para el pensamiento histórico, su propia historicidad como potencial crítico y reflexivo abierto. La idea esencial para lograr eso consiste en ubicar, cuestionar y problematizar los fundamentos de la historicidad, desde los ámbitos comunes de la historia y desde los espacios teóricos, y a través de sus actualizaciones y de las representaciones del pensamiento histórico. Así, la “historiografía crítica” es un quehacer que incluye en su reflexión las consecuencias de éste sobre sus propios postulados, tal como se marcan en las cambiantes actualizaciones y representaciones de sus fundamentos. En otras palabras, los parámetros y planteamientos teóricos en que se basa el quehacer historiográfico se ven afectados por los resultados de este quehacer y por las reflexiones realizadas

⁴ Georg G. Iggers, *Geschichtswissenschaft im 20. Jahrhundert*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1996 (1993), p. 88.

⁵ Una exigencia que vale no sólo para las ciencias sociales y humanas, donde parece más evidente, sino también para la teoría en las ciencias en general.

⁶ Como ejemplo, podemos mencionar algunas corrientes dogmáticas del marxismo —no son pocos los filósofos e historiadores que han optado recientemente por distinguir el marxismo del pensamiento marxiano, con el fin de recuperar este potencial—; o bien, podemos recordar las distintas variantes del positivismo; o, en la historia de la historiografía, una serie de teorías que se convierten en corriente, escuela y dogma, como ha sucedido, por ejemplo, con el estructuralismo.

⁷ Thomas Mergel y Thomas Welskopp (eds.), *Geschichte zwischen Kultur und Gesellschaft. Beitrag zur Theorie-Debatte*, Munich, Verlag C. H. Beck, 1997, p. 10.

en los procesos de investigación. Cuando la historiografía crítica reconoce la historicidad de su propio quehacer y de los fundamentos teóricos de éste, se observa a sí misma en la relación entre pasados y presentes, y entre planteamientos teóricos, prácticas de investigación y procesos de significación y construcción de conocimiento sobre el pasado.

Por ello, en el manejo, el uso y la interpretación de los discursos de historia (y eso incluye fuentes, documentos y otras manifestaciones en todas las formas y formatos), no sólo nos interesan los datos informativos (qué, quién, cuándo, etc.), sino también los datos relacionados con el cómo y el porqué del *uso* de esos datos. Pero la historiografía crítica va más allá y trabaja con la posibilidad de actualizar su historicidad en nuevos discursos de historia. Ello se busca al manejar simultáneamente varios discursos situados siempre en dos ámbitos a la vez: los que estamos leyendo e interpretando, y los nuestros que estamos construyendo y escribiendo a partir de la selección y el ordenamiento de los primeros.

La historiografía se plantea como problema actual en función del conocimiento de lo anterior —no como historia de la historia, ni como balance, sino como posibilidad de pensar la historia en cada momento—. Cabe destacar que la historiografía se propone también como forma de pensar aquello que se relaciona con determinadas temáticas en cada momento: algo pudo haber sido un asunto relacionado con la vida cotidiana, con conflictos de grupos sociales, con la producción cultural, con planteamientos filosóficos, con problemas investigados en diversas ramas de las ciencias, etc., antes de convertirse, en algún momento posterior, en un problema histórico, es decir, en un objeto de estudio de la historia. Por lo tanto, la importancia de la historiografía crítica radica en que analiza cómo y por qué algo relacionado con el pasado adquiere interés para la historia, investigando siempre a partir de un conocimiento doble: el pasado que aconteció y que es comunicado, y el pasado que recupera la historia desde el presente y para el presente.

A partir de lo anterior, presentamos una serie de formas de problematizar, siempre en relación con ambos momentos: el actual y el estudiado. Para ello necesitamos aclarar dos puntos: el lugar de la teoría en la historiografía (en la historia, el pensamiento histórico, etc.), y el concepto de historicidad, que es lo que ubica los estudios relacionados con el pasado en función de los intereses del presente.

A) LUGAR DE LA TEORÍA

Resulta imposible no escuchar el llamado pidiendo “teoría” en las ciencias históricas desde hace tiempo. Aquellos que emiten el llamado y aquellos que están dispuestos a seguirlo están de acuerdo en que el mismo significa una

Introducción general

crítica a un determinado concepto de ciencias históricas y en que postula uno nuevo. Ambos yerran al considerar al concepto criticado como ateórico. Sus defensores se equivocan en cuanto a la dimensión de la capacidad explicativa de la teoría, mientras que sus críticos toman este autoengaño como una información objetiva y se sienten confirmados en su crítica. Hay mayor disenso en cuanto al sí y al cómo la forma tradicional de la investigación histórica puede y debe ser transformada cualitativamente a través de la introducción de teorías explícitas.

Una discusión de tal tipo debe enmarcarse bajo la lucha sobre conceptos fundamentales que aparece esporádicamente en toda ciencia, y en la cual se muestran, y en parte se llevan a cabo, procesos críticos del desarrollo científico. Y aunque tales procesos de manera retrospectiva suelen reconocerse como oportunidades para el progreso del conocimiento dadas por el cambio de aspectos fundamentales de tal ciencia, mientras la crisis dura no se puede encontrar un punto de vista exterior a la controversia desde el cual se pueda decidir. Así pues, no se trata de salir del debate teórico de las ciencias históricas por la supuestamente fructuosa investigación empírica, sino de abordarlo de tal manera que el desarrollo de las ciencias históricas sea fértilmente influenciado por él.⁸

Empezamos nuestras reflexiones con esta larga cita del historiador alemán Jörn Rüsen para subrayar que las posibilidades de presentar los distintos ámbitos de lo teórico son casi infinitas, aunque están estrechamente relacionadas con la propia idea de historia que prevalezca en una época determinada. A continuación se presenta una lista con unos cuantos ejemplos que muestran cómo suele estructurarse significativamente el conocimiento histórico. Podrá observarse que los ejemplos son usados por distintos autores con diferentes intenciones y provenientes de diversas tradiciones tanto disciplinarias como extradisciplinarias.

- Cortes temporales. Es frecuente que en los libros de texto de historia universal se establezca una periodización que abarca desde los griegos hasta la era contemporánea. De esta manera, mediante cortes en el tiempo, se otorga mayor o menor relevancia a determinadas épocas; asimismo, el historiador termina por situarse en determinadas tradiciones culturales, políticas, ideológicas, etc., y reconoce su objeto de estudio como parte significativa de esas tradiciones.
- Cortes espaciales. En la historia política se organiza el acontecer a partir de los estados-nación. Cabe señalar que actualmente se obser-

⁸ Jörn Rüsen, "Origen y tarea de la teoría de la historia", en Silvia Pappe (coord.), *Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana*, México, UAM-A/UIA, 2000, pp. 37-82 (37-38). Este texto forma parte de las lecturas obligatorias.

van posibles derivaciones hacia una visión más “global”, a la vez que se da mayor importancia a la recuperación de lo regional y lo local, resaltando lo marginal (colonizado) en visiones históricas anteriores, y oponiendo esta visión a los centros de poder.

- Cortes ideológicos. Es común que esos cortes se deriven de teorías cuya aplicación inmediata se cruza con posiciones políticas o principios dominantes vigentes. Así, el marxismo por mucho tiempo analizó la sociedad mesoamericana como un modo de producción asiático. En los debates recientes acerca de los centros de poder y la globalización, el pensamiento llamado “políticamente correcto” toma partido por determinados grupos marginados, y crea los estudios subalternos, o la historia de género que centra su atención en las mujeres.
- Formal-constitutivo. En las discusiones en torno a los géneros y los formatos, enfoques teóricos como el estructuralismo o el constructivismo, influyen en los procesos de significación del pasado; cabe destacar el carácter interdisciplinario y transdisciplinario que esos enfoques adquieren cada vez más.
- Uso. El conocimiento histórico suele utilizarse para construir legitimidad; por ejemplo, en la historia mexicana el llamado “Grito de Dolores” adquiere un sentido fundacional de la nación. Así, el uso (percepción, interpretación y construcción) de los datos, de la experiencia y la memoria, además de su relación con tipos de explicación, comprensión y reinterpretación, estructura los discursos en función de las correspondencias con formas de representación en el sentido disciplinario o científico.
- Temático. En los estudios recientes se observa cada vez más la limitación de lo temático cuando no se problematiza en función de la historicidad de los intereses en torno al objeto de estudio.

Lo que nos interesa aquí es que se trata, en todos los casos, de bases teórico-metodológicas de la propia disciplina. Son elementos que no sólo rigen la disciplina, sino que además están sujetos a las mismas reglas que describen y definen.

Ahondemos un poco más sobre el lugar de la teoría: cuando pensamos en los ámbitos de lo teórico como algo separado de las prácticas disciplinarias (en forma, por ejemplo, de un marco teórico; o como algo que rige estas prácticas desde su exterior), terminamos enfrentados a un problema doble: *a)* por una parte, elaboramos dos investigaciones, una para avanzar y concretar en teoría, la otra para desarrollar un tema específico en la disciplina propiamente dicho; y *b)* debemos tener en cuenta que el ámbito de lo teórico,

exactamente de la misma manera que el ámbito de las prácticas, se constituye en el seno de los horizontes culturales en los que estamos inmersos como investigadores. Toda teoría cuya intención es servir de marco general, es a la vez históricamente específica, particular, no repetible en su constitución.

En los estudios históricos e historiográficos, estos dos problemas se vuelven aún más agudos: dada la historicidad de la constitución de la teoría y la función que tiene para la construcción del pensamiento histórico,⁹ se ve obligada a interrogarse constantemente, tanto desde el ámbito de lo teórico como desde las prácticas de sus propias prerrogativas.

El problema consiste en que toda teoría sobre una sociedad, un grupo, una cultura determinada, su pensamiento, su comportamiento, su relación con el tiempo, el espacio y la construcción de significados al respecto (el conocimiento), se ha concebido durante mucho tiempo como si su pensamiento, su comportamiento, la construcción de sus significados, no formaran parte de esta sociedad, de este grupo, de esta cultura. Toda teoría es no sólo la descripción de un comportamiento, un pensamiento, un significado; es, en primer lugar, parte de todo ello. De la misma manera, todo texto, todo modelo, toda abstracción, todo planteamiento, también toda teoría, es un producto o una construcción cultural que socialmente está determinada en el tiempo. El efecto para una teoría, vista en su particularidad histórica, es que desemboca en que se describe a sí misma, en parte, como si fuera distinta, cuando no ajena, incluso, a sus propios postulados como teoría *para* lo histórico.

En la relación que todo investigador establece con el ámbito de lo teórico, e independientemente de que se base en los postulados de una u otra teoría (autor, escuela, corriente), se ve obligado a analizarlos y reflexionar en torno a ellos, puesto que forman parte del conjunto de correlaciones que constituyen lo histórico. Los distintos ámbitos de lo teórico y de las prácticas disciplinarias se afectan mutuamente, desde los conocimientos que los constituyen hasta aquellos otros que producen como efecto de sus interrelaciones.

La particularidad temporal y, más específicamente, el carácter histórico de toda teoría significan que, en esta visión, no es pertinente convertir un modelo o una teoría en pasos metodológicos con los cuales es posible

⁹ De esta manera, podemos ver el pensamiento histórico como un pensamiento humano que reelabora experiencias en el tiempo y en el espacio, y que surge de tensiones entre varios ámbitos; tiene que ver con distintos conceptos que se manifiestan en el tiempo y con el tiempo, tomando en cuenta que este tiempo se puede actualizar en distintos conceptos de temporalidad. Tiene que ver, asimismo, con las experiencias del ser humano, con sus expectativas, horizontes, perspectivas, valores —y todo ello, a su vez, está sujeto a distintas posibilidades de manifestación y actualización. Tiene que ver con intereses, es decir, con las interrogantes frente a los posibles significados que nos hacemos ante las experiencias vividas en y vistas desde otros tiempos, otros espacios, otras culturas, otros intereses; y, nuevamente, sus representaciones en cada presente se manifiestan de distinta manera.

enfrentar cualquier tipo de problema de historia, ni elaborar cualquier discurso histórico. El ámbito de lo teórico, lejos de fijar solamente las reglas de la investigación, el estudio y la escritura de la historia, pone en relieve la historicidad de la misma a la vez que se ve afectada por ella. Su lugar no es ni el pasado ni el presente propiamente dichos, sino el arco de tensión que establece entre los dos.

Podemos ver, entonces, lo teórico-histórico como una sistematización del horizonte de expectativas¹⁰ de lo posible (de lo que se *puede* pensar) más que de acontecimientos “reales”; es lo que abre, asimismo, la recepción potencial del pensamiento histórico, así como la viabilidad y las estrategias que permiten constituirlo, desde las tensiones de la historicidad y ante nuestros propios intereses, en historias significativas para cada cultura.

En la relación con lo teórico se incluyen, asimismo, el cuestionamiento y la problematización de enfoques, métodos y conceptos, y desde esta reflexión permanente se orienta (como discurso teórico) cada actualización y representación de las correlaciones conceptuales y de las nociones básicas en que se manifiestan.

El cuestionamiento permanente que parte de la tensión entre historia e historicidad (incluso para el caso de la teoría) conduce a la necesidad de diferenciar de qué hablamos en historia cuando hablamos de la teoría de la historia. Por un lado, hay una serie de teorías sociales, pero también otras, por ejemplo, sobre las culturas que estudiamos en historia; y, por el otro, está todo aquello que determina, sustenta y conduce el quehacer científico (académico, cognitivo, racional) de una disciplina determinada: aquel marco cognitivo que permite reconocer, y sobre todo producir, reproducir, transmitir y transformar un pensamiento disciplinario determinado —en nuestro caso: el pensamiento histórico.

Problematizar estas dos líneas de lo teórico significa revisar, analizar y evaluar los alcances de sus posibilidades para orientar su presencia; verlo como algo que requiere reflexión y cuya tensión frente a su propia historicidad, frente a sus propias características temporales, tiene efectos en el pensamiento histórico. No se establecen simplemente relaciones, redes, modelos y sistemas (en una visión estructuralista); al contrario, el ámbito de lo teórico se potencia en movimientos, actualizaciones, cambios. Por ejemplo, cuando se logra problematizar algo se transforma el interés de quien problematiza. Este interés se va determinando y manifestando desde otras actualizaciones y presencias y, sobre todo, desde otros cuestionamientos e interrogantes.

¹⁰ Los conceptos de horizonte, horizonte de expectativas y otros relacionados con ellos, se encuentran desarrollados en Hans-Georg Gadamer, *Verdad y método*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1986. Véase especialmente “El principio de la historia efectual”, pp. 370-377.

Introducción general

No es suficiente descubrir, aceptar y confirmar los fundamentos desde los fundamentos mismos: tenemos que identificar las tensiones, recuperar las contradicciones resueltas temporalmente, hacer preguntas a aquello que parecía claro, porque se le veía como nociones con carácter normativo, científico y objetivo, es decir, inamovible hasta cierto punto, de una disciplina. Reflexionar en torno a la historicidad del ámbito de lo teórico significa más que hurgar en lo que ya se conocía. Metodológicamente se trabaja distinto.

B) HISTORICIDAD

Entendemos la historicidad como posibilidad, condición y necesidad para la constitución de lo histórico (Historia, historias, historiografía...), con base en una tensión entre por lo menos dos tiempos:¹¹ el presente y cualquier modalidad de pasado. Los soportes de la historiografía son conceptos y nociones que en la actualidad se consideran indispensables para el trabajo académico relacionado con el pensamiento, el análisis y la constitución de los discursos históricos, los materiales así como las disciplinas de apoyo, todos ellos relacionados con la constitución de los saberes, las tradiciones y las condiciones necesarias, de acuerdo con los intereses, preguntas y formas de problematización que plasman los estudiosos. Uno puede percatarse de las grandes diferencias anotadas por los historiadores y otros científicos sociales ocupados en tareas de investigación y constitución del pensamiento histórico. En varios momentos de la historia de la disciplina, la ampliación temática conduce a procesos de ramificación y subdivisión disciplinarias y a cuestionamientos desde ángulos novedosos; a la vez, la interrogación de todo ello llega, en distintos momentos, hasta el cuestionamiento de la historicidad desde la historicidad misma.

Por una parte, esa condición, esa necesidad y esa exigencia, ineludibles no sólo para la constitución en sí de lo histórico a partir de la historicidad, sino también en tanto rigor académico, tienen que ir *dirigidas* a algo. Por otra parte, ni la constitución, ni la posibilidad, ni la exigencia se pueden “aplicar” a la propia historicidad, por lo que se plantea que la historicidad da origen,

¹¹ Hablo aquí de tiempos, pero también se puede tratar de dos o más espacios: el propio y otro: otra nación, otra cultura, otro grupo social, otro espacio teórico o ideológico, etc. Lo que para la tensión temporal es el presente y alguna modalidad del pasado, para el espacio resulta ser frecuentemente el lugar sociocultural propio y alguna modalidad de otredad. Casi siempre, ello resulta en un complejo entramado de tiempo-espacio; tanto en el ámbito teórico como en diversos estudios de crítica literaria, Mijáil Bajtín ha investigado representaciones específicas de esos *cronotopos* en determinados momentos históricos.

mediante el cuestionamiento, a algo que queda sujeto, a su vez, a la historicidad misma.¹²

La tensión entre los distintos tiempos que se conceptualizan como nociones abstractas (presentes y pasados), sin constituirse aún en significados mediante historias determinadas, es decir, sin ser constituidos todavía en términos del pensamiento histórico, afecta indiscutiblemente los distintos niveles de la escritura de la historia. Una pregunta recurrente para todo historiador es por qué y cómo esa tensión puede fundar e instituir nuevamente historicidad, a partir del conocimiento sobre el pasado (los hechos pasados), presentado en forma de discursos de historia (como veremos, en forma de un pasado comunicado).

Si hablamos de la tensión entre distintos tiempos, y de que la historicidad y sus actualizaciones o representaciones, las historias, son constituidas a partir de esas tensiones, debe quedar claro que todo historiador se encuentra en alguno de los posibles puntos de tensión y que, además, se trata de un punto claramente privilegiado: es el lugar desde donde se estructuran los discursos de la historia, y es allí donde se problematiza y se interroga el potencial de la historicidad. Sin embargo, no se trata solamente del lugar fijo de un sujeto, sino de un punto sometido a las tensiones y, por lo mismo, un punto que siempre forma parte de la historicidad. En ambos sentidos, es una posición que, conscientemente o no, se toma.

Lectura obligatoria

Jörn Rüsen, "Origen y tarea de la teoría de la historia", en Silvia Pappe (coord.), *Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana*, México, UAM-A/UIA, 2000, pp. 37-82.

En su ensayo de 1970, Jörn Rüsen parte de la siguiente distinción tipológica: por un lado sitúa una historiografía normativa que rige los paradigmas disciplinares; por el otro tenemos una historiografía reflexiva que cuestiona críticamente la validez y la permanencia en el tiempo de esas normas paradigmáticas, así como las posibilidades cognitivas y de significación que surgen de ellas.

¹² Observar las formas en que esta tensión queda resuelta (y muchas veces, disuelta) en ciertos estudios o historias escritas, puede dar la impresión de que, en sí, la tensión abierta de la historicidad no es un asunto importante para la historiografía, sino un estado previo, un punto de partida, el potencial de las historias por escribir. Sin embargo, veremos que es un aspecto indispensable para los procesos de escritura y significación, reescritura y resignificación, en la constitución del conocimiento sobre el pasado.

EJES DE TRABAJO, PRIMER GRUPO

El desarrollo de conceptos,
su problematización, su historicidad

La historiografía se ocupa, como su nombre lo indica, esencialmente de la escritura de la historia —la historiografía crítica¹³ amplía sus intereses: no se limita a una historia de las historias escritas, ni pretende convertirse en un método para escribir historia, sino es una posibilidad y necesidad de analizar críticamente los discursos que representan el pensamiento histórico, de los elementos que constituyen esos discursos, sus fundamentos, conceptos, procedencia, trayectoria, efectos—, además de todos aquellos discursos provenientes y pertenecientes a otras disciplinas, a la vida cotidiana y al arte que influyen o pueden ser objeto de estudio de un análisis historiográfico, sin ser una simple vía de análisis del discurso. La historiografía estudia, así, huellas del pasado, fuentes, discursos, así como sus manifestaciones y representaciones, *en función de su propia historicidad*. Por ello, los conceptos centrales que se deben problematizar son: discurso, temporalidad, espacio y principios dominantes, sin que la suma de ellos se constituya en una definición cerrada.

El hecho de que se escoja como punto de partida la reflexión en torno a la constitución de los elementos mencionados —temporalidad, espacialidad, principios dominantes y discursos, así como su problematización— se debe a las profundas transformaciones que se pueden observar en la disciplina de referencia, las ciencias históricas, durante el último cuarto del siglo xx. Esas transformaciones se deben en buena parte a los propios historiadores y su preocupación de responder a las exigencias de una especialización cada vez mayor, y la consecuente subdivisión de la disciplina a lo largo de todo el siglo xx.¹⁴ Sin embargo, a partir de los años setenta surgen una serie de debates

¹³ Para la diferenciación necesaria, véase *supra*, nota 3; y el apéndice de este libro.

¹⁴ Véase la revisión que a este respecto hace Peter Burke en *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza Editorial, 1996 (edición inglesa, 1991).

en otras disciplinas que afectan y cuestionan la autocomprensión y las posibilidades de varias de ellas y del trabajo interdisciplinario en ciencias sociales y humanas; estos debates se extienden también a las relaciones entre éstas y las llamadas ciencias duras, además de la expresión artística. Para las ciencias históricas, eso significa que no es posible seguir resolviendo las nuevas demandas con una ampliación de temáticas o la inclusión de intereses interdisciplinarios. Es así como se inicia este curso con la presentación de algunos de los aspectos más relevantes, y un llamado de atención en lo que se refiere a su uso, su pertinencia, sus posibilidades, y las interrogantes frente a su propia constitución. A la larga, ello se ampliará hasta que sea posible interrogar la constitución del pensamiento histórico en función del tipo de preguntas que plantea la historiografía y de los problemas que le interesan.

Desde ahora hay que advertir que una de las principales preocupaciones, aparentemente teóricas, pero con importantes repercusiones en la investigación historiográfica, es su relación con aquellas otras disciplinas de las cuales ha recibido y sigue recibiendo fuertes impulsos. El problema (que parece un sofisma) es el siguiente: al tratar de definir la historiografía mediante la separación y la distinción de esas otras disciplinas (sobre todo de la propia historia), se pasa por alto uno de los aspectos fundamentales para el surgimiento de la historiografía: las fronteras cada vez más borrosas en prácticas transdisciplinarias y problematizaciones teóricas comunes. No podemos, entonces, establecer una definición mediante diferencias; tendremos que buscar, al contrario, las condiciones teóricas y prácticas de investigación, los intereses y las necesidades que se plantean justamente a partir de las fronteras disciplinarias y los debates teóricos con otras disciplinas —y entre ellas— que se abren y que se proponen en función de todos los ámbitos que la historia ha empezado a tocar.

La historiografía interroga esencialmente *relaciones* entre diversos ámbitos, históricos y extrahistóricos, si reflexiona en torno a los espacios de construcción del conocimiento, ya no desde el exterior de este conocimiento (como hacen las teorías constituidas explícitamente para ello), sino desde su propia historicidad; ello implica una posición del historiógrafo en la tensión que establece en esta historicidad.

Así pues, la historiografía no se plantea como una nueva disciplina *frente* a las demás, bien determinada y delimitada, sino *entre* las demás, consciente de los límites y de las fronteras cada vez más abiertas, los espacios teóricos permeables, con la capacidad de reaccionar frente a esas transformaciones que afectan los saberes y el conocimiento, y en gran medida también los procesos de constitución de este conocimiento, su uso, los lugares que ocupa, así como los significados que se constituyen a partir de él. Y, a la vez, eso no

sólo produce una explicación o interpretación o comprensión, sino un nuevo conocimiento que, en este sentido, puede ser distinto del producido por la historia.

No es una disciplina o subdisciplina más al lado de las demás —eso fraccionaría más aún lo que abarcan las ciencias sociales y humanas—, sino que se trata de tener los elementos necesarios para interrogar espacios abiertos, borrosos, no considerados, o donde las disciplinas no cubren las necesidades de las preguntas actuales frente a la historicidad del conocimiento.

Podríamos decir, entonces, que la historiografía se comprende a sí misma como una disciplina transdisciplinaria no sólo en el campo temático (eso la historia lo ha hecho siempre: historia económica, historia social, historia de la literatura, historia de la ciencia), sino en el plano de las interrogantes y las reflexiones frente a problemas relacionados con el pensamiento histórico, es decir, con la historicidad que contiene todo conocimiento en tanto constitución histórica.

Para ello, en este libro de texto sobre teoría se usa la siguiente estrategia: no se presentarán, en lo posible, afirmaciones o definiciones determinadas, últimas, sino que se buscará entrar en una serie de debates presentados como problemas no resueltos, es decir, en función del mismo ámbito teórico-metodológico que se expone para la reflexión y la investigación.

Temporalidad

Objetivos específicos

- a) Familiarizarse con las formas de temporalidad para el conocimiento sobre el pasado.
- b) Conocer la relación entre memoria y conocimiento del pasado.
- c) Identificar la tensión entre pasado y futuro, y el futuro del pasado en la escritura de la historia.

En un esbozo tan breve es imposible sistematizar, mucho menos agotar, las posibilidades de lo relacionado con el tiempo; ni siquiera pensamos en un balance de todas las modalidades en que se ha visto (y en que se puede ver) el tiempo relacionado con el pensamiento histórico.¹⁵ Sin embargo, sí queremos resaltar que

La constitución del significado histórico se realiza tanto en el tiempo como con el tiempo, y en las condiciones de los conceptos de temporalidad específicas de cada cultura y época, que se pueden comprender concretamente en la correlación vivida y buscada en su significado, entre recuerdo y expectativa, olvido y esperanza, pérdida y posibilidad. Los conceptos de tiempo en los cuales se constituye como categoría la experiencia del cambio y de la transformación, no son menos fundamentales para todo pensamiento histórico.¹⁶

Nos hemos referido a la tensión entre dos tiempos (presente y alguna modalidad del pasado), sin concretar a qué tipo de tiempo nos referimos; en los ámbitos del pensamiento histórico existen distintos niveles de tiempo

¹⁵ Véase por ejemplo Paul Ricoeur, quien al ocuparse solamente del tipo de tiempo relacionado con la narratividad, y limitándose al mundo occidental, realizó uno de los estudios más extensos tanto en el nivel teórico como en el nivel de análisis de historiografía cultural, en *Tiempo y narración*, vols. I-III, México, Siglo XXI Editores, 1985.

¹⁶ Klaus E. Müller y Jörn Rüsen (eds.), *Historische Sinnbildung. Problemstellungen, Zeitkonzepte, Wahrnehmungshorizonte, Darstellungsstrategien*, Reinbek bei Hamburg, rowohlt, 1997, p. 11.

esenciales. A partir de una *noción básica*, culturalmente definida en conceptos de temporalidad, hay un tipo de tiempo en que se basa el *pensamiento histórico* tal como se conoce en cada actualidad o presente. Sin embargo, aquí pueden presentarse frecuentes confusiones, dados los residuos y las huellas, los intereses y problemas planteados en el pensamiento religioso, filosófico, mitológico, místico, y evidentemente en el científico, que también se constituyen con base en nociones de tiempo y significados elaborados a partir de ellas.

Por otra parte, es importante analizar cómo la temporalidad de culturas distintas de la nuestra es integrada, ocultada o negada en mayor o menor grado: desde las imposiciones o reestructuraciones en función del poder político (conquistas, imperios, revoluciones, etc.), hasta la pretensión disciplinaria de tener la capacidad de cubrir distintas culturas y épocas, lo cual se observa en el establecimiento de academias, escuelas, corrientes, investigaciones, revistas especializadas.

Para el pensamiento histórico es relevante otro tipo de tiempo preestablecido, y a la vez sujeto a cambios, que surge de las *tradiciones historiográficas* propiamente dichas, y que se manifiesta, entre otros, mediante diversas *periodizaciones* (incluyendo larga duración, ciclos, edades, periodos culturales, regímenes políticos, vidas de personajes y héroes) y mediante enfoques teórico-prácticos enlazados, ligados, conectados con ciertos significados: desde cronologías y anales, hasta modalidades temporales totalmente distintas por el uso que tienen, como son los tiempos de la vida cotidiana.

Otro problema cuya reflexión no sólo resulta fructífera para la historiografía, sino que es indispensable, lo constituyen los autores que escriben en función de dos elementos: en primer lugar, la posibilidad de disponer de *archivos* de donde se puede obtener la información, y que implica la idea de guardar, así como la persistente idea sobre la importancia de la *memoria* y de las formas de transmisión de la información almacenada; y, en segundo lugar, la necesidad de los *tiempos narrativos* que se usan y que influyen en la estructuración interna de todo texto: la manera de relacionar hechos, descubrir procesos, enlazar unos con otros, darles más espacio a unos elementos que a otros (mayor tiempo de tratamiento, un lugar privilegiado en la jerarquía del texto).

Así, el acto o proceso de significación de lo temporal se tiene que considerar en primer lugar *desde* cada cultura; este ámbito del proceso de significación se debe entrecruzar *en* una temporalidad determinada que se constituye, a su vez, de acuerdo con las nociones básicas de cada cultura y mediante ellas mismas.¹⁷ Es decir, tanto el proceso como los ámbitos de

¹⁷ Describir y explicar la manera en que se piensa y se significa el tiempo en otras culturas, siempre es un proceso comparativo (implícita o explícitamente); siempre parte de nuestros propios conceptos y,

significación de lo temporal, además de la propia temporalidad, tienen siempre una serie de significados previos e ineludibles. Me parece fundamental aclarar que esta consideración debe entenderse como una problemática por analizar en un doble aspecto: como parte constitutiva del objeto de estudio y como parte constitutiva de la temporalidad que interviene en la constitución de la propia disciplina (la historicidad). Ambos aspectos afectan la escritura de la historia y los análisis historiográficos.

Planteado así, lo anterior parece un círculo, pero deja de serlo desde el momento en que podemos distinguir entre distintos tipos de tiempo para el pensamiento histórico: el tiempo ligado a sucesos repetidos para medir (actividades cotidianas, rituales, festejos); el tiempo atado a sucesos no repetidos (o no sistemáticamente) para constituirse en recuerdos y memoria (sucesos y eventos extraordinarios, hechos históricos, etc.); el tiempo cuyo transcurrir se percibe por una meta lograda (trabajo o tarea realizados; como ejemplo, valga el mito de Penélope, que trata de “deshacer” el tiempo ocurrido deshaciendo la tarea cuyo término indicaría el término del plazo¹⁸); el tiempo biológico

sobre todo, de nuestro propio modo de pensar. Lo propio se constituye, en este sentido, en la norma, mientras que lo “otro” es siempre la excepción. No hay manera de insertarse en el otro sistema (tendría que olvidarse todo lo del propio) ni de estar por encima de uno y de otro. Eso queda muy claro en las críticas y autocríticas recientes que se han presentado, más que en la historiografía, en disciplinas como la etnografía o la antropología, en las cuales, al describir conceptos distintos (entre ellos, el concepto de tiempo), se llega a la conclusión de que el describir lo otro, y no poder describirlo desde adentro, equivale a una escritura literaria más que analítica. Para mayores referencias, véanse los debates enunciados en el libro de C. Geertz, J. Clifford *et al.*, *El surgimiento de la antropología posmoderna*, comp. y trad. de Carlos Reynosa, Barcelona, Gedisa, 1998.

Es importante resaltar, en la discusión en torno a la constitución del pensamiento histórico, que no cualquier clase de tiempo permite la elaboración de un discurso histórico (hay discursos basados en tiempo o en usos de tiempo, que no son históricos en el sentido occidental: piénsese en los debates de antropólogos, pero también de historiadores en la historiografía china o en la india). Para *pensar* siquiera la posibilidad de una historicidad (condición, posibilidad y exigencia) se requiere conceptualizar los significados de la diferencia de por lo menos dos tiempos o dos momentos, de los cuales uno es el presente, y donde el énfasis se coloca en la línea entre los dos (en el sentido de un tiempo fundador, o en el sentido de un futuro como meta de las acciones del hombre en el tiempo), o en la ruptura (el disparar a los relojes públicos durante la Revolución Francesa y la constitución de un nuevo tiempo, que cuenta los años a partir de uno, y que incluye nuevos nombres para los meses —y que, no obstante, es nuevo frente a lo anterior). En términos de lo histórico, pero no en términos de lo religioso, la forma de establecer la cronología occidental (a.C., d.C.), por ejemplo, se ha impuesto por encima de la cronología de otras culturas, por ejemplo de la cuenta de años del calendario judío, o del Islam. En este sentido, estamos ya frente a una primera “globalización”, al considerar una tradición por encima de otras aun cuando, en la cuenta del tiempo religioso, sea paralela a las otras tradiciones.

Eso tiene, a su vez, una serie de consecuencias: por un lado, el discurso histórico sobre grupos culturales no occidentales se impone, es hegemónico al utilizar categorías y nociones básicas ajenas a la otra cultura. Eso no se puede corregir sin más, tratando de introducir nociones de otras culturas en un tipo de discursividad histórica establecida y con una tradición en cuanto a la constitución y significación determinadas del pensamiento.

¹⁸ Si el plazo no se cumple, el tiempo al parecer no transcurre; evidentemente, cualquier otro

(humano, de la naturaleza) que deriva en calendarios, pero también en estructuraciones por generaciones, reinados; el tiempo marcado como categoría con un significado implícito (devenir, progreso, proceso dialéctico, desarrollo, evolución); el tiempo que aparentemente no está ligado a “nada” (tiempo astronómico, universal, abstracto en el sentido de una medida que pretende no implicar ningún significado previo, pero cuya importancia reside en el peso que se le asigna al pensamiento religioso en un momento dado, o científico en otro).

La historia como representación cultural en el tiempo, se construye a partir de la consideración, no siempre consciente, de todos esos elementos. En la historiografía occidental moderna, podemos observar, por ejemplo, una red formada por la existencia de calendarios lineales unívocos, en combinación con el tiempo abstracto, estructurado en un segundo nivel con delimitaciones temporales significativas (periodizaciones, ciclos, etc.); esta red se “llena” de otras temporalidades marcadas mediante sucesos, acontecimientos, procesos, figuras, etc. En estas otras temporalidades parece importante resaltar el carácter extraordinario de unos, la repetición de otros, la capacidad de otorgar una estructura significativa de terceros. Según las preguntas que se plantean frente a la historicidad desde la historicidad misma, estas diferentes posibilidades adquieren mayor o menor peso, para derivar en historias de distintos enfoques: la historia política, por ejemplo, le da mayor peso a los sucesos extraordinarios, mientras que la historia de las mentalidades o la historia cotidiana buscan darle más importancia a los tiempos correspondientes a rituales, quehaceres, con metas implícitas que se pueden alcanzar o no.

Ante la imposibilidad, e incluso la poca utilidad, de sistematizar las posibles relaciones temporales (cada historia, cada historicidad —posibilidad, condición, necesidad—, cada interés determinado mediante una teoría, deben encontrar su propia manera de relacionar los tiempos, su propia *cara* del tiempo), queremos enunciar algunas consideraciones que permiten preguntas de investigación y, a partir de ellas, maneras de problematizar los objetos de estudio que pretendemos construir eventualmente desde el pensamiento histórico:

- Marcas periódicas y sistemáticas del tiempo (rituales, costumbres repetidas, aniversarios, festejos, etc.) no sólo sirven para imponerle un orden determinado al paso del tiempo y confirmar la función de cohesión social de las prácticas culturales, una identidad y, evi-

tiempo, ya sea el de contabilidad abstracta, ya sea el de la vida cotidiana, es decir, todo tiempo que exista fuera del trato establecido, si transcurre.

dentemente, el propio orden; no sólo valen para que una sociedad logre orientarse a partir de costumbres y de una identidad. Además de confirmar todo ello, tiene que justificarlo, legitimarlo y sancionarlo; tiene que relacionar lo anterior con lo posterior, lo particular con valores más generales, tiene que encontrar causas y explicar.

Por ello, es importante anticipar que el tiempo abstracto, para historia/historiografía, para memoria, para esperanza, expectativa, si bien se ha convertido en referente obligado ("objetivo"), no se percibe como tal; más bien, las acciones, las repeticiones, los ciclos, *constituyen, crean*, en sí, el tiempo: *marcan* la noción abstracta, la temporalidad, para convertirla en concepto temporal y, al entrar en tensión con el presente, en historicidad.

De ahí que el asunto de la periodización tiene que ver menos con mediciones abstractas de tiempo (a pesar de la conmemoración de fechas, sucesos, acontecimientos, aniversarios, centenarios y similares) que con lo que se pretende recordar, con lo que constituye la memoria, con lo que se integra como historia, y con la mezcla de ambos.

- El historiador y etnólogo (entre muchas otras especialidades) alemán Klaus E. Müller, profesor de etnología en la Universidad de Frankfurt, propone en un ensayo sobre los conceptos temporales en las culturas tradicionales, un llamado "tiempo original", donde lo realizado por dioses o por héroes fundadores es irreversible y tiene un valor inalterable.¹⁹ Esta propuesta está enlazada con un debate y una serie de controversias entre historiadores, sociólogos, antropólogos y filósofos, en torno a los valores asignados a las "culturas tradicionales", que no viene a cuenta comentar en este contexto. No obstante, el ensayo de Müller nos permite señalar cómo esta misma conceptualización discutible muestra la importancia y la actualidad sobre la reflexión acerca del tiempo, y de los conceptos que se derivan del uso que se hace de la temporalidad. En el ámbito de problematización que nos interesa, cabe añadir que en sociedades y culturas "no tradicionales", este llamado tiempo "original" sigue existiendo en el imaginario colectivo para determinadas funciones sociales: los mitos, cuentos de hadas, relatos religiosos, son sustituidos por las narraciones equivalentes de otros ámbitos sin que cambie sustancialmente su función: este nuevo tiempo original puede ser, incluso, científico (origen del universo, el siglo XVI, el "tiempo natural"...); también

¹⁹ Cf. Klaus E. Müller, "Zeitkonzepte in traditionellen Kulturen", en Müller y Rösen (eds.), *Historische Sinnbildungen*, op. cit., pp. 221-239.

pretende ser inalterable y universalmente válido, aunque me parece obvio que también este tiempo se caracteriza por sus especificaciones y significados culturales. En el ámbito social, el conocimiento y manejo del tiempo original pertenece a las élites.

Por otra parte, Müller conceptualiza el “presente” como un tiempo en el que se cometen errores, pero en el cual, mediante ritos, sacrificios y castigos, también es posible corregir estos errores, ya que son “reversibles”. En medio de ambos —así la propuesta— está el “pasado”, el tiempo de los ancestros, quienes habían sorteado y corregido exitosamente sus propios errores (lo cual significa que uno también lo puede hacer, e incluso mejor, porque ya aprendió de ellos).

Contrariamente al tiempo original, el tiempo de los ancestros es accesible a todos; pero el tiempo del presente, en ciertas sociedades, nuevamente queda restringido a especialistas, a élites: actualmente, todo tipo de *Realpolitik*, pero también la política dirigida por los tecnócratas, pretende basarse en conocimientos especializados, excepcionales.

Si bien siempre estamos en el presente, las distinciones anteriores explican en buena medida la importancia que tiene, para este presente, dónde, es decir, en qué punto del pasado, del tiempo original y del tiempo de los ancestros, incluso del propio proceso temporal, se conecta cualquier proceso “actual” o de interés: es decir, dónde se origina su significado. Según la selección y el peso de los tiempos originales, la actuación en el presente parece inamovible, las intenciones irreversibles, se proponen caminos que es imposible corregir, y surge la fatalidad; o, al contrario, se ve la posibilidad, incluso la certeza, de que los planes del presente conduzcan al progreso, a un mejoramiento forzoso, todo a causa de la dinámica que toman los efectos del pensamiento histórico en la presentación o representación de sus elementos temporales.

Las diversas maneras de distinguir las conceptualizaciones de la temporalidad son válidas para la historiografía contemporánea en la medida en que estas diferenciaciones explican hasta cierto punto por qué, para la historia, el manejo del tiempo sigue siendo un problema. Lo único que al parecer no se ha movido en los debates recientes en torno al significado de lo temporal es la noción del presente. Es decir, en la diversidad que observamos actualmente, el único anclaje es, aun en sus múltiples definiciones, el presente como diferencia, como punto subjetivo, punto de tensión.

- El tiempo (en abstracto) es una noción básica de la historicidad, pero no se activa si no es como concepto concreto a su vez temporal

(histórico), por lo que hay que saber cómo se le conceptualiza, y cuáles son los problemas actuales (p. ej., tener en cuenta percepciones culturales distintas sobre tiempos que se conciben, entonces, de manera diferente).

No basta, sin embargo, conocer cuál es el concepto de tiempo en cada momento, sino la relación (tensión, ¿solución?) entre tiempo histórico, memoria, presente y significado de lo histórico; es decir, la relación entre el concepto de tiempo en función de los significados que se le asignan, mediante este concepto, a lo histórico. En esta relación (tensión) interviene evidentemente otro elemento más, que es el “acontecimiento”, los sucesos, procesos, etc. De acuerdo con la temporalidad en función de lo histórico, algo es o no es relevante, merece o no ser recordado, conocido, integrado, transmitido.

Como ejemplo, vale recordar que la idea de “progreso”, de un mejoramiento que de tan deseado se vuelve inobjetable, una tarea obligada de “la humanidad”, está basado en un concepto de temporalidad atado a un significado histórico implícito. Esta idea está tan estrechamente ligada a la historia moderna que, al llegar a un fin a lo largo del siglo xx, hay quienes determinan, junto con el fin de la validez de la idea de progreso, el fin de la historia misma.²⁰ Por otra parte, las protestas y críticas ante las consecuencias de este progreso a ultranza, crítica que surge en los ámbitos social, cultural e incluso histórico, parecen haber trasladado el peso del tiempo como progreso a los valores de la coexistencia de distintas culturas o sociedades, de un reconocimiento (aunque sea moral) del “otro”, de la “diferencia”, que tendrá que verse en discursos futuros sobre los efectos en lo histórico (hoy, justamente, el llamado fin de la historia). Lo que sí se puede observar desde ahora, en ambos casos, es un fuerte aumento de reescritura de historias en los niveles y campos de estudio más diversos. Se observa, asimismo, un afán por escribir “historias no escritas”, una recuperación de líneas posiblemente significativas que no se habían considerado en la idea del progreso. (Como toda práctica del pensamiento histórico, la idea del progreso es excluyente de aquello que no es seleccionado para la constitución y la construcción de la memoria.)

²⁰ Véanse algunos aspectos en relación con esta problemática en Ejes de trabajo, tercer grupo, en el tema “El fin de la historia: cuestionamientos y propuestas desde la posmodernidad”.

Lecturas obligatorias

Luis Vergara, "Historia, tiempo y relato en Paul Ricoeur", *Historia y Grafía*, núm. 4, 1995, UIA, pp. 211-244.

En este amplio ensayo, Luis Vergara proporciona los elementos necesarios para facilitar una primera lectura de la compleja obra de Ricoeur, *Tiempo y narración*: datos de su biografía intelectual, claves para la lectura, así como información acerca de los textos previos a una de las obras más completas en torno al conocimiento histórico escrita en el siglo XX. En una segunda parte, Vergara ofrece una visión de conjunto de *Tiempo y narración*.

Paul Ricoeur, *Tiempo y narración*, 3 vols., México, Siglo XXI, 1995 (1a. edición en francés, 1985).

En el capítulo "Entre el tiempo vivido y el tiempo universal: el tiempo histórico" (vol. III, segunda sección, cap. 1, pp. 783-816) Ricoeur recupera y amplía dos de los conceptos fundamentales para la comprensión del tiempo histórico: la experiencia humana y una noción de temporalidad compleja que permite traducir la primera en un relato, con el fin de volver coexistentes pasado, presente y futuro.

Reinhardt Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993 (a 1979). "Introducción" (pp. 13-18); segunda parte, "Sobre la teoría y el método de la determinación del tiempo histórico" (pp. 105-201), y "'Espacio de experiencia' y 'Horizonte de expectativa', dos categorías históricas" (pp. 333-357).

"Espacio de experiencia" y "horizonte de expectativa" son dos categorías fundamentales para la comprensión de las relaciones y tensiones entre distintos tiempos históricos, sobre todo la relación que Koselleck denomina el futuro del pasado. En su libro, Koselleck indaga acerca de la pregunta de si la historia tiene una temporalidad distinta a la cronología, y si distintas historias tienen distintas temporalidades. Su investigación se basa en diferentes experiencias y nociones temporales de la historia que contienen los más diversos discursos sobre el pasado.

Actividades

Propósito de las lecturas

El propósito de la lectura de Paul Ricoeur es introducirse en el campo de la gran complejidad que presenta la temporalidad para la historiografía; como apoyo, el texto de Luis Vergara facilitará una primera visión de conjunto de la obra más importante de Ricoeur. La obra de Koselleck, por su parte, muestra la necesidad de la historiografía de considerar las tensiones temporales de cada presente como futuro del pasado, en tanto momento de análisis, lugar social del historiador, y punto flexible a partir del cual se puede tener en cuenta el horizonte cultural y de expectativas. Prepara, asimismo, al lector para entender conceptos relacionados con los procesos de constitución del conocimiento histórico y la construcción de su significado.

Objetivos de las actividades

- a) Desarrollar la noción de temporalidad.
- b) Integrar los conocimientos de otras disciplinas a la propia.

Actividades a realizar

En un comentario crítico de cuatro cuartillas, exponga brevemente la noción de tiempo histórico, a partir de los textos de Ricoeur y Koselleck. Para cumplir con los objetivos de un comentario crítico, véase "Criterios básicos para la elaboración de los trabajos sugeridos".

Espacialidad

Objetivos específicos

- a) Diferenciar los espacios "reales", los espacios conceptuales y la visión del mundo.
- b) Relacionar las distintas percepciones del espacio con los aspectos socioculturales en la historiografía.
- c) Problematizar la noción del espacio en los estudios sobre el pasado.

Aparentemente, para los historiadores el espacio ha sido mucho menos problemático que el tiempo. Sin embargo, conceptos ligados al espacio, así como la combinación del tiempo con el espacio, niegan esta primera impresión e indican hasta qué grado son esenciales para el análisis de toda sociedad o de grupos sociales, así como de la conceptualización y la autocomprensión sociocultural de personas y comunidades. Identidades nacionales ligadas a territorios, formaciones de estados, el establecimiento de fronteras en función de criterios cuyo significado y validez pueden variar, así como los posibles conflictos que surgen al no coincidir las distintas delimitaciones, son sólo un ejemplo; otro, los movimientos, procesos, desplazamientos, expansiones militares, alianzas políticas, esferas de influencia económica, o tratados que delimitan esas zonas de influencia.²¹

Toda acción humana tiene que suceder o realizarse en un espacio que necesita coordenadas: la posibilidad de orientación. Es decir, el espacio sería, en primer lugar, un problema de ubicación y orientación: se requieren demarcaciones, direcciones, ángulos, dimensiones, horizontes. Sin embargo, ninguna de estas coordenadas tiene significado alguno sino a partir de un observador que lo establece y que ocupa un lugar concreto: tiene punto de

²¹ Acerca de la importancia del espacio físico y los cambios en el tiempo de sociedades y estados, transformaciones políticas, económicas y culturales, migraciones, invasiones, conquistas, etc., véase el excelente *Atlas histórico mundial* de Georges Duby, Madrid, Debate, 1997 (1a. ed. en francés, 1987).

vista, sentido de distancia, se puede mover, desplazar, enfocar algunos objetos y excluir otros. En este sentido, el espacio es, en primer lugar, una visión del mundo, además de una realidad y, finalmente, también un ente abstracto, teórico. En todos los casos, el observador tiene, por su doble función como observador y participante, un lugar también doble: forma parte del espacio, y a la vez se separa conceptualmente para fines reflexivos, analíticos, teóricos.

El espacio, junto con el tiempo, son quizás los conceptos más tradicionales de la experiencia cotidiana así como del imaginario —y, por ello, resulta tanto más difícil no tomarlos como algo transparente que no presenta ningún problema, es decir, como algo evidente, “dado” en forma “natural”—. Parecen ser los más arraigados, los más afianzados ya que son, a la vez, las coordenadas para la orientación en la vida cotidiana, por lo cual nunca se cuestionan, ni siquiera se considera que podría haber concepciones distintas de las nuestras (como sucede con mayor frecuencia en los conceptos de temporalidad). Pero tampoco el espacio es neutral: es marcado por la experiencia y por lo tanto transformable; está sujeto a la intervención que se ejerce directamente sobre el espacio, además de los cambios respecto a la conceptualización del espacio. De acuerdo con los ámbitos en los cuales uno se mueve, se manejan distintos conceptos espaciales, muchas veces en forma paralela.²²

Es interesante observar cómo, en el común de los discursos, no se cuestiona el concepto de espacio que predomina en la visión del mundo de una época. Una excepción suelen ser aquellos discursos científicos cuyas novedosas hipótesis sobre la constitución del espacio (la forma de la Tierra y su posición en el universo, por ejemplo) tardan en tener una influencia concreta sobre la esfera de la visión del mundo. Más rápidamente se solía actuar a partir de los descubrimientos, sobre todo de los relacionados con el llamado “Nuevo Mundo”, cuando unos cuantos poderosos se dividían territorios que ni siquiera podían visitar y que no sólo no pertenecían a “nadie” (hay que precisar: a nadie de los que ellos *conocían desde antes* de los descubrimientos), sino cuya existencia hubiera sido inconcebible, y cuya afirmación habría representado una herejía sólo unos cuantos años antes.

Es en esos cortes donde se puede ver cómo, en la conceptualización y la experiencia del espacio, confluyen y se definen mutuamente las distintas

²² Cf. Gaston Bachelard, *La poética del espacio*, México, FCE, 2000 (1a. ed. en francés, 1957). Una serie de estudios muy relevantes al respecto se presentan en lecturas interdisciplinarias (filosofía, fenomenología, poética, literatura, sociología y psicología); se recomienda la lectura de los capítulos sobre los espacios íntimos, y sobre todo el capítulo IX, “La dialéctica de lo de dentro y lo de fuera”, pp. 250-270. Algunos de los planteamientos se reconocerán en los debates sobre la modernidad y posmodernidad (Ejes de trabajo, tercer grupo, “El fin de la historia: cuestionamientos y propuestas desde la posmodernidad”, *infra*).

formas de concebirlo. Esas formas que fungen en varios niveles, se descubren en los discursos aun cuando no hablan explícitamente del espacio.²³ Es en los espacios donde se desarrollan cosas y donde suceden cosas —de acuerdo con las delimitaciones, demarcaciones, puntos de orientación, distancias, horizontes, así como el conjunto de las relaciones de primeras significaciones que se adhieren a ellas—. Forman parte de aquellos elementos que dirigen en gran medida las posibilidades de un discurso, sin predeterminar, evidentemente, su contenido.

Desde la hipótesis de que la Tierra es un plano, hasta la idea de que se trata de una esfera; o bien, desde la creencia de que la Tierra es el centro del universo, pasando por el heliocentrismo, hasta los conceptos contemporáneos en torno a un universo en expansión; o bien, conceptos políticos relacionados con imperialismo, centralismo, federalismo o confederalismo, estamos ante conceptos espaciales: cómo se concibe el mundo, cómo se divide y quiénes tienen derecho a dominar una parte, en nombre de qué y de quién. El colonialismo y sus efectos sobre buena parte de la historia de los siglos XIX y XX hasta después de la Segunda Guerra Mundial, o nuevamente durante la guerra fría, y al término de ésta, los procesos de globalización y nuevamente marginación, van en función de conceptos de espacio político, esferas de poder y de influencia, y ámbitos económicos, de dominio, frente a marginación y exclusión. Así, podemos ver como otro ejemplo el hecho de denominar “mundiales” a la Primera y la Segunda Guerra Mundial, mientras que la gran cantidad de guerras locales, por los intereses y la injerencia de los Estados Unidos y Europa en muchas de ellas durante la segunda mitad del siglo XX, nunca son consideradas así, aun cuando en muchos frentes se combate por intereses muy similares (esferas de influencia política-económica; proyectos ideológicos llamados universales, intereses excluyentes de religiones, y un largo etcétera). Y, desde luego, se pueden observar cambios en la comprensión del espacio, por ejemplo durante la guerra del golfo Pérsico, transmitida por televisión: la aparente cercanía, y la total lejanía por la falta de consecuencias sobre la experiencia, ambas al mismo tiempo. Incluso políticas como las carreras espaciales (convertibles en preparación bélica) con el nombre de “guerra de las galaxias” (la carrera por el dominio en el espacio), se inscriben en esa idea de dominio del espacio.²⁴

²³ El espacio, al igual que el tiempo, no son descritos en forma neutral; todo autor (toda comunidad que emite un documento) establece sus parámetros de cómo concibe el mundo a través de las coordenadas del espacio, sus denominaciones, su significación.

²⁴ Es importante señalar que todo ello, enumerado aquí más bien a la ligera, requiere evidentemente investigación historiográfica, lo cual permitirá tener un mayor conocimiento acerca de la influencia de los conceptos de espacio y sus transformaciones en el pensamiento histórico dirigido hacia determinadas acciones y pretensiones sociopolíticas, económicas, culturales, así como de la constitución de los respectivos discursos.

Ejemplos igualmente importantes, y sólo aparentemente muy distintos, son los de la vida cotidiana (en gran medida, también espacio social). Espacios de trabajo, de vida, de diversión, rituales, de confinamiento (castigo, reclusión, *apartheid*, castas que no pueden compartir espacios, etc.); espacios propios, apropiados, o espacios ocupados, ajenos; relación con el cuerpo, con el otro, con la percepción; relación con lo permitido; espacios femeninos o masculinos (algo que retoma la historia de género). Lo que aquí aparece como de vida cotidiana, en realidad son las demarcaciones y significaciones de una determinada visión del mundo: cómo se concibe una sociedad, una comunidad, una cultura en la organización y significación de su espacio: del espacio que piensa como suyo, a diferencia de otros espacios, a diferencia de otras comunidades o partes de esta comunidad.

Como se puede ver en la breve exposición, hemos dejado fuera, hasta ahora, dos aspectos del espacio en la historia que tienen una larga tradición: el meramente descriptivo que pretende ubicar al lector. Este factor ha sido retomado en la novela histórica del siglo XIX, incluyendo la función de la naturaleza y los paisajes en la historia del hombre y, sobre todo a partir del romanticismo, la relación entre los paisajes y la naturaleza, por un lado, y la psicología del hombre por el otro. De manera similar, las equiparaciones entre naturaleza y naturaleza humana desempeñaron ya un papel fundamental en las descripciones e interpretaciones de muchos de los cronistas de la Nueva España así como, posteriormente, de algunos viajeros (Pauw sería un excelente ejemplo). Ciertamente, rasgos de esta visión permanecen hasta la actualidad, como se puede observar en la división global Norte-Sur, en terrenos político-económicos, y muchas veces adjudicados a algo tan vago como “la cultura” de países y sociedades.

Y el otro aspecto que nos falta ver es uno que ha sido relacionado frecuentemente con intereses económicos, además de políticas de control: lo que originalmente podría entenderse como historia natural, la descripción del estado y la transformación o evolución de la naturaleza y las especies (y aquí es esencial conocer las clasificaciones de cada época y cultura para saber qué pertenece a esta naturaleza), se ha transformado poco a poco en descripciones exhaustivas y levantamientos de recursos, con fines de una mayor explotación económica, lo cual equivale a la idea de un mejoramiento del dominio del hombre sobre la naturaleza.²⁵ Con la transformación de la idea del progreso, al observar consecuencias no previstas de la industrialización, este interés por el espacio y los recursos naturales da paso, poco a poco, a una especie de historia “ecológica”. Si bien podríamos ver aquí, como en otros

²⁵ La idea de la Ilustración es aparentemente sencilla, pero de grandes consecuencias: medir el espacio, registrar todo lo que contiene, para conocer, aprovechar y dominarlo con todo lo que comprende.

casos, una simple ampliación de los intereses del historiador hacia un tema como la ecología, es pertinente advertir, al mismo tiempo, una profunda transformación del concepto de espacio natural.

Ni el tiempo ni el espacio pueden ser concebidos como neutrales históricamente; son marcados mediante acontecimientos y objetos (en toda la extensión), y son estas marcas las que, al analizarlas, descubren las maneras como son conceptualizadas por una comunidad que ve representada la comprensión de sí misma en un documento, en un texto, en las huellas del pasado que se convierten en fuente, en su memoria, en su identidad, en escritos y discursos determinados (históricos y otros).

Lecturas obligatorias

Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, 2 vols., México, FCE, 1992 (1a. ed. en francés, 1949).

Léase del primer volumen el "Prólogo a la primera edición francesa", el "Prólogo a la segunda edición francesa", y uno de los primeros capítulos: "I. Las penínsulas: montañas, mesetas, llanuras"; "II. En el corazón del Mediterráneo: mares y litorales", o "III. Los confines: el Mediterráneo mayor", vol. I, pp. 12-20; 21-23; 27-132; 133-220; y 221-303. Si bien los tres capítulos iniciales tienen enfoques distintos, se aprecia un concepto de espacialidad que rebasa la tradición descriptiva y de inventario y clasificación de los historiadores-geógrafos, para mostrarlos en su historicidad y sus significados correspondientes. Por otra parte, el enfoque mediante el espacio como estructura que rige la obra, resalta la "larga duración" de las transformaciones, permitiendo así una visión que difiere de la historia política o económica, acentuando el estudio de lo sociocultural.

Ignacio del Río, "De la pertinencia del enfoque regional en la investigación histórica sobre México", *Históricas*. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, núm. 28, México, UNAM, diciembre de 1989, pp. 21-32.

En su ensayo, Ignacio del Río propone una serie de consideraciones en torno al objeto de estudio de la historia regional. Analiza el problema del espacio como parte de un proceso histórico, y no sólo geográfico, de manera que toda propuesta de regionalización puede variar tanto como el enfoque y la metodología aplicadas: al igual que con el tiempo, son los historiadores los que proponen y construyen las regiones como recurso metodológico. En este sentido, la región es una hipótesis por demostrar.

Michel Foucault, *Las palabras y las cosas*, 26a. ed., México, Siglo XXI, 1998 (1a. ed. en español, 1968; 1a. ed. en francés, 1966). "Prefacio", pp. 1-10.

En el "Prefacio" de *Las palabras y las cosas* Foucault plantea una propuesta poco usual acerca de la organización de un espacio conceptual, la construcción de un espacio para la teoría. Las bases de esta propuesta se desarrollan en lo que el autor llama "arqueología del discurso", donde se señalan distintos órdenes epistemológicos en la historia de Occidente. La referencia inicial de Foucault a Jorge Luis Borges no es casual, dada la complejidad conceptual de los espacios, tiempos y organización cognitiva, frecuentemente múltiples y contradictorios entre sí que se manejan en los textos literarios del escritor argentino.

Mijáil Bajtín, "La novela de educación y su importancia en la historia del realismo", en *Estética de la creación verbal*, México, Siglo XXI, 1995 (1a. edición española, 1982; 1a. edición rusa, 1979), pp. 200-248.

En ciertos aspectos, es prácticamente imposible separar espacio y tiempo, como se observa en los discursos de la física moderna a partir de la teoría de la relatividad de Einstein, pero también en la teoría literaria de Mijáil Bajtín (cronotopo); muchos de los procesos, acontecimientos, transformaciones, cambios, etc., no sólo son temporales, sino a la vez espaciales (con consecuencias sobre el espacio, y a la vez dentro del espacio que cambia o se concibe de manera nueva, distinta). A partir del estudio de la novela, especialmente de la novela polifónica, Bajtín construye el concepto del cronotopo como "el grado intrínseco de conexión de las relaciones temporales y espaciales en la literatura". El presente texto es una muestra de lo anterior.

Actividades

Propósito de las lecturas

El propósito de la lectura de Fernand Braudel es familiarizarse con la complejidad de los espacios como parte de las formas de significación y conceptualización del pasado; Ignacio del Río muestra la construcción de un espacio particular para la historiografía como una hipótesis de investigación. El texto de Michel Foucault y la investigación de Mijáil Bajtín, a su vez, problematizan el espacio en el sentido de una configuración cognitiva. El lector podrá integrar el espacio y la temporalidad y conocer las maneras en que la estructura espacial y temporal prefigura la argumentación de un relato sobre el pasado histórico.

Objetivos de las actividades

a) Sintetizar, de los textos leídos, las ideas principales y los argumentos que las sostienen.

b) Establecer relaciones sobre los diversos conceptos de espacio y su importancia para la historiografía crítica.

Actividades a realizar

Elabore un comentario crítico en que compare los textos de lectura obligatoria de este eje de trabajo, de Braudel, del Río, Foucault y Bajtín. Extensión sugerida: 6 cuartillas. Recuerde que los objetivos de un comentario crítico se encuentran en los “Criterios básicos para la elaboración de los trabajos sugeridos”.

Principios dominantes

Objetivos específicos

- a) Familiarizarse con el concepto de “principio dominante”.
- b) Identificar la relación entre el principio dominante como variable cultural y la validez de los discursos sobre el pasado.
- c) Diferenciar los principios dominantes de ideologías o marcos teóricos, así como de los prejuicios en el sentido gadameriano.
- d) Establecer la relación entre los principios dominantes y los valores (morales, culturales, religiosos...).
- e) Conocer la relación de los principios dominantes con la teoría del conocimiento.

Se puede observar que varios de los debates que se dan en la teoría de la historia (o la filosofía de la historia, y otros más) giran en torno a valores como la verdad (verosimilitud), objetividad, razón, moral, ética, etc., además de valores relacionados más bien con ideas político-sociales como destino, libertad, progreso, o valores más generales e inasibles, como modernidad. Con frecuencia, no sólo la historia (en tanto discurso) sino también su evaluación (tanto política como académica o científica, etc.) tienen, como fondo o como horizonte, como eje, alguno de estos valores. Forma parte integrante del discurso histórico, y como varía de acuerdo con el momento histórico en que se enuncia o se evalúa el discurso histórico, hay que tenerlo en cuenta justamente al analizar y utilizar documentos (huellas del pasado).

El principio dominante es un tipo de concepto que marca culturalmente, como perteneciente a una época, y en tanto autocomprensión de una sociedad en un momento determinado, el discurso, de la misma manera en que los acontecimientos, hechos y acciones pueden marcar el tiempo, o los objetos y huellas marcan el espacio. Marca la idea del pensamiento histórico de un momento dado, en una cultura político-social determinada. Viendo distintos momentos, aparece como una variable; sin embargo, algún principio dominante se puede detectar, y casi siempre se relaciona con la idea de validez del

discurso histórico. Parece ser únicamente una preocupación teórica, pero es fundamental para la práctica de todos los que reflexionan en torno al discurso de la historia.

Algo que me parece relevante es que el principio dominante, si bien no siempre queda explícito, de acuerdo con los autores, pensadores y lectores, es lo que pretende superar la temporalidad, es decir, intenta rebasar la actualidad en la que se escribe, analiza, y hace historia. Rige, además, la intencionalidad (política, social, económica, etc.), justo porque pretende construir algo que no se invalide con el paso del tiempo. Aun así, evidentemente hay cambios en los principios dominantes, sin que eso afecte la pretensión mencionada. Hegel hablaba de virtud y razón, Tocqueville de destino; otros autores, entre ellos historiadores, de progreso, libertad, verdad, objetividad científica...

Distinto de la ideología (p. ej. para el caso de libertad o democracia), distinto de una teoría específica, el principio dominante se relaciona estrechamente con determinados valores de la sociedad (las formas de pensar, las formas de ver la ciencia, el mundo), a tal grado que puede ser retomado por una ciencia, y especialmente por la historia, como axioma tácito. Rige así el marco general en que se inscriben las distintas maneras de pensar lo histórico: sin este tipo de valor o principio, no hay ni filosofía de la historia ni teoría de la historia ni contenidos precisos.

Incluir la reflexión en torno a los "principios dominantes" significa una referencia explícita a la teoría del conocimiento, especialmente en tanto reflexión crítica en torno a las posibilidades, las condiciones y las necesidades de la percepción, la memoria y el conocimiento sobre el pasado, pero también los imaginarios, las formas de transmisión, socialización y continua transformación. Puesto que la historiografía pretende menos "reconstruir" el pasado que investigar los procesos de constitución, significación del conocimiento sobre él, existen vínculos estrechos, aunque no siempre obvios, cuyo análisis forma parte de los objetos de estudio de la historiografía crítica así como de la teoría de la historiografía.

Lecturas obligatorias

Jost Herbig, *La evolución del conocimiento. Del pensamiento mítico al pensamiento racional*, Barcelona, Herder, 1996 (a 1991).

"Aunque el aparato generador de imágenes del mundo sigue siendo aproximadamente el mismo, nuestro conocimiento del mundo es distinto al de las personas de épocas pasadas y de otras culturas." Esta importante cita del

"Prefacio" muestra un fenómeno relevante para la historiografía crítica, y su forma de problematizar e investigar el pasado en tanto historiadores, historiógrafos o, en general, científicos sociales; hace hincapié, asimismo, en las dificultades principales para estudiar culturas y sociedades de otros momentos, dada su visión del mundo propia, particular, y distinta de las nuestras. Véase "Prefacio: el río como metáfora del conocimiento" (pp. 9-16); "Expectativas y conocimiento" (pp. 47-62); y "Tercera parte: el conocimiento como principio" (pp. 221-333).

Hans-Georg Gadamer, *Verdad y método*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1987 (edición alemana, 1960, 1986). Vol. I, II 1 a) "El círculo hermenéutico y el problema de los prejuicios", y b) "Prejuicios como condiciones de la comprensión" (pp. 331-360).

En una de las obras más importantes sobre hermenéutica, Gadamer plantea la consideración de los prejuicios (juicios previamente adquiridos o prefiguraciones) como condición indispensable para la comprensión. Prejuicio no tiene aquí una acepción negativa, sino que se entiende como los conocimientos y juicios, además de modos de percibir y pensar preconcebidos.

Leticia Algaba, "La novela histórica mexicana ante la crítica", en *Literatura sin fronteras. Segundo Congreso Internacional de Literatura*, México, UAM, 1999, pp. 415-421.

En un breve artículo, Leticia Algaba estudia las relaciones entre literatura e historia respecto de algunos de los preceptos del romanticismo mexicano. La autora parte del discurso literario para adentrarse en los campos referenciales tanto históricos como ideológicos y culturales.

Actividades

Propósito de las lecturas

El propósito de la lectura de Herbig es identificar los umbrales en el pensamiento donde cambia la percepción, y con ella la visión del mundo y las posibilidades de su explicación; el autor considera para ello el mundo griego antiguo, a través de textos de la literatura mítico-histórica, así como filosófica. La lectura de Gadamer permite comprender la importancia del conocimiento previo para la adquisición y creación de nuevos conocimientos; para ello, introduce en la hermenéutica el concepto de "prejuicio". Leticia Algaba, finalmente, realiza un breve estudio en torno a las nociones que rigen la literatura y la historia en el romanticismo mexicano.



Historiografía crítica

Objetivos de las actividades

- a) Representar en forma esquemática procesos complejos de transformaciones en el pensamiento cultural de una sociedad.
- b) Identificar conceptos centrales en la exposición y argumentación de un texto teórico.
- c) Analizar un texto mediante el manejo crítico de conceptos.

Actividades a realizar

- a) Elaborar un cuadro sinóptico en torno a los parámetros que identifica Herbig como marcas que señalan los cambios y las transformaciones del pensamiento.
- b) Sintetizar en un párrafo la idea central que maneja Gadamer sobre los prejuicios.
- c) Identificar en el texto de Leticia Algaba el uso de los conceptos de “principios dominantes”, “prejuicios” e “historicidad”.

Los objetivos para elaborar un cuadro sinóptico y una síntesis están desarrollados en los “Criterios básicos para la elaboración de los trabajos sugeridos”.

Discursos

Objetivos específicos

- a) Diferenciar la percepción de la "realidad" y los discursos sobre la realidad como "realidad comunicada".
- b) Identificar distintas formas de argumentación (racionales y no racionales) en los discursos sobre el pasado.
- c) Conocer la importancia de los estudios del discurso en tanto "realidad comunicada" para la historiografía crítica.
- d) Reflexionar en torno a los alcances de los estudios del discurso como estudios multidisciplinarios.

...toda sociedad dispone únicamente de determinadas posibilidades para obtener conocimiento acerca de la realidad. Éstas se orientan por las formas mediante las cuales la sociedad se organiza y se comprende a sí misma; un conocimiento fundamentalmente nuevo no se acumula, sino que se reconstituye del todo, una y otra vez, por medio de procesos de ruptura. Dicho de otra manera: cada sociedad tiene la historia que ella misma está en condición de escribir para sí. Por esta razón, los impulsos constructivistas se interesan mucho más por la manera en que está organizado el conocimiento social, que por su contenido material. Este impulso, que se trabaja sobre todo en las más recientes teorías del discurso, constituye así aquello que se comprende como "real", en un fenómeno a su vez histórico. Es decir, podemos buscar en la historia únicamente las estructuras que podemos reconocer porque ellas mismas ordenan nuestra propia realidad para nosotros.²⁶

Un discurso histórico o historiográfico, un documento, una fuente, una huella del pasado, no es simplemente un discurso "neutral" (una forma, una estructura) con un contenido "histórico", organizado de

²⁶ Thomas Mergel, Thomas Welskopp, "Geschichtswissenschaft und Gesellschaftstheorie", en *idem* (eds.), *Geschichte zwischen Kultur und Gesellschaft. Beiträge zur Theoriedebatte*, Munich, Verlag C.H. Beck, 1997, p. 23.

acuerdo con determinadas marcas, como su ubicación en el tiempo y el espacio, e inscrito en una tradición determinada del pensamiento. Tampoco informa sin más de acontecimientos, procesos y situaciones en los que está implicado el hombre en el pasado. La razón principal es que en los estudios históricos no se investiga la realidad de este pasado, sino la “realidad comunicada” o, incluso, la realidad comunicable: las posibilidades y condiciones de comunicar, en un momento dado, esta realidad que pertenece al pasado. En un texto importante de 1960, *Literatura o historia*, Roland Barthes habla de las condiciones de las posibilidades sociales, mentales e institucionales de textos literarios, una propuesta que la historiografía pretende hacer fructífera en el análisis de los discursos en lo que a sus condiciones de historicidad se refiere.

Para ello, hay que recordar en primer lugar una doble trayectoria de lo que denotamos como “discurso”: por una parte, la tradición de la conversación, el ir y venir (discurrir) del intercambio oral de ideas que suelen estar regidas por normas socioculturales (lo que se dice en una determinada situación, y lo que más bien se calla); y, por otra parte, el proceso del pensamiento conceptual para el conocimiento, basado en la elaboración argumentada de la reflexión.

A partir de aquí queremos circunscribir algunas características de los discursos (e implícitamente de las teorías del discurso) relacionadas con los intereses de la historiografía crítica.²⁷ En una simplificación podemos hablar actualmente de dos grandes líneas de teorías del discurso: la representada por Jürgen Habermas (que propone el discurso como *debate y comunicación racional, e independiente de expresiones de poder, hasta donde eso sea posible*), y la representada por Michel Foucault (como *habla institucionalizada*).²⁸ Dicho

²⁷ No es éste el lugar apropiado para presentar una historia o un balance de las distintas teorías del discurso que se relacionan con la historia. El lector interesado podrá encontrar mayor información al respecto a partir de la lingüística, la semiótica y el estructuralismo en las tradiciones francesas retomadas en un principio por los historiadores cercanos a la escuela de los Annales; o bien, a partir del historicismo del siglo XIX, una visión de la historiografía narrada, así como la teoría de la comunicación en la tradición alemana. Un ejemplo de una propuesta en la que se relacionan lingüística saussureana e historia, es el ensayo de Algirdas Greimas publicado en *Annales* en 1958. Una recopilación reciente traducida al español se encuentra en Teun A. van Dijk, *El discurso como estructura y proceso. Estudios sobre el discurso I: una introducción multidisciplinaria, y El discurso como interacción social. Estudios del discurso II: una introducción multidisciplinaria*, Barcelona, Gedisa, 2000. Se incluye en las lecturas obligatorias el capítulo de Van Dijk “El estudio del discurso”.

²⁸ Existe una gran cantidad de debates —Barthes, Lacan, Derrida—, y no bastaría con presentar acuerdos o soluciones en lugar de los debates en sí. Se necesitaría una cantidad enorme de lecturas para estar actualizado acerca de esos debates. Para los propósitos que rebasen un balance, es decir, un propósito historiográfico, no bastaría con resumirlos; tampoco es suficiente tomar los puntos más relevantes. Ni siquiera se pueden sistematizar en toda su complejidad. A grandes rasgos, podemos afirmar, para nuestro enfoque, que todos ellos tienen puntos en común con una de esas dos líneas. Eso, por supuesto, no significa que no se tenga que profundizar en su conocimiento, justamente desde la perspectiva historiográfica.

de otra manera: una (la de Habermas) que no comprende discursos concretos, sino una idea reguladora, una especie de horizonte ideal a partir del cual los discursos empíricos se analizan críticamente y, en su caso, se transforman; y la otra (la de Foucault), en la cual los discursos son apenas una pequeña parte de lo que podría y debería decirse, de manera que un discurso siempre es una reducción de sus propias posibilidades. Ninguno de los dos pensadores parte de la historia, pero ambos tienen estudios relacionados con problemas de historicidad. Ahora bien, sin pretender inscribir los intereses de la historiografía en una u otra de esas dos líneas, hay dos factores relevantes que se retoman: a partir de la línea de Habermas, el concepto de argumentación; y a partir de la de Foucault, lo que hemos denominado "principios dominantes".

Ni el estudio de las distintas teorías del discurso, ni la observación de algunos de sus elementos, implica esencial o necesariamente una forma de identificar y comprender ya los elementos que integran el propio discurso histórico. Si entendemos, siguiendo a Habermas, el discurso como una representación argumentada, y el discurso histórico como una representación argumentada del pensamiento histórico, es decir, de la selección, el ordenamiento, el análisis y la interpretación de acontecimientos, relaciones, procesos o transformaciones en el tiempo y el espacio, tendremos que analizar este discurso histórico, aunque no en función de las teorías del discurso, sino en función de la historicidad de este discurso. Y aquí es necesario un primer deslinde de Habermas: representación argumentada para la historiografía no quiere decir argumentación racional del discurso moderno, sino argumentación como concepto a su vez historizado (hay formas de argumentación no racionales, más debido a su origen no racional sino emocional, y otras que no siguen las normas de una racionalidad moderna, de acuerdo con la época en que se realiza el discurso histórico).

Las teorías de los discursos se organizan, en general, en torno a la lingüística, la semiótica, etc. Pero lo que desde la teoría se ve como técnicas, procedimientos, constitución, recepción, producción, y muchos otros, es relevante para la historiografía sólo en la medida en que se relacione con las preocupaciones del pensamiento histórico y la argumentación histórica (es decir, en relación con intereses y problemas de historicidad). Por ello, no significa que *todo* análisis de discurso o toda teoría del discurso necesariamente estén relacionados con la historiografía, ni que una sola teoría del discurso se pueda aplicar metodológicamente *para* la historia.²⁹ Cuando

²⁹ La pregunta de por qué las teorías del discurso no resuelven los problemas que se plantean desde la historiografía frente a los discursos, se responde por su propia problemática: las teorías son, a la vez,

hablamos de un análisis del discurso en función de su propia historicidad, hacemos una distinción frente a la interpretación de textos, frente a la hermenéutica: observar la constitución de un discurso y la trayectoria de éste, si bien se relaciona con la comprensión de este discurso, no es equiparable a la comprensión *desde su historicidad*. Dicho de otra manera, la historiografía no sólo habla de textos, y su estudio no quiere decir simplemente análisis de textos del pasado (eso lo hacen, por mencionar sólo dos ejemplos, la crítica literaria y la hermenéutica jurídica); y, por otra parte, las teorías del discurso no sólo se interesan por la historicidad (y todo lo que ella implica) de los discursos.

Es necesario relacionar los discursos (como formas de argumentación) con la historicidad y el tiempo (concepto, época, horizonte, etc.), y con la construcción de significado no sólo en función de la escritura (es decir, de la construcción del discurso histórico actual), sino considerando los procesos de significación anteriores que se “reconstruyen” a partir de las huellas del pasado. Éstas adquieren, así, significados dirigidos parcialmente a la comprensión del pasado, y parcialmente al nuevo discurso y al conocimiento que se va constituyendo. Es en esa nueva tensión (llamada historicidad) donde el análisis de los discursos adquiere sentido historiográfico (no sólo histórico), y pertinencia para el análisis historiográfico, y donde, más allá de los hechos, acontecimientos y relaciones del pasado, se reflexiona en torno al sentido (los sentidos) y a cómo se van conformando estos sentidos. Así, los discursos históricos y los análisis historiográficos se relacionan con los discursos y su análisis. Aquí, además de la tensión tiempo/temporalidad, entrar los espacios (los horizontes) y los principios dominantes. Es en el análisis de las huellas del pasado, en este sentido, y de la constitución de los nuevos discursos, donde se realiza la historiografía como un discurso crítico.

Si un discurso se comprende como forma que toman las ideas, culturas, ideologías, mentalidades, es decir, la manera de concebirnos y de estructurar nuestro conocimiento, tendremos que plantearnos las siguientes preguntas:

- ¿Por qué los discursos son un problema (una posibilidad de investigación actualmente de interés) para la historiografía? ¿Por qué, y desde qué ámbitos, los discursos se han convertido en un problema específico para la historiografía?
- Entre todos los posibles discursos, ¿dónde nos ubicamos y por qué, y qué nos interesa desde la historiografía?

discursos sujetos a su propia temporalidad, es decir, a las intenciones con las que fueron constituidas. Si bien pretenden generalizar ciertos aspectos de alguna disciplina en contextos que se pueden determinar, al confrontarse con un enfoque historiográfico y su problematización, se aplica también a ellas mismas, en su función de discursos, aquello que se discute en relación con la historicidad de todo discurso.

- En los debates recientes en torno a los discursos, ¿dónde se encuentra lo que nos interesa desde la historiografía?

Estas tres preguntas evidencian que un análisis historiográfico centrado en los discursos no equivale simplemente a los análisis de texto, a la hermenéutica, a la teoría de la recepción, sino que tendrá que partir, siempre, de lo que podamos investigar en función de la historicidad (lo cual parece más sencillo de lo que es: basta con observar muchos de los estudios hermenéuticos recientes, realizados por historiadores, antropólogos, sociólogos, críticos literarios o filósofos).

Eso nos conduce a reflexionar, también, en torno a las relaciones que establece la historiografía con otras disciplinas: su relación original es con la historia, dado el interés común en el conocimiento sobre el pasado —y eso quiere decir, con las historias particulares como historia cultural, historia económica, historia social, historia política, etc.—. En lo que se refiere a las relaciones con estas historias, así como con otras disciplinas, hay que destacar que la historiografía nunca pretende tomar el lugar de las otras, no estudia ni responde a las mismas preguntas que aquéllas, y tampoco analiza simplemente su quehacer en el tiempo (lo que haría, en parte, la historia de alguna disciplina).

Lecturas obligatorias

Teun A. van Dijk (coord.), *El discurso como estructura y proceso. Estudios sobre el discurso I*, Barcelona, Gedisa, 2000. "Prefacio" y "El estudio del discurso" (pp. 17-19, 21-65).

Van Dijk, uno de los estudiosos más sólidos de la teoría del discurso, presenta un amplio balance sobre los propósitos y posibilidades multidisciplinarias así como las discusiones y los debates en que se inscribe. El punto de partida del autor es la conciencia de que "discurso" es una noción esencialmente difusa, por lo que se tienen que caracterizar en primer lugar los fenómenos y las prácticas que estudia la disciplina, es decir, la teoría del discurso.

Michel Foucault, *Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI, 26a. ed., 1998 (1a. ed. en español, 1968; 1a. ed. en francés, 1966). "Prefacio", pp. 1-10.

La relectura del "Prefacio" a *Las palabras y las cosas*, que se propone para ampliar el presente eje de trabajo, es particularmente interesante, dada la organización de un discurso en función de criterios no sólo desconocidos, sino inesperados y sin relación alguna con la manera de clasificar acostumbrada. El "Prefacio"

muestra, así, también un ejemplo de lo que entendemos, con Gadamer, por "horizonte de expectativas" y "horizonte cultural" (véase Hans-Georg Gadamer, "El principio de la historia efectiva", en *Verdad y método*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1977, reimp. 1993, pp. 370-377).

Karlheinz Stierle, "Experiencia y forma narrativa. Anotaciones sobre su interdependencia en la ficción y en la historiografía", en Silvia Pappe (coord.), *Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana*, México, UAM-A/UIA, 2000.

El ensayo de Stierle se centra en la relación entre experiencia humana y narración, exponiendo por qué "la crisis de la experiencia y la crisis de la narración no significan el fin de la experiencia y de la narración, sino una nueva orientación de la experiencia y de la organización narrativa". Para la teoría de la historiografía, este análisis es relevante en función de la observación y transmisión de la experiencia, la recepción en el contexto del acontecer al hecho, el devenir (diacronía), y la constitución de un nuevo contexto, un nuevo sentido, es decir, se produce sentido a partir del relato mismo y del criterio de la relevancia del hecho histórico. El autor retoma, sin referirse expresamente a ello, el concepto de experiencia que hemos visto en Gadamer, en relación con la temporalidad.

Paul Ricoeur, *Historia y narratividad*, Barcelona, Paidós (Pensamiento contemporáneo, 56), 1999. "Para una teoría del discurso narrativo", pp. 83-155.

Este libro reúne varios ensayos de Ricoeur que fueron presentados por primera vez en forma de conferencias en las *Brick Lectures* en 1978, en la Universidad de Missouri. Este ensayo aborda tres problemas fundamentales en la obra del autor, refiriéndose "al lugar y al papel que desempeña el relato en la comprensión y en el conocimiento históricos" y "en la literatura de ficción"; el tercero plantea la cuestión que surge "con motivo de la diferencia entre la pretensión de verdad de la historiografía y de la de la literatura de ficción". El texto resulta ser un excelente balance del propio Ricoeur en torno a su manera de conceptualizar el relato.

Actividades

Propósito de las lecturas

El propósito de la lectura de Van Dijk es brindar al estudioso una visión general del debate contemporáneo sobre el discurso; la lectura de Foucault tiene como objetivo un doble sentido y con ello el lector entenderá tanto el horizonte de expectativas como los prejuicios que intervienen en el proceso de comprensión. El texto de Stierle permite familiarizarse con los procesos de constitución del conocimiento a partir de la experiencia vivida.

Discursos

Ricoeur, autor que ya se conoce de lecturas anteriores, pone en evidencia en este texto la relación entre el relato y la comprensión del conocimiento sobre el pasado.

Objetivos de las actividades

Familiarizarse con la interrelación de experiencia vivida, comprensión del pasado y constitución del conocimiento.

Actividades a realizar

Escriba una reseña de cada uno de los textos de Van Dijk, Foucault, Stierle y Ricoeur, considerando los objetivos indicados en “Criterios básicos para la elaboración de los trabajos sugeridos”.

EJES DE TRABAJO, SEGUNDO GRUPO

Condiciones y posibilidades
del conocimiento sobre el pasado

Un breve examen de lo que se ha escrito y publicado en años recientes tanto bajo el nombre de estudios históricos como en torno a ellos, muestra un complejo panorama en el cual se inscribe toda investigación y producción histórica e historiográfica actual: comentarios y balances temáticos y críticos; discusiones teórico-metodológicas sobre la relevancia sociocultural de la historia, además de la cientificidad particular y el carácter interdisciplinario de la historiografía, son acompañadas, acaso sustituidas, por crecientes debates en torno a las posibilidades e incluso la pertinencia misma del discurso histórico, donde aumentan las voces de quienes las niegan. Tanto dentro como fuera de las ciencias sociales y humanas se presentan y se discuten revisiones concisas del renovado interés por los aspectos, los problemas y los alcances del fenómeno de la historicidad. En este panorama, se reconoce como punto de partida una época y un horizonte actuales, cuyos indicios y características influyen necesariamente en nuestra mirada, en nuestra capacidad de observar, describir, analizar, interrogar, seleccionar, construir y evaluar: actividades todas ellas relacionadas con la práctica de investigación reflexiva de carácter histórico sobre el pasado, desde los más diversos puntos de vista del presente y con miras hacia los posibles futuros.

Y en medio de este espacio múltiple de discusión, de duda y de reafirmación, en medio de este espacio carente de delimitaciones fijas, ya que a veces comprende exclusivamente la disciplina llamada historia, a veces las ciencias sociales, a veces las humanas, a veces otras pertenecientes a las llamadas ciencias duras, o aspectos y enfoques provenientes de ellas, y con mucha frecuencia contiene una serie de elementos que no pertenecen, ni siquiera, a ciencia alguna; en medio de este espacio, hay historiadores que siguen investigando y escribiendo historia. Algunos participan en los debates, otros prefieren adherirse a las prácticas disciplinarias, confiar en sus

métodos, en el apoyo y soporte de las ciencias auxiliares, en la tradición de reconocidos historiadores. Un creciente número, sin embargo, incluye determinados aspectos de esos debates en sus investigaciones, renovando las condiciones en las cuales cuestionan, problematizan y analizan sus objetos de estudio, los procesos de investigación, la constitución de nuevos conocimientos históricos.³⁰

La Maestría en Historiografía de México (profesores-investigadores, alumnos y egresados) plantea su horizonte de investigación, reflexión y escritura de la historia en esos debates. Conscientes de la relevancia de numerosos aspectos de los debates actuales, centran su atención en los siguientes cuatro puntos: 1) las complejas relaciones entre historia y teoría de la historia; 2) los vínculos y delimitaciones entre distintas disciplinas, en su mayoría pertenecientes a las ciencias sociales y humanas, así como de éstas con la historia; 3) la constante reflexión que realizan historiadores y no historiadores en torno a las condiciones y posibilidades del conocimiento histórico; y 4) las repercusiones de la constitución del conocimiento histórico en los diversos grupos que componen la sociedad, es decir, la transmisión, la recepción y la reconfiguración de este conocimiento. En ningún momento se pretende sistematizar los debates o abarcar las maneras de problematizar los aspectos con los que se enfrenta el historiador en la práctica de su disciplina.

Veamos con algún detalle los cuatro puntos mencionados:

1. RELACIONES ENTRE HISTORIA Y TEORÍA DE LA HISTORIA

En la introducción al primer grupo de Ejes de trabajo hemos analizado parcialmente la compleja relación entre la historia y la teoría de la historia, señalado el lugar de la teoría y el tipo de problemas que se presentan para la investigación cuando los dos ámbitos se estudian por separado y, sobre todo, cuando se fijan de tal manera los parámetros teóricos, que se pierde su condición temporal, es decir, su propia historicidad. Vale la pena recordar que los distintos ámbitos de lo teórico y de las prácticas disciplinarias se afectan mutuamente, desde los conocimientos que constituyen hasta aquellos otros que se producen como efecto de sus interrelaciones. Dada la historicidad de la constitución y la función que tiene la teoría para la cons-

³⁰ Podría observarse incluso a algunos pensadores que llegan a la conclusión de que, en efecto, ya no se puede escribir historia, porque no existen, definitivamente, condiciones para una Historia. Al ser eso, sin embargo, una experiencia frente a un objeto de estudio (lo histórico) que requiere una explicación en el tiempo (es ahora cuando se observa esa imposibilidad del conocimiento histórico), aun quienes piensen así, a fin de cuentas producen un conocimiento que se debe considerar histórico.

trucción del pensamiento histórico, ésta se ve obligada a interrogarse constantemente, desde el ámbito de lo teórico y desde las prácticas de sí misma.

Pero existe otro aspecto que es tanto o más importante: la historia y la teoría de la historia tienen objetos de estudio distintos: mientras que la historia se ocupa de los acontecimientos y de lo que hacen los historiadores, en forma de historias, con esos acontecimientos (es decir, mientras se ocupa del conocimiento sobre el pasado), la teoría de la historia estudia las condiciones en que se constituye este conocimiento en el presente; analiza e investiga las condiciones, la estructura y las bases de la historia como ciencia, buscando el *status* especial de esta ciencia en tanto posibilidad de conocimiento. Puesto que los historiadores y los teóricos de la historia trabajan con objetos de estudio distintos, no se puede esperar que el teórico resuelva los problemas prácticos del historiador; los problemas y objetos de estudio del teórico no están junto, sino detrás de los problemas históricos prácticos. O, dicho de una manera muy simple: la teoría de la historia no se refiere, pues, a los asuntos del pasado.

Reconocer esta diferencia significa alejarnos de la idea de un marco teórico para plantear la reflexión teórica, en función de su propia historicidad, *como parte integrante del problema de la constitución del conocimiento histórico*. Es decir, reintegrar en la problematización historiográfica la reflexión que resulta de los problemas y planteamientos teórico-críticos, sin pretender que se trate de un mismo objeto de estudio, ni de un método que se pueda aplicar. Al mismo tiempo nos permite asumir que, pese a los cuestionamientos y las dudas al respecto, existe una manera científica de ocuparse de la historia.

2. LO INTERDISCIPLINARIO EN RELACIÓN CON LO HISTÓRICO

Al historizar las relaciones entre distintas disciplinas, así como de éstas con la historia, se establecen nuevos puentes y se reabren discusiones que en algún momento parecían ya concluidas. En estas relaciones se inscribe el largo y variado debate acerca de la pertenencia de la historia como ciencia, que se orientaba por parámetros que dependían de la oposición arte o ciencia, posteriormente en una confrontación con las ciencias duras, y actualmente se rige desde la perspectiva que distingue una historia más cercana a las ciencias sociales, o bien, más emparentada con las ciencias humanas. Este debate requiere, indiscutiblemente, la atención y la participación de los historiadores, ya que de sus premisas y decisiones temporalmente aceptadas depende en gran medida el tipo de conocimiento que construye la historia, además de la valoración social de los significados que establecen los estudios históricos. En otro ámbito, aun la evaluación

estrictamente institucional y académica de los resultados de investigación se ve sujeta a las delimitaciones de la disciplina y de sus relaciones interdisciplinarias, tanto en las prácticas disciplinarias como en relación con los conceptos teóricos; eso, sobre todo cuando el historiador académico se confronta con muchos discursos de historia elaborados con fines políticos e ideológicos, o con fines de difusión para aficionados, o bien, con fines educativos y de formación de los ciudadanos. Ciertamente, es casi imposible deslindar claramente los distintos ámbitos mencionados en los discursos históricos, debido a los posibles intereses que muestran los lectores de esos discursos en cada momento.

Por otra parte, este mismo debate incluye problemas inherentes a la construcción del conocimiento histórico, como son objetividad, verdad o verosimilitud, interpretación, explicación y comprensión; o bien, la problemática que surge en la constitución de los hechos históricos al establecer la relevancia de determinados datos, la relación que el historiador establece entre ellos; y muchos otros.

3. CONDICIONES Y POSIBILIDADES DEL CONOCIMIENTO HISTÓRICO

Uno podría preguntarse (y se lo preguntan sobre todo los que no realizan estudios históricos profesionalmente) cómo y por qué una disciplina reflexiona o incluso se cuestiona (además de ser cuestionada desde fuera) continuamente sobre sus propios parámetros, sobre las condiciones y posibilidades del tipo de conocimiento que constituye, así como en torno a la validez del mismo. Aquí es donde se observa una particularidad de los estudios históricos: uno de sus principales intereses —los cambios y transformaciones en el tiempo y los significados que establece en torno a los hechos de esos cambios y transformaciones— no sólo es su objeto de estudio, sino que afecta también el establecimiento de los parámetros a partir de los cuales plantea, establece y problematiza este objeto de estudio para poder realizar esos estudios. Trabaja no sólo sobre la historicidad, sino también desde la historicidad, lo cual implica una constante necesidad de relativizar la propia posición (de la disciplina, de los fundamentos teórico-metodológicos, de las comunidades de historiadores, de cada uno de los historiadores, de los resultados alcanzados, etc.), frente al objeto de estudio y del conocimiento que se va constituyendo.

A partir de una serie de reflexiones en torno a las posibilidades y las condiciones de la historia como conocimiento, la historiografía crítica centra su interés en los siguientes aspectos: en primer lugar, detectar los problemas que ponen en duda la posibilidad de la historia en sí y de la historia en tanto

discurso. En otras palabras, desconfían de la capacidad de la historicidad de representar las relaciones significativas entre pasado y presente, generalizando y significando (constituyendo e interpretando) experiencias temporales singulares, en historias. "Historias" se entiende, aquí, no como un género cerrado, sino como posibilidades de actualización, representación y concretización de la relación significativa del presente con el pasado en una construcción: un texto, un relato, un estudio. A las reflexiones en torno a sus dudas, intereses y prácticas, la historiografía no responde con un método fijo o una teoría generalizadora, sino con una nueva reflexión, planteándose la necesidad de incluir, en el proceso de investigación, los efectos que provoca la constitución de las bases conceptuales para los resultados en la constitución del conocimiento histórico. Es importante comprender que entre la historicidad como tensión, y su representación en historias para cada actualidad, surgen a su vez nuevas tensiones. En la actualidad, esta tensión entre historia e historicidad no busca un equilibrio ni una síntesis; es la tensión que se presenta como efecto de redoblar, en un movimiento de autoindagación, la historicidad sobre su propia representación en historia, en otras palabras, de cuestionar la historia mediante su propio carácter temporal, espacial, referencial. Es la duda sobre su posibilidad, pero es, también, esa posibilidad en potencia.

Desde el punto de vista del propio pensamiento histórico que indaga el significado de las transformaciones en el tiempo, aun de sus propias condiciones, es irrenunciable la necesidad de replantear, en vez de negar sus propios parámetros. Ello forma parte de la necesidad de estudiar y analizar el desarrollo (no en el sentido del limitado concepto de progreso, sino en tanto transformación) de la disciplina. Como ejemplo de lo contrario, no es raro encontrar, en el trayecto de la crítica a la racionalización moderna, posturas que niegan las aportaciones de la etapa de racionalización y profesionalización de la disciplina, para proponer que se puede hacer historia como si no pensáramos el conocimiento de manera racional (igualando lo post-racional con lo pre-racional, y aun confundiendo cualquiera de los dos con lo irracional). Para el pensamiento histórico, todas las etapas forman parte de la experiencia y del conocimiento histórico y, por lo tanto, no se pueden eliminar ni sus aportaciones ni la crítica a ellas, ni las posibilidades de constituir nuevos conocimientos desde otros puntos de vista. En este sentido, y dicho de otra manera, me parece elemental no pensar la disciplina como nos imaginamos que se hubiera pensado antes de las distintas etapas de racionalización (o, para el caso, antes de alguna otra transformación disciplinaria), sino pensarla hoy, cuando lo racional está puesto en tela de juicio, cuando se duda de su utilidad, de su pertinencia.

No es la primera vez que observamos una fractura en el horizonte de lo que significa "pensamiento histórico", de cómo se constituye y qué sentido

adquiere en la sociedad y para la sociedad; pongamos, para lo anterior, un ejemplo que deriva por lo menos en dos problemas para el historiador:

Con la aparición del Nuevo Mundo en la conciencia de los hombres del siglo XVI, resulta cada vez más evidente que los acontecimientos históricos no siguen un plan divino, y que las bases teológicas del conocimiento entran en contradicciones con la "realidad" vivida, tanto la cotidiana como la científica de la época. Tarde o temprano, hay que realizar ajustes en el conocimiento sobre la historia, sobre la "realidad" vivida, sobre el plan divino; es más, hay que dudar incluso de la existencia misma de este plan. Pero eso significa, también, que la historia sagrada ya no necesariamente podrá operar como modelo de explicación e interpretación para la descripción y el análisis de los acontecimientos, de las percepciones.

La posibilidad de la historia se tiene que pensar de nuevo en cada momento, porque pretende representar la historicidad y su transformación en sentido, para cada actualidad, cada sociedad, cada cultura.

4. TRANSMISIÓN, RECEPCIÓN Y RECONFIGURACIÓN DEL CONOCIMIENTO HISTÓRICO

Aquí entra un problema adicional, que es la recepción de los textos y objetos que transmiten el conocimiento histórico, es decir, la recepción de los textos que pretenden fijar este conocimiento en tanto memoria colectiva, cultural, social. En esta recepción, relacionada con los intereses, la capacidad, la necesidad, así como las posibilidades de comprensión de quienes leen los discursos y textos de historia, surgen transformaciones, alteraciones del conocimiento en los usos que se hacen de él en el ámbito de las prácticas culturales de diversos grupos. Eso sucede independientemente de cómo se clasifique a esos grupos, e independientemente de si se identifican o no con lo que se les presenta como conocimiento histórico, es decir, como algún momento, proceso o segmento del pasado, en función de la importancia que tiene para el presente y para la orientación de las acciones de esos grupos, dirigidas al futuro.

Explicación nomológica e intencionalidad

Objetivos específicos

- a) Problematicar los conceptos de objetividad y científicidad en el que-hacer histórico.
- b) Conocer el papel que desempeña la intencionalidad de los actores en la explicación histórica.
- c) Distinguir elementos explicativos en el discurso.
- d) Analizar las distintas formas de explicación en el discurso histórico.

Lo que en la literatura científica (así, en general) es considerado el esquema de una explicación científica y racional, en la historiografía, los textos que teorizan y reflexionan en torno a ella, con frecuencia lo han visto como requisito teórico unos y como imposición inútil otros. Tenemos que preguntarnos cuál es la función de este tipo de explicación, específicamente en las ciencias históricas.

Hasta la fecha, el *status* y la función de las teorías históricas son tema de fuertes disputas. Una de las razones más importantes está en que las formas teóricas en el conocimiento científico, según la propuesta de algunas ciencias naturales, se suponen equivalentes con el conocimiento en forma de leyes (nomológico), y que a este conocimiento —según la misma propuesta— se le adjudica una función explicativa que es considerada determinante para la racionalidad científica en sí. Se habla de explicación “racional” o “científica” al referirse al papel y el significado de leyes en la explicación de hechos, y se supone así desde la propia formulación, que únicamente una explicación mediante leyes pueda ser considerada racional o científica. Para la ciencia del espíritu, eso significa que su racionalidad, y con ella su científicidad, se juega con la cuestión de si tiene capacidad para explicaciones racionales, y hasta dónde, y eso quiere decir si trabaja con conocimientos adquiridos con leyes, y hasta dónde.³¹

³¹ Jörn Rüsen, *Grundzüge einer Historik, 2. Rekonstruktion der Vergangenheit*, Göttinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1986, p. 22.

El historiador y teórico alemán Jörn Rüsen nos ofrece la entrada a uno de los problemas fundamentales en la historia: la relación que establece la propia historia entre el uso y la función de la teoría de la historia y la historiografía, con el pensamiento histórico. Tenemos que preguntarnos en primer lugar por la función que tiene la explicación nomológica en el pensamiento histórico, y qué nos ofrece, como conocimiento específicamente histórico: ¿qué utilidad tiene o puede tener la implicación de leyes universales, qué significado puede tener el uso de la racionalidad sujeta a un pensamiento nomológico explicativo, en la historia como disciplina?

El pensamiento nomológico se basa en un tipo de explicación que se puede caracterizar mediante el siguiente esquema: lo que se pretende es explicar un hecho *E* (*explanandum*), y lo que explica este hecho (*explanans*) se compone de dos partes: en primer lugar, uno o varios hechos *A* que son explicativos y que suelen llamarse hechos precedentes, circunstancias, condiciones iniciales o laterales, en pocas palabras, “causas”; y, en segundo lugar, una o varias leyes; éstas afirman que siempre que existan causas del tipo *A*, se dará un hecho *E*. Partiendo del *explanans* se deriva el *explanandum* de manera obligatoria (en el caso de disponer de una ley general o universal), o bien, con cierta probabilidad (en el caso de conocer, en lugar de una ley general, una regularidad estadística).

El modelo explicativo nomológico sirve no sólo para relacionar hechos (es decir, sucesos pertenecientes al pasado) con una ley, sino también para hacer pronósticos. Para el caso de las explicaciones, conocemos el *explanandum* y buscamos los antecedentes que lo expliquen, mediante el conocimiento nomológico; para el caso de un pronóstico, sucede exactamente al revés: se conocen los antecedentes y basta partir de ellos y de las leyes con el fin de llegar al *explanandum* como algo predecible. Es evidente que ambos, explicaciones y pronósticos, obedecen al mismo pensamiento nomológico.

Los representantes del pensamiento nomológico suelen presentar ejemplos de la mecánica, por sencillos y fácilmente comprensibles: así, una cuerda que aguanta un peso de 5 kilogramos se revienta cuando se le cuelga un peso mayor; este fenómeno se puede explicar en ambas direcciones: si la cuerda se rompe, es porque el peso era mayor de 5 kilogramos, mientras que sabemos que si colgamos de esta misma cuerda un peso mayor de 5 kilogramos, se va a romper. Un investigador que trate con problemas que son frecuentes en la historia, sobre todo la historia económica, tomará ejemplos más complejos, y se servirá de leyes económicas acerca de la pérdida de valor de una moneda, para explicar fenómenos como la inflación y otros similares.

Pero la pregunta que surge inevitablemente es la siguiente: ¿qué es lo que esas leyes explican: los aspectos históricos, o más bien los aspectos económicos del fenómeno? La mayoría de las leyes económicas explican

cambios, alteraciones (por ejemplo la inflación, la pérdida del poder adquisitivo, etc.) en un proceso histórico o en un momento histórico determinado, pero no explican este proceso histórico, al que toman como una especie de contexto del fenómeno económico, y que es justamente lo que le interesa al historiador. Las explicaciones nomológicas, las leyes económicas, aceptan este momento o proceso histórico como una estructura ya conocida. Las leyes nomológicas, leyes generales de la economía, no explican las cualidades temporales; al contrario, son leyes generales y como tales explican los fenómenos económicos en cualquier circunstancia histórica.

El conocimiento nomológico nos sirve para teorizar en la economía, o en un nivel estadístico en el análisis social relacionado con asuntos de demografía, y así habrá muchos ejemplos más. En este sentido, las explicaciones nomológicas y el conocimiento alcanzado por ellas son de suma importancia para los historiadores, aunque de importancia secundaria para la teorización histórica. No nos explican lo específicamente histórico, la calidad temporal, sino que apoyan al historiador como uno de los métodos de ciencias "de apoyo" para la historia.

Las teorías nomológicas que usa el historiador, si bien las dirige a los cambios del hombre y de su sociedad en el pasado, no explican el proceso de cambio, es decir, los procesos en el tiempo; no abarcan los procesos históricos en su totalidad. Y no por falta de detalles exhaustivos, o por falta de datos, sino porque existen otros aspectos que se sustraen a esa forma de la explicación. Se explican, nomológicamente, hechos económicos concretos en un proceso histórico, aunque no se explica este proceso en sí. Lo nomológico no es la esencia, lo característico de la narración histórica, que son interpretaciones de experiencias temporales que forman la identidad en cada momento, con base en ideas de continuidad y ruptura que no se sujetan a leyes, no se dan en forma de leyes.

Los intentos de explicar las revoluciones son quizá uno de los ejemplos que con mayor claridad permiten mostrar cómo la causalidad única o múltiple no es suficiente para comprender un fenómeno histórico complejo. Las condiciones económicas han sido uno de los principales argumentos usados para explicar el surgimiento de las revoluciones, lo cual ha sido enunciado de muy diversas formas: condiciones de extrema miseria, agudización de las contradicciones de clase, crisis económica, depauperación de las clases populares, explotación de los trabajadores y campesinos, por sólo nombrar algunos. Sin embargo, y en contradicción con estas afirmaciones, están los muchos pueblos que a pesar de vivir en condiciones de miseria extrema no han iniciado una revolución, y, por otro lado, el que muchas veces los movimientos revolucionarios son emprendidos por grupos sociales que no pertenecen a las esferas más desamparadas de la sociedad.

Otra causa socorrida para explicar estos fenómenos son: el autoritarismo, la represión y la antidemocracia; en muchos lugares y regiones del mundo existen sistemas con estas características, sin que se observe un mínimo intento de transformar la situación. Incluso, ni siquiera la suma de deplorables condiciones económicas con extremo autoritarismo son suficientes, puesto que esto implicaría que en condiciones iguales hubiese respuestas siempre iguales. Por ejemplo, en el caso de la Revolución Mexicana, y en particular en el estado de Morelos, la mayoría de los pueblos estaban en las mismas condiciones, y no todos participaron activamente en la Revolución.

En este sentido, se pueden seguir sumando muchos ejemplos de causalidad; pero casi todos ellos adolecerían de otros aspectos que no están en el rango de causas inmediatas, ni visibles, tales como la cultura. Además, el azar y la coyuntura son elementos que siempre están presentes en toda acción humana, pero que no entran en el ámbito de la causalidad.³²

Varios momentos de la historia de la historiografía, de la historia de la teoría histórica, son ejemplo del uso de tales teorías basadas en explicaciones nomológicas. Mencionemos únicamente, y a modo de breve ejemplo, dos de ellos: el positivismo, en su afán de asemejar las ciencias sociales a las ciencias naturales, al no lograr comprobar los hechos mediante leyes universales, en no pocas ocasiones se limita a ofrecer datos para aquellas ciencias que sí logran adaptarse a las exigencias de racionalidad y pruebas nomológicas, como sería la economía clásica. Por otra parte, el marxismo ortodoxo optó por definir las estructuras económicas como aquellas que explican los cambios sociales y los acontecimientos históricos a partir de la lucha de clases. De hecho, estamos ante un pensamiento consistente como ciencia histórica nomológica, aunque existan muchos elementos que esta ciencia no termine de explicar; el ejemplo más claro es que no haya encontrado una explicación marxista ortodoxa para los cambios culturales.

En sí, y eso es importante, las ciencias históricas no invalidan el conocimiento nomológico; lo que sucede es que éste no es el idóneo para convertirse en la teoría de la historia, ya que no describe, en el nivel teórico, las características esencialmente históricas. Si el pensamiento histórico se basara en leyes nomológicas, la investigación histórica se dirigiría a encontrar leyes muy exactas y universales, con lo cual podríamos predecir el futuro y planear y dominar los cambios del hombre y su mundo. No sólo no es posible lo anterior (dicho sea de paso: ni siquiera en la economía se puede planear de

³² Quien se interese particularmente en la argumentación teórica acerca de la explicación de las revoluciones, por corrientes como el marxismo, el estructuralismo, el funcionalismo y otros, consulte a Theda Skocpol, *Los estados y las revoluciones sociales*, "Introducción: la explicación de las revoluciones sociales: otras teorías", México, FCE, 1984, pp. 19-82.

esta manera, puesto que intervienen factores que están fuera del alcance de las leyes nomológicas, como serían las actuaciones de grupos —sujetos— sociales, que tienen intenciones y objetivos determinados). Este tipo de leyes tampoco pueden explicar las interpretaciones de la experiencia humana en el tiempo, que es finalmente lo que otorga el sentido y la identidad, elementos fundamentales del pensamiento histórico.

Como esquema alternativo que comprende aspectos no tomados en cuenta por la explicación nomológica, se ofrece la explicación de las acciones dirigidas por las intenciones de los sujetos. Este tipo de explicaciones parece adecuado para el pensamiento histórico, puesto que no se basa en leyes universales, y sí pretende explicar las acciones del hombre en su mundo, algo esencial para el ámbito del conocimiento histórico.

El esquema de la explicación de la intencionalidad se puede describir de la siguiente manera: el *explanandum* es el hecho de que un sujeto S (un individuo, un grupo social, un gobierno, un Estado) ha realizado una acción X. Este hecho se puede explicar mediante una argumentación en tres pasos: en primer lugar, se puede constatar que el sujeto estaba decidido a alcanzar un objetivo específico; además, se afirma que el sujeto estaba convencido de que se encontraba en una situación determinada; y, finalmente, se argumenta que el sujeto estaba convencido de que sólo podía alcanzar el objetivo, estando en la situación mencionada, si realizaba la acción X. Estos tres pasos argumentativos conforman el *explanans*.

Como ejemplo nos puede servir la expropiación del petróleo: el presidente Cárdenas (su gobierno) buscaba la soberanía de México en el uso de sus recursos naturales; estaba convencido de que la soberanía estaba amenazada porque recursos naturales estratégicos como el petróleo se encontraban en manos de compañías extranjeras; y, finalmente, estaba convencido de que México podía asegurar su soberanía expropiando el petróleo. (Evidentemente, esta explicación reduce a factores muy simples un proceso tan complejo como la expropiación petrolera.)

El esquema de explicación intencional se basa en una racionalidad que excluye los pronósticos, es decir, no en cualquier situación en la que un presidente vea amenazada la soberanía del país, decidirá proceder a una expropiación o nacionalización de los recursos.

Tenemos que preguntarse, como lo hicimos en el caso de la explicación nomológica, por la relación entre la explicación intencional y las formas teóricas del pensamiento histórico. Indudablemente, es atractivo determinar a un sujeto y su intención para explicar un suceso histórico. Y es tanto más atractivo porque hablamos de una historia hecha por sujetos en una situación de libertad de acción. Sin embargo, en la mayoría de los casos, los cambios históricos no son los que procuraba este sujeto. Si todo fuera resul-

tado de las intenciones, si todas las acciones pudieran explicarse por estas intenciones, no habría dudas acerca de los acontecimientos históricos, ni tendríamos dificultades para comprender posteriormente esas intenciones. Nada amenazaría la autocomprensión, la identidad, y no necesitaríamos explicar, interpretar ni comprender los cambios ocurridos en el tiempo para reafirmar nuestra propia y cambiante identidad. Nuevamente, no se trata de que no tengamos suficientes datos sobre las intenciones de los sujetos; lo que sucede es que ni la combinación más detallada de todos los actores que intervienen con sus intenciones en un hecho (y que en la mayoría de los casos serán intenciones y objetivos distintos o contrarios, que además parten de una evaluación distinta de la situación en que se encuentra cada uno) puede explicar del todo los acontecimientos en el tiempo. Tan es así, que es necesario reevaluar y reinterpretar constantemente los hechos históricos para encontrarles el sentido una y otra vez a los sucesos en relación con quien hace estas evaluaciones con base en los argumentos que intentan describir y explicarnos los hechos. El pensamiento histórico intenta hacer comprensibles las acciones pasadas que tienen un significado para las acciones presentes, y para ello se apoya en las intenciones. Pero, nuevamente, la explicación de las intenciones no dice nada *definitivo* sobre los cambios en la historia. Como en el caso de las leyes nomológicas en la economía, existen ejemplos de teorías de explicación intencional, como es el psicoanálisis, que analiza la estructura de las motivaciones profundas de la acción humana. Al conformar el psicoanálisis un conocimiento en forma de teoría, puede ser utilizado para la interpretación de relaciones temporales de las acciones humanas. Sin embargo, no es la subjetividad humana lo que explica todas las realidades históricas. Tener en cuenta esta carencia es importante porque muestra el carácter incompleto de la argumentación explicativa para la teoría del pensamiento histórico, cuya comprensión requiere, aparte de las explicaciones, una interpretación.

Lo anterior vale no sólo para el caso de las intenciones que sirven de argumento para explicar las acciones y los hechos históricos, sino también para el caso de las narraciones de estas acciones y hechos, es decir, las intenciones que pudiera tener un autor para presentar de cierta manera una narración acerca del pasado.

Lecturas obligatorias

Günther Patzig, "El problema de la objetividad y del concepto de hecho", en Silvia Pappe (coord.), *Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana*, México, UAM-A/UIA, 2000, pp. 143-165.

En este ensayo, Günther Patzig reflexiona en torno a la objetividad científica y la ilusión que ésta implica ante la subjetividad del historiador que se presenta en cada paso de su trabajo científico. El autor se ocupa de algunas interpretaciones inadecuadas de los conceptos de hecho y verdad, para determinar falsos problemas y con ello abordar problemas como el de la "totalidad", el carácter de "lo absoluto" que se añade al concepto de verdad, y otros. A todo ello, Patzig opone la importancia de lo parcial en el trabajo del historiador.

Arthur C. Danto, *Historia y narración*, Barcelona, Paidós (Pensamiento contemporáneo, 5), 3, 1989, "Oraciones narrativas", pp. 99-155.

Desde la filosofía analítica, Danto analiza en este texto las estructuras temporales como macroestructuras, y las frases narrativas como microestructuras de la historiografía; sobre todo estas últimas tienen, para el autor, una función cognitiva básica, ya que sin historias contadas no habría posibilidad de referirnos a los acontecimientos históricos. Se trata de uno de los primeros estudios de quienes ponen una creciente atención en la narración como factor importante para el análisis sobre el pasado.

Paul Ricoeur, *Historia y narratividad*, Barcelona, Paidós, 1999 (1a. ed. en francés de este artículo, 1986), "Qué es un texto", pp. 59-81.

Éste es un ensayo conciso sobre explicación y comprensión (e interpretación); resalta las distintas posibilidades y posiciones que como lector se pueden tomar ante un texto. En este sentido, no sólo se trata de comprender un texto como obra de un sujeto (un autor), sino en tanto mundo que este texto despliega ante el lector. Para Ricoeur, eso supone un nuevo tipo de intersubjetividad entre uno mismo y el texto, su mundo, su autor, sus alcances por medio de la interpretación.

Actividades

Propósito de las lecturas

El propósito de la lectura de Patzig es conocer distintos puntos de vista acerca del papel que desempeñan la objetividad y la subjetividad en relación con el hecho histórico y su explicación. El texto de Danto introduce al lector en la distinción de las frases narrativas como estructura básica de los relatos

históricos y, en sí, en la manera de posibilitar el conocimiento sobre el pasado. La lectura de Ricoeur amplía la problemática de la explicación hacia la comprensión, e introduce asimismo el factor del lector como parte del proceso de constitución y comprensión en los estudios historiográficos.

Objetivo de las actividades

Desarrollar el concepto de comprensión del pasado histórico.

Actividades a desarrollar

a) En un comentario muy breve, de una cuartilla, sintetice la idea central del artículo de Patzig, y asuma una posición propia al respecto.

b) En un texto de 5 cuartillas relacione la propuesta de Danto con la de Ricoeur.

Los objetivos que se persiguen con la elaboración de un comentario se encuentran en los "Criterios básicos para la elaboración de los trabajos sugeridos".

Debates en torno a la modernidad

Objetivos específicos

- a) Relacionar la modernidad como cronotopo con el desarrollo y la profesionalización de las ciencias, incluidas las históricas.
- b) Comprender la relación entre el lenguaje racional de un aspecto de la modernidad, y la conceptualización científica del conocimiento.
- c) Descubrir la relación entre las crisis y los cuestionamientos de la modernidad, y las crisis de validez científica del conocimiento sobre el pasado.
- d) Explorar las condiciones y posibilidades de la historiografía crítica en el marco de los debates sobre la modernidad.

A lo largo de los ensayos aquí presentados se ha hecho hincapié en que todo estudioso necesariamente trabaja desde su presente, en un lugar social específico y desde un espacio teórico determinado, y, por tanto, sólo puede realizar su trabajo con el instrumental teórico-metodológico de su presente.

En el siguiente ensayo, esta problemática, que es fundamental para la historiografía crítica, se ilustra reconociendo que vivimos, pensamos, estudiamos, y acaso sentimos, desde el cronotopo de la modernidad, incluidos sus límites y contradicciones internas. La imposibilidad de escapar a nuestro presente se muestra en las paradojas intrínsecas a la posmodernidad. Por lo tanto, asumirse como parte de la posmodernidad (una simple estrategia de perspectiva, en este caso) permite no sólo (por lo menos así es en apariencia) situar la modernidad en el pasado, sino verla, en consecuencia, como algo que se puede abarcar como ente delimitado, sujetable al análisis y a la crítica ya desde fuera. Ubicarse en la posmodernidad es un acto que pretende ocupar un punto de observación externo, separado del espacio que uno analiza. Eso es, desde luego, un engaño.³³ No porque la modernidad (el

³³ Niklas Luhmann, en sus amplios trabajos sobre la teoría de sistemas sociales en todos los ámbitos

conjunto o partes de las muchas y muy diversas modernidades) no pueda delimitarse, no porque podría resultar demasiado complejo, no porque la posmodernidad tuviera o no la capacidad, la posibilidad y el interés por definir y delimitar todo aquello que la distingue de la modernidad, sino porque los problemas son otros.

En primer término, una buena parte de los instrumentos de crítica y análisis han sido creados, desarrollados y afinados en el pensamiento moderno y desde el mismo: el lenguaje especializado, académico, crítico, es un lenguaje moderno. Si bien los lenguajes posmodernos (para seguir desde esta perspectiva) sirven para diferenciarse de la modernidad, y para diferenciar de ella lo que constituyen, representan, expresan, cubren y encubren, se asemejan en esa función diferenciadora a los lenguajes de la vanguardia de principios del siglo xx, pero también a la literatura de fines del xix. Es decir, al referirnos a las diferenciaciones, hablamos más de las funciones descriptivas, estéticas incluso, que de las analíticas, razonadas, metódicas, las que pretenden sistematizar según las normas científicas o disciplinarias. Quizás lo más interesante de esta (falsa) comparación sea la costumbre de identificar la modernidad con el pensamiento razonado, y lo conflictivo que resulta, para la ciencia moderna (es decir, para cualquier acercamiento científico en el sentido moderno, a un objeto de estudio, constituido en la modernidad o no), la utilización de un lenguaje, ya sea vanguardista o posmoderno. Eso plantea una pregunta válida: ¿la crítica podría ser un elemento mediador, con posibilidades de participar de ambos lados, siempre y cuando entendamos crítica en un horizonte amplio, no restringido a normas racionales excluyentes? ¿Puede haber una crítica indirecta de esas características, es decir, puede haber lenguajes posmodernos que mediante la descripción, la delimitación, la marcada diferencia, critican indirectamente aspectos y efectos de la modernidad?

La segunda razón se debe a la construcción misma de la modernidad en tanto cronotopo, y la frecuente caracterización de ésta como tiempo histórico —esto constituye, en sí, una problemática adicional—. En esencia, la modernidad se define no por su temporalidad (histórica), no por el tiempo que ocupa o abarca, sino por el tipo de pensamiento que traza y que, por su condición multifacética y muchas veces contradictoria, influye en la constitución de los saberes y los deja abiertos, irresueltos, sujetos a transformaciones y a críticas.

Si hablo aquí de la modernidad en tanto cronotopo, resulta ineludible

disciplinarios, ha demostrado la problemática del observador que se observa a sí mismo, y la imposibilidad de hacerlo desde el exterior en tanto puesto neutral.

hacer una breve referencia a Mijáil Bajtín. Al explicar muy brevemente los orígenes del concepto “cronotopo”, Bajtín afirma que

este término se utiliza en las ciencias matemáticas, en relación con la naturaleza; al introducirlo y fundamentarlo, los científicos se basaban en la teoría de la relatividad de Einstein. El sentido especial que este término adquirió en el seno de la teoría de la relatividad, sin embargo, no es relevante para nosotros; lo transferimos a las ciencias literarias casi (si bien no del todo) como una metáfora. Para nosotros, es importante que mediante él se expresa la relación inseparable de tiempo y espacio (del tiempo como cuarta dimensión del espacio).³⁴

Paralelamente, podríamos decir que en historiografía, y más concretamente para la importancia que tiene el cronotopo “modernidad” para la historia, no nos referimos a las características formales y de contenido relevantes para la literatura (aquí es importante añadir que Bajtín las distingue afirmando que el tiempo y el espacio históricos son “reales”, concretos, y por lo mismo sencillos de entender, y con esta concepción confronta el cronotopo literario; sin embargo, desde el momento en que la escritura de la historia se vuelve parte integrante de la constitución del conocimiento histórico, queda claro que no hay tal cosa como un tiempo o un espacio simples y fáciles de entender en historia).

Dicho de otra manera, y para volver a la razón por la cual usamos el término cronotopo para la modernidad: cuando nos referimos a la modernidad, nos enfrentamos de inmediato a un problema de construcción: ¿la modernidad, nos preguntamos, se constituye como una (o varias) época(s),³⁵ como estilos o como ideologías, se constituye como una visión del mundo? ¿Se debe construir, una y otra vez, como una problemática cambiante, siempre en transformación, o es mejor, en aras de la objetividad, aclararla en sus características más relevantes para las bases de un pensamiento científico? Si a esta complejidad se añade el hecho de que las características de la modernidad impiden tomar una decisión que excluya las demás opciones, se comprenderá la dificultad de la modernidad que incide justamente *como problemática a historizar*, y no como marco temporal o histórico delimitado.

³⁴ Cf. Mijáil Bajtín, *Formen der Zeit*, Frankfurt, Fischer Wissenschaft, 1989, p. 7. La traducción es nuestra.

³⁵ Las múltiples posibilidades de colocar el inicio de la modernidad en el siglo XVI (esencialmente con acontecimientos como la invención de la imprenta, los movimientos de reforma y la entrada del Nuevo Mundo en la visión de los países europeos); en los años de la Ilustración, cuando se privilegia, si bien no en todos los ámbitos, el pensamiento racional y sistemático; en el siglo XIX, con el auge de la tecnología, la industrialización y los consecuentes efectos en la sociedad; o bien, hasta el siglo XX, muestran ya, por sí solas, la dificultad temporal de la supuesta época.

Ambos aspectos, el del lenguaje moderno y el de la constitución misma de la modernidad, influyen fuertemente en nuestras (las occidentales, en sus diversas modalidades) formas de concebir el mundo: mundo en tanto espacialidad, temporalidad, sociedad, cultura, experiencias, expectativas, procesos de significación. Influyen porque determinan las posibilidades de concebirnos a nosotros en el mundo, de pensar nuestra presencia, nuestro presente; ello no sólo incluye las experiencias y las expectativas, la constitución de los significados sobre el pasado (del pasado que seleccionamos para nosotros, ordenamos para nosotros y significamos para nosotros); incluye, también, el cuestionamiento y constante replanteamiento de todo ello. Eso es lo que llamamos historiografía en el sentido moderno, sin que se excluya la posibilidad de considerar historia las historias antiguas, las medievales, las renacentistas, y, evidentemente, las historias —en las formas que puedan tomar— de otras culturas.

Al constituir la modernidad como una época —cuyo inicio puede ubicarse, como ya se mencionó, en la cultura del Renacimiento, en la Ilustración, en la política liberal del siglo XIX, o incluso tardíamente, en el cambio de siglo y los primeros años del siglo XX, y cuyo fin se puede localizar, nuevamente según el enfoque, entre los años cincuenta y ochenta del siglo XX, cuando no se le concibe como un mero espejismo, un fin falso—, se han definido una serie de características que intentan resumir las experiencias generales del tiempo que abarca la modernidad como época. Las categorías que se advierten para ello (y de hecho se usan en las distintas teorías y prácticas disciplinarias de la historia, la sociología, la economía, y ciertamente las ciencias políticas) son progreso, racionalidad y razonamiento, lógica, pero también verdad, objetividad (es decir, la posibilidad de generalizar y universalizar experiencias colectivas e individuales, y evidentemente subjetivas en su origen); también categorías como realidad y ficción, y otras aún más difíciles, como conciencia y ética. Todas ellas, así como muchas otras, ayudan a situar, y en su caso explicar, las transformaciones y las contradicciones, las ambigüedades propias del pensamiento moderno en el tiempo.

Esas mismas categorías son las que delimitan, aunque no exclusivamente, la construcción de las disciplinas científicas, sociales y humanas desarrolladas en función de ellas; al basarse en un proceso de normativización y una teorización modernas en el sentido de estas categorías, el orden en que analizan, describen, interpretan, explican, delimitan asimismo el mundo que alcanzan a ver, narrar o representar. Al entenderlos como conceptos que marcan la modernidad en tanto cronotopo, estas categorías se entienden como principios dominantes: “El principio dominante es un tipo de concepto que marca, culturalmente, como perteneciente a una época, y en tanto autocomprensión de una sociedad en un momento determinado, el discurso,

de la misma manera que los acontecimientos, hechos y acciones pueden marcar el tiempo, o los objetos y huellas marcan el espacio",³⁶ como decíamos antes.

La historización del conocimiento o saber histórico, es decir, la visión específicamente histórica de sus propias condiciones como histórico, nos permite obtener algunas pistas acerca de la importancia que tiene la modernidad para la disciplina. Para precisar los alcances de la historiografía crítica contemporánea hay que analizar las estrategias historiográficas, de acuerdo con la conceptualización de nociones como "modernidad" y "cientificidad", un binomio que para el caso de toda disciplina académica es inseparable, y donde también se sitúa el pensamiento en el cual queda afianzada, arraigada la historiografía. Y las condiciones de su propio quehacer se tienen que cuestionar, por lo mismo, con esas mismas categorías.

Si se quiere estudiar y analizar la historia de la historiografía como disciplina o como ciencia, hay que considerar un fuerte impulso modernizador en la Ilustración tardía, a partir del cual se va conformando la idea de una disciplina, entre otras. Este proceso se renueva y se refuerza según la cultura, el país, el Estado, etc., a lo largo de los siglos XVIII y XIX o, como en México (tardíamente, pese al impulso del positivismo), a partir de las décadas de 1930 y 1940. Paralelamente, los propios historiadores reconocen, sin embargo, tradiciones de su disciplina desde antes de la constitución de la ciencia moderna; remontan el conocimiento, las prácticas, los métodos, las teorías, hasta la época antigua; reconocen antecedentes en escritores que eran políticos, filósofos, jurisconsultos, economistas, novelistas/narradores, e inclusive en historiadores en un sentido disciplinario previo a la profesionalización (premodernos).

La historia de la historiografía y las ciencias históricas como metadisciplinas autónomas, propone una imagen distinta a la ofrecida por el análisis de lo que los historiadores entienden en la práctica como tradición historiográfica.³⁷

A partir de la contradicción anterior se ha desatado, más de una vez, la discusión acerca de si la historia es o no es una disciplina o una ciencia propiamente dicha. Sin embargo, el problema no radica en esta pregunta, sino en cómo se constituye el objeto de estudio en el saber histórico. Y eso es, justamente, el problema al que aludimos aquí, y que ha sido tan afectado por la constitución del conocimiento a partir de la modernidad. En última ins-

³⁶ Véase el eje de trabajo "Principios dominantes".

³⁷ Wolfgang Küttler, "Die Anfänge der Geschichtswissenschaft und die Ambivalenzen der Moderne", en *Geschichtsdiskurs*, Band 2: *Anfänge modernen historischen Denkens* (eds. Wolfgang Küttler, Jörn Rüsen, Ernst Schulin), Frankfurt a M, Fischer Taschenbuch Verlag, 1994, pp. 381-389 (382).

tancia, aquí no se trata de tomar una decisión al respecto (que, más que una decisión, sería *tomar partido* por alguna de las propuestas). Se trata más bien de reconocer, en cada investigación, hasta qué grado los aspectos teóricos, las prácticas, así como la constitución de la disciplina misma, dependen profundamente de la manera en que concebimos y determinamos los horizontes científico-culturales modernos que utilizamos (nótese que no decimos “escogemos”) como punto de partida y marco referencial. La comprensión de la historia como disciplina que analiza sus propios orígenes y condiciones mediante instrumentos creados desde estos orígenes, siempre termina siendo un problema que conlleva una incógnita de más, y que implica una vuelta sobre sí misma cuya determinación depende de aquello que debe resolver.

En un nivel tan abstracto, todo eso parece tener poca relevancia para el investigador. No obstante, la decisión de comprender la historia como disciplina o como ciencia modernas, provoca que la historiografía tradicional se limite al análisis de textos de historia, escritos según determinadas normas, siguiendo determinados métodos, o basados en la tradición de las prácticas disciplinarias. Por ello mismo, este análisis no comprende ni las fuentes ni muchos de los documentos no históricos, y menos aún objetos de cultura: la historiografía tradicional como análisis de textos de historia, o bien como estudio de autores y obras de historia.

Por el otro lado, se estudian la investigación específica, las condiciones en las cuales fue posible el nacimiento y desarrollo de una ciencia, sin que esos inicios sean simplemente el fundamento de nuestro propio quehacer disciplinario. A este horizonte, mucho más amplio, se refieren los historiadores y los historiógrafos cuando hablan de las tradiciones, de la transmisión del saber. Se historiza, al problematizarlo, el inicio mismo de una modernidad vista ya no sólo desde sus resultados (la ciencia actual, la teoría actual, las prácticas académicas y disciplinarias actuales), sino en tanto proyecto ambiguo, ambivalente, mucho más abierto de lo que parece indicar hoy el estado de la disciplina. Y eso significa, a la vez, que la historia de la disciplina (sus prácticas, su constitución, su vida académica, sus debates sobre la cientificidad, su cultura, la función que tiene en cada sociedad, etc.) deja de ser un marco referencial para los historiadores, para convertirse en objeto de estudio y, como tal, en reflexión historiográfica permanente. De acuerdo con esta visión de modernidad,

El pensamiento histórico en la modernidad es, finalmente, una orientación histórica relacionada con la experiencia de la vida, frente a esos problemas centrales de la historia real y frente a sus múltiples representaciones mentales.³⁸

³⁸ *Ibid.*, p. 385.

Una última observación en torno a la modernidad: al reconocer su ambivalencia, sus ambigüedades, sus contradicciones, su falta de uniformidad, se tienen que reconocer esas mismas características en las perspectivas y los horizontes del pensamiento histórico. Según los valores que se otorguen a unas u otras características, según su evaluación y valoración, se constituye el saber histórico de cada momento. Parte de los debates de la filosofía de la historia, de las discusiones políticas en el siglo XIX, de la necesidad de hablar de la verdad en la historia, de la existencia de leyes, las dudas originadas en torno a su cientificidad, son todos una toma de posición a partir de determinados valores de la sociedad para la cual la historia debe constituir las experiencias y las expectativas en un discurso racional, comprensible, significativo, que incluya las posibilidades de actuar hacia el futuro, desde el presente, con determinadas intenciones, proyectos sociales y políticos, de evaluar acontecimientos, de imaginar alternativas. Y, finalmente, es en este contexto cultural y social donde el historiador, el historiógrafo, realizan su trabajo de investigación.

Rastrear la historia del pensamiento histórico a lo largo de las épocas puede ayudar a determinar de nuevo la utilidad y los límites de la investigación histórica desde una conciencia reflexiva en torno a las ambivalencias de la cultura moderna.³⁹

Lecturas recomendadas

Carlo Augusto Viano, "Los paradigmas de la modernidad", en Nicolás Casullo (comp. y pról.), *El debate modernidad-posmodernidad*, Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto, 1993 (1989), pp. 175-193.

Con la posmodernidad en la mira, varios autores se han puesto a revisar los planteamientos de la modernidad en sus más diversas acepciones. El artículo de Carlo Augusto Viano presenta un breve balance con una útil clasificación.

Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, México, Siglo XXI, 1989 (edición inglesa, 1982). "Introducción. La modernidad: ayer, hoy y mañana", pp. 1-27; y el capítulo 2, "Todo lo sólido se desvanece en el aire: Marx, el modernismo y la modernización", pp. 81-128.

A partir de textos, obras, construcciones, espacios urbanos, la lectura de personas tanto "reales" como "de ficción", Berman analiza la conformación de la modernidad (procesos de modernización y expresiones modernistas) en el

³⁹ *Ibid.*, p. 389.

siglo XIX, considerando sus paradojas y contradicciones. En el capítulo sobre Marx, el autor muestra no sólo una modernidad como movimiento dialéctico, sino también cómo, en este movimiento, su fuerza fundamental, se vuelve contra su propio origen. La dialéctica, la ironía, la parodia, son algunas de las formas que explican y a la vez definen el concepto de modernidad de Berman.

Perry Anderson, *Campos de batalla*, Barcelona, Anagrama, 1998 (edición inglesa, 1992). "Marshall Berman: modernidad y revolución", pp. 51-90.

En *Campos de batalla* Anderson parte de puntos de desacuerdo con lo que él considera obras fundamentales para su propio pensamiento: debate así, frente a Marshall Berman, no sólo el libro de éste, sino dos conceptos fundamentales: modernidad y revolución.

Actividades

Propósito de las lecturas

Viano presenta un balance y una clasificación para los estudiosos de la modernidad, que busca poner en orden aquello que contiene contradicciones por definición. A través de las voces de Berman y Anderson, es posible reconocer que, en la actualidad, la elaboración histórica e historiográfica de las experiencias decimonónicas contiene y ofrece distintas posibilidades de constituir nuevos conocimientos.

Objetivos de las actividades

a) Distinguir entre la modernidad como visión del mundo y la modernidad como época.

b) Evaluar la caracterización y jerarquización que propone Viano, así como los criterios mediante los cuales argumenta su exposición.

c) Relacionar los conceptos centrales de las distintas visiones que presentan los autores seleccionados.

Actividades a desarrollar

a) En un cuadro sinóptico identifique los parámetros de modernidad que ofrece Viano, y aplíquelos a los otros textos leídos.

b) Comente los resultados obtenidos.

Para las características y objetivos de un cuadro sinóptico, véase "Criterios básicos para la elaboración de los trabajos sugeridos".

La posibilidad de la historia como representación de la historicidad

Objetivos específicos

- a) Reconocer la importancia del concepto de historicidad para la posibilidad de constituir el conocimiento histórico.
- b) Reflexionar sobre la posibilidad de la historia.
- c) Explorar las posibilidades de la representación en los discursos sobre el pasado.

En medio de una serie de fenómenos y síntomas, muchos de incertidumbre, otros de una aparente certeza, sobre los cambios que observamos, surge una pregunta ineludible: ¿hasta dónde es posible separar los síntomas coyunturales percibidos de lo que se afirma como estado actual de la disciplina, y este estado de lo que se plantea como deseable, a partir de los balances, en las propuestas de nuevas historias?

En el fondo, detectamos fuertes dudas acerca de la vigencia de varios de los paradigmas en los que se basan los discursos de la historia moderna: racionalidad, coherencia, verosimilitud, explicación causal de los acontecimientos, sentido en las relaciones establecidas entre el pasado, nuestro presente y los futuros posibles. En consecuencia, las dudas se extienden a la posibilidad de la historia como uno de los discursos que tienen la capacidad de generalizar experiencias particulares en —y para— una sociedad,⁴⁰ dotando estas experiencias de significados más amplios, y generando al mismo

⁴⁰ Con la creciente expansión de la manera de hacer historia, es decir, de la manera como se generalizan los formatos del discurso histórico, más aún al cambiar los intereses de los estados-nación en la legitimación que proporcionan las historias nacionales, éstas pretenden tener validez para la humanidad; esta tendencia se ve cruzada por otra, que —si bien con base en modelos muy similares— pone en primer lugar los intereses locales, regionales, de identidades ya no estatales, de lo cual van surgiendo una serie de nuevas historias, determinadas por temáticas específicas, o por tener en cuenta como centro grupos étnicos, sociales, de género, etc., específicos.

tiempo estructuras y aun modelos que servirán para analizar otras experiencias de los seres humanos en el tiempo.

En una sociedad que se percibe fragmentada —y éste es el horizonte al menos para algunos grupos, entre los que se cuentan quienes se dedican a las ciencias sociales y humanas y, en general, a la construcción del conocimiento—, estas dudas pueden formularse con una pregunta sencilla: “¿Qué queda de la fe de la Ilustración en la posibilidad de un uso científico con la historia y en la misión emancipadora de la ciencia, después de que la posmodernidad puso en duda radicalmente no sólo la coherencia de la historia, sino también la coherencia del pensamiento humano?”⁴¹

Las respuestas más inmediatas a las dos preguntas hasta ahora enunciadas —¿cómo distinguir síntomas coyunturales de problemas que se presentan en los estudios históricos como quehacer disciplinario? y ¿qué queda de la fe de la Ilustración en el conocimiento?— forman parte del mismo horizonte de incertidumbres y certezas.⁴² Observamos cómo desembocan en discursos fragmentados, altamente especializados, en la búsqueda de nuevas historias basadas en nuevos temas, nuevos intereses, respuestas presentadas generalmente por los propios historiadores. Sin embargo, hay también estudiosos (menos en el campo de los historiadores, más en el de los filósofos, antropólogos y semióticos) que llegan a una afirmación mucho más radical: el problema de la incertidumbre, sostienen, no surge de la necesidad de tener un conocimiento más detallado, mejor justificado ante grupos sociales, o temas hasta ahora excluidos de los discursos de la historia, sino de la imposibilidad de expresar, mediante el único lenguaje del que disponemos, y que está constituido en forma arbitraria (de Saussure), un conocimiento verdadero acerca de nuestra realidad. Estos estudiosos consideran inválidos los intentos de seguir realizando análisis en historia (o antropología, o sociología...) mientras se les relacione con alguna realidad social concreta; sostienen, al contrario, su semejanza con los estudios literarios.

Entre estas posiciones, que no marcan sino dos posibilidades en un campo mucho más amplio, y por medio de los comentarios en torno a ellas, se originan múltiples debates; unos pocos ejemplos, tomados al azar, pueden señalar varios puntos que resultarán de interés:

El historiador alemán Georg G. Iggers, formado parcialmente en los Estados Unidos, y docente en varias universidades norteamericanas a partir

⁴¹ Georg G. Iggers, *Geschichtswissenschaft im 20. Jahrhundert*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1996, p. 5 (traducción SP).

⁴² El punto de partida se repite porque lo reproducimos en nuestros objetos de estudio, en nuestra investigación, y somos también parte de él; por ello es, al mismo tiempo, punto de partida y resultado de esta investigación.

de mediados de la década de 1960, en un comentario al ensayo "History and Post-Modernism" de la también historiadora Gabrielle Spiegel,⁴³ precisa:

Que el posestructuralismo [resume Iggers la posición de Spiegel] había problematizado la relación entre "palabras y cosas, lenguaje y realidad extralingüística", al señalar —con toda razón— que la vida mental se realiza en el lenguaje, y que no existe metalenguaje alguno que permita observar una realidad independientemente de un lenguaje. Pero si el texto sólo refleja otros textos sin referencia a una realidad, entonces "el 'pasado' se diluye en 'literatura'". Este tipo de visión, sin embargo, ignora que cada texto es producido en un contexto real [y que] "el propio lenguaje sólo adquiere significado y autoridad en el interior de correlaciones históricas y sociales específicas [...] El lenguaje consiste, por lo tanto, en la mediación entre el texto y la realidad".⁴⁴

Spiegel, especialista en estudios sobre la Edad Media en Francia, procura integrar en sus estudios historiográficos reflexiones teóricas en torno a las problemáticas que presentan el posestructuralismo, la semiótica, la crítica literaria y la posmodernidad. Por su parte, Iggers, interesado igualmente en el papel que desempeña el pensamiento histórico posmoderno, que en los efectos de esta discusión sobre las prácticas disciplinarias de los historiadores, se ocupa en su balance sobre la ciencia histórica en el siglo xx "de las corrientes de la ciencia histórica, en las que continúan vivas las intenciones emancipadoras de la Ilustración, pero que al mismo tiempo consideran el carácter contradictorio de la Ilustración (Horkheimer, Adorno, Foucault)".⁴⁵

Una posición muy distinta ante el discurso de quienes proclaman el fin de la historia, y que percibe como franca amenaza, la adopta otro historiador, el catalán Josep Fontana; partiendo del artículo y posterior libro sobre el fin de la historia, de Francis Fukuyama,⁴⁶ afirma que

...se trata simplemente de una reelaboración más de la tesis de Hegel que contemplaba "el mundo germánico y las instituciones que comprende el Estado

⁴³ Gabrielle Spiegel, "History and Post-Modernism", *Past & Present*, núm. 135, 1992, pp. 194-208.

⁴⁴ Iggers, *op. cit.*, p. 109.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 5.

⁴⁶ Cito la nota bibliográfica de Fontana al respecto: "El artículo original apareció en el verano de 1989 en *The National Interest*; la primera traducción castellana, en *Claves*, 1 (abril de 1990), pp. 85-96. Sobre los orígenes y la 'financiación' de su difusión: J. Wiener, 'Dollars for Neocon Scholars', en *The Nation* (1 de enero de 1990), pp. 12-14. La fundación a que me refiero [John M. Olin Foundation] es la misma que financia a François Furet, develador de la Revolución Francesa, con una subvención de unos 50 millones de pesetas. Como era de esperar, ante la publicidad recibida, el libro de Fukuyama ha sido rápidamente traducido al español (Barcelona, Planeta, 1992)". Josep Fontana, *La historia después del fin de la historia*, Barcelona, Crítica, 1992, nota 1, p. 5. Los trabajos de Fukuyama se recomiendan como lectura parcial del último eje de trabajo de este libro, "El fin de la historia: cuestionamientos y propuestas desde la posmodernidad".

européico moderno como el fin de la historia" [Raymond Plant]; viejas ideas recicladas repetidamente desde que Kojève las volvió a poner en circulación en los años treinta, mezcladas ahora con gotas de Nietzsche para componer lo que se ha calificado de "libro de rezos hegeliano" [Alan Ryan] para el conservadurismo norteamericano, mientras un crítico se pregunta: "¿Por qué una obra de tan evidente mediocridad ha obtenido tanta atención pública?... ¿Por qué un editor ha podido emplear tanta energía y capital para lanzar un libro tan pueril y de tan escaso interés?" [John Dunn].⁴⁷

A lo largo de su balance en torno al actual estado de los discursos de historia, Fontana reacciona de una manera distinta de la de Spiegel o Iggers ante el planteamiento de un posible o inevitable fin de la historia. Rechaza el trabajo de Fukuyama y propuestas similares porque juzga que no se trata de un problema de la historia que pueda tener consecuencias reales para la teoría de la historia, y menos aún para las prácticas disciplinarias de los investigadores. Lo clasifica como un asunto de interés político y, como tal, lo repudia: desde la historia establecida de la modernidad (el conocimiento emancipador de la Ilustración que busca la libertad), y con argumentos político-éticos ante la amenaza de una nueva era conservadora, cuando no francamente de derecha, donde a falta de un discurso de historia racional, con los valores correspondientes implícitos (éticos, morales, ideológicos, culturales), aparentemente todo se vale.

Fontana interpreta el pensamiento poshistórico en función de los usos y abusos político-ideológicos que se pueden hacer y se han hecho a partir de las ideas comentadas. Desde esta perspectiva, se trata en todo caso de un tema para un estudio en ciencias políticas, o de un aspecto para la historia de las ideas contemporáneas, pero de ninguna manera de una propuesta con fundamento teórico en torno a una serie de experiencias contemporáneas, que pudiera afectar el quehacer histórico, el pensamiento histórico en sí. Ejemplos como los anteriores abundan en la actualidad: se les encuentra no sólo en los balances sobre los discursos históricos, sino también en muchas introducciones a estudios históricos, en recapitulaciones o reflexiones en torno a estudios realizados.

Lo que importa aquí es la necesidad de pensar la posibilidad misma de la historia, que en muchas ocasiones va enlazada al temor de su desaparición no sólo como discurso, sino como valor que encierra tanto la identificación con un pasado y una tradición, como la posibilidad de un futuro; por ello, la representatividad de estos discursos se considera aquí un problema secundario.

⁴⁷ *Ibid.*, pp. 7-8. [Entre corchetes se señalan los autores de las citas directas que hace Fontana, sin repetir las observaciones ni las notas bibliográficas completas que aparecen en el original.]

La tarea que nos proponemos abordar implica problematizar el ámbito de la posibilidad misma del pensamiento histórico, allí donde se presenta hoy y desde nuestro horizonte: en la tensión abierta e ineludible entre historia e historicidad. Y hablamos de hacerlo en un horizonte que presenta síntomas claros de ruptura en el pensamiento moderno, sustento de la actual manera de escribir historia.

La historicidad en sí misma no basta para investigar lo histórico, pero las historias, sin la reflexión en torno a cómo representan la historicidad, tampoco son suficientes. Esto se debe a que los estudios históricos afectan el presente desde el cual analizamos, tanto como la historicidad. El pensamiento histórico no puede investigarse simplemente a partir de los balances historiográficos; es indispensable que pensemos en los efectos de la historicidad sobre la propia historia.

En segundo lugar, queremos llamar la atención sobre el tipo de problemas que han obligado a los historiadores a abrirse a discusiones sobre su disciplina, la manera como opera, su pertinencia, sus posibilidades, desde un ámbito que está ligado a los objetos de estudio y, a la vez, a las premisas, los presupuestos (prejuicios en la terminología de Hans-Georg Gadamer) no sólo de la disciplina, sino del pensamiento histórico en general, y que exigen un esfuerzo de reflexión teórica constante. Sin ella, la propia disciplina no sólo no logra proponer respuestas: tampoco puede plantear nuevas interrogantes; gira sobre sí misma, se cierra, cae en el silencio.

Mediante el redoblamiento de la historicidad sobre sí misma y sobre sus propias posibilidades de representarse en historias, mediante los efectos de este cuestionamiento y los ineludibles cambios en la orientación disciplinaria, nos situamos en un complejo juego de metarreflexión que problematiza las prácticas disciplinarias tanto como los conceptos teóricos. Es en este estado de la disciplina donde, en nuestro presente, tenemos que preguntarnos cómo articular la experiencia humana en el tiempo: sus representaciones, funciones y lecturas, los análisis en torno a esas representaciones que no son ni únicos ni unívocos; las interpretaciones y las construcciones de significados.

En este contexto, hay una serie de correlaciones conceptuales (tiempo, espacio y una complicada red de referencias) que son necesarias para comprender la historicidad en las historias. Justamente estas correlaciones y las experiencias humanas que las marcan, y que son determinadas desde momentos a su vez históricos, con intereses políticos, culturales, de poder, disciplinarios, subjetivos, son las que impiden o niegan la idea de una historicidad que derive en tensiones permanentemente renovadas frente a las historias que la representan. Las relaciones en esas tensiones, la forma de sus representaciones, son los conceptos que definen qué es historia y cómo otorga significado, una y otra vez, al tiempo, al espacio y a la referencialidad.

Todo eso se expresa, y por eso lo podemos observar, percibir, pensar y analizar en representaciones y a través de ellas: textos, símbolos, arte, medio construido (espacio para habitar y usar con determinados propósitos). Lo que debe quedar muy claro es que precisamente en los análisis históricos e historiográficos no se puede hablar de un orden temporal o causal unidireccional; no se puede decir que primero existan las fuentes y luego las representaciones en forma de historias escritas y sus significados, o primero las representaciones culturales y luego los análisis y las interpretaciones de las mismas, o primero una reflexión teórica y luego la escritura de la historia con su significado. Todo forma parte de todo, y el orden (de investigación, narrativo, expositivo, explicativo, descriptivo, interpretativo) que le damos es simplemente una estrategia escogida para construir la historia y que forma parte, desde luego, de esta misma historia, así como de su significado.

Es en esta pretensión donde la historia parece tener continuidad; por ello reconocemos discursos de historia en Herodoto, en Michelet, en Droysen, en Bulnes, en Fontana, en Rösen y aun en Fukuyama... Pero, además, reconocemos como igualmente relevantes una serie de estudios que se han realizado desde otras disciplinas, como son los de Ricoeur, Gadamer, Lyotard, Habermas, Derrida, Geertz y muchos otros, quienes desde su propio ámbito de construcción del conocimiento, desde sus propias disciplinas, pero ante dudas y cuestionamientos similares, han trabajado con lo que en historia consideramos nociones básicas: tiempo, espacio, referencialidad. En el cómo de cada actualización de los problemas están las rupturas, los nuevos horizontes (o los nuevos enfoques, perspectivas y expectativas en torno a los horizontes acostumbrados), las transformaciones en la visión del mundo, los cambios del enfoque disciplinario. En este sentido, las problemáticas como planteamientos de la posibilidad se repiten, mientras la manera como un historiador, una escuela o corriente, una comunidad, un grupo social, una cultura, abordan cada problema en cada momento, es irrepitible.

Lecturas obligatorias

Gabrielle M. Spiegel, "Historia, historicismo y lógica social del texto en la Edad Media", en Françoise Perus, *Historia y literatura*, México, Instituto Mora, 1994, pp. 123-161.

Spiegel, desde el enfoque de la historia, analiza algunos de los problemas planteados por las relaciones que se establecen entre los textos literarios, la historia y la historiografía. Introduce la expresión "lógica social" para definir los espacios y tiempos conceptuales relevantes para la comprensión de los

La posibilidad de la historia

textos en cuestión, lo cual le permite dar entrada a una historia cultural entendida como una historia de la producción simbólica.

Josep Fontana, "La Academia no está legitimada para censurar", entrevista con Josep Fontana, *El País*, 2 de julio de 2000, suplemento *Domingo*, pp. 8-9.

En esta entrevista, el historiador catalán Josep Fontana responde esencialmente a preguntas sobre el uso de la historia actual por parte del Estado, oponiendo esencialmente la conciencia del historiador a la posibilidad de una historia oficial. De ello surge también una distinción importante en relación con los discursos nacionalistas en la política, a los que opone una cultura nacional más amplia en la que se basan las tradiciones, y que tiene un fuerte peso en una sociedad, aun cuando algunos historiadores la cuestionan.

Guillermo Zermeño, "Sobre la crítica 'posmoderna' a la historiografía", una reseña de Georg G. Iggers, *Historiography in the Twentieth Century. From Scientific Objectivity to the Postmodern Challenge*, Hanover N.H. y Londres, Wesleyan University Press, 1997, 182 p. *Historia y Grafía*, núm. 9, UIA, 1997, pp. 221-229.

En esta reseña crítica, Zermeño no sólo relaciona la *Historiography in the Twentieth Century. From Scientific Objectivity to the Postmodern Challenge* de Iggers con las perspectivas de algunas corrientes y algunos historiadores analizados en el propio libro; plantea además una serie de preguntas en torno a los nuevos paradigmas que pudieran observarse con la introducción de elementos de análisis nuevos para la disciplina.

Actividades

Propósito de las lecturas

El propósito de las lecturas es profundizar en la reflexión teórica en torno a la posibilidad de la historia como discurso sobre el pasado. Los tres textos tienen en común la relación entre los objetos de estudio y cierto ámbito sociocultural que sirva de campo referencial: la lógica social en el caso de Spiegel; la historia oficial y su posición frente a los nacionalismos cambiantes, en el de Fontana; y en el caso de Zermeño, en función de los comentarios críticos y los estudios historiográficos de Iggers en concordancia con los nuevos paradigmas que se observan en el debate sobre los estudios históricos en el siglo xx.

Historiografía crítica

Objetivos de las actividades

- a) Problematizar la historicidad del pensamiento teórico.
- b) Conocer los efectos de la historicidad como elemento ineludible en el proceso de constitución del conocimiento sobre el pasado.
- c) Distinguir entre historicidad, subjetividad y relativismo.

Actividades a realizar

En 5 cuartillas, desarrolle los siguientes dos conceptos, considerando el potencial de su historicidad: realidad histórica y representación.

La escritura de lo histórico

Objetivos específicos

- a) Introducirse en la problemática de la escritura de la historia.
- b) Conocer la función de la escritura como transformación de experiencia en pensamiento reflexivo sobre la experiencia y su significación.
- c) Comprender que el proceso de escritura de la historia obliga a re-abrir (historizar) lo aparentemente constituido como conocimiento.
- d) Retroalimentar la importancia de la escritura de la historia como proceso de constitución y significación del conocimiento sobre el pasado.

¿Por qué es [inquieta Jörn Rüsen] pues —una vez prescindiendo del placer de un texto histórico bien escrito—, la escritura de la historia un problema teórico de las ciencias históricas? Se presentan problemas teóricos ahí donde se construyen teorías con el fin de extraer estados de cosas a partir de las fuentes, y con el fin de explicar esos estados de cosas; y se presentan ahí donde, para la historia como ciencia, se explicitan y se fundamentan principios rectores de la epistemología histórica. Ambos aspectos desempeñan también un papel en la escritura de la historia.⁴⁸

Lo que convierte la escritura de la historia en problema (esto es, lo que obliga a problematizar la escritura de la historia) es en primer lugar la idea de que toda historia parte de una Historia (un horizonte cultural, un conjunto de saberes) previamente constituida.⁴⁹ Si bien es así como funciona

⁴⁸ Jörn Rüsen, "La escritura de la historia como problema teórico de las ciencias históricas. Bosquejo del fondo histórico de la discusión actual", en Silvia Pappé (coord.), *Los debates recientes en la teoría de la historiografía alemana*, México, UAM-A/ULA, 2000, pp. 235-263 (236).

⁴⁹ "En las más recientes investigaciones teóricas y empíricas de la historiografía se subraya que, sin un trabajo previo de formulación de sentido, no se puede poner en marcha ningún proceso de investigación, porque los objetos de investigación ya son productos y estados de cosas identificables como 'históricos' de una constitución de sentido narrativa. Su significado fundamental quizá no haya podido expresarse durante largo tiempo, y quizá haya sido simplemente cegado en la obvedad de los historiado-

en la cultura, hay que precisar que en el ámbito de la escritura de una o varias historias nuevas, el horizonte histórico existente no es rígido; al contrario, se vuelve a disolver parcialmente en sus componentes: se reconstituye, se representa en función de la historia que se pretende escribir, de la investigación que se lleva a cabo; se disuelve y se reconstituye como *marco histórico particular*. La escritura de la historia es, por lo tanto, un problema por el efecto y la fuerza que ejerce la historicidad sobre sí misma; así, todo proceso de escritura reabre el proceso de lo constituido (lo escrito) previamente. La escritura (el proceso de la escritura) de una parte novedosa, de un nuevo enfoque, de historias que se relacionan con otras de una manera distinta a la establecida, afecta siempre a la historia más allá de los límites del interés estricto de lo que se quiere escribir. La constitución de un nuevo conocimiento no suma éste al que existe previamente, sino que lo afecta, lo altera, lo transforma y lo reconstituye. Para los ámbitos del conocimiento histórico, el contexto es un texto escrito y a la vez no escrito (constituido y a la vez no constituido), un texto que se tiene que coescribir, siempre de nuevo, junto con el texto que se está escribiendo; es lo que llamamos “marco”. Lo “nuevo” que se escribe (y que es nuevo *porque* se escribe) no se agrega a lo anterior; lo anterior, en tanto contexto posible e indispensable, no explica lo nuevo; la interrelación es mucho más compleja.

En esta reapertura del proceso de constitución del conocimiento histórico se incluye inevitablemente la reflexión sobre lo que se investiga, *en función* del conocimiento ya existente. Se incluye, por lo mismo, toda decisión sobre las fuentes, el enfoque, lo que abarca el horizonte, la selección y la reconstitución de los diversos contextos (no sólo el histórico, sino el disciplinario, el teórico-metodológico, el lingüístico, el horizonte de los lectores, el de los formatos y del tipo de discursos a utilizar, el de los intereses particulares de otros saberes afectados). La escritura y las historias que se escriben se vuelven una, y esta unidad se hace parte de los contextos; así, estos últimos se transforman continuamente, mediante los procesos de escritura y coescritura, a partir de los cuales se constituyen en nuevas historias.

La escritura afecta, en este sentido, sus propias condiciones; remite a cómo se escribió lo ya escrito (incluyendo fuentes y testimonios escritos, narrados, grabados, transmitidos oralmente), con o sin sentido histórico intencional. La interrogación de fuentes, de lo teórico construido, de los diversos contextos, devuelve a éstos un estado abierto, no concluido, lo cual

res, quienes están muy lejos del trabajo reflexivo de la historiografía (y éstos eran, y probablemente sean, la mayoría), porque es obvio” (Jörn Rüsen, *Zeit und Sinn. Strategien historischen Denkens*, Frankfurt, Fischer Wissenschaft, 1990, p. 149).

obliga a reescribir incluso aquello que supuestamente estructura, apoya y afirma lo histórico que se está escribiendo.

En tanto problema de la escritura de lo histórico, el cuestionamiento provocado por la historicidad aplicada a sí misma rebasa, así, los balances de autores y textos; rebasa el “estado del arte”, rebasa la idea de “enmarcar”. En este enfoque se hace hincapié en la parte viva del conocimiento y sus transformaciones, y no en la subjetividad de todo autor, ni en el relativismo de las distintas versiones e interpretaciones. Todo lo que se escribe con sentido histórico está sujeto a ser reabierto e interrogado por otros autores, escritos, lecturas, tanto por los efectos de la historicidad sobre sí misma, como por la escritura que problematiza sus propias condiciones para el caso de lo histórico.

Y aquí entra un segundo problema. La escritura de la historia es problemática porque sus referentes son, en primer lugar, otros “escritos” (en el sentido más amplio, de representaciones, fuentes, restos, huellas, ruinas, monumentos, documentos, otras historias, datos de otras disciplinas, otros saberes, etc.); en segundo lugar, todos estos “escritos” sugieren otro plano de referencias, que es la realidad o, para el caso específico del pensamiento histórico, la realidad del pasado. Los referentes son, pues, dos: otros escritos y un nexo de éstos con una realidad histórica, a la cual no se tiene acceso, ya que apenas se le constituye mediante la escritura, pero que, no obstante, conforma el horizonte cultural en los términos más amplios de experiencia vital, conocimiento y expectativas.

En este sentido, la escritura es el tipo de representación (y a la vez de interpretación) de la que disponemos para traducir la vivencia de “lo real” en “conocimiento”, es decir, en un pensamiento reflexivo en torno a los procesos de la vivencia como experiencia, y su significación. Se escribe historia para “transformar tiempo natural en tiempo humano”,⁵⁰ y la manera como se escribe esta transformación, no sólo afecta la propia transformación, sino que constituye, en sí, el tiempo humano del que se habla, en cada momento, en cuanto a los intereses, conceptos y nociones específicamente actualizados.

La escritura, y la necesidad de reabrir lo aparentemente constituido como conocimiento o marco histórico, evidencia este proceso que traduce las vivencias en conocimiento, que se reabre continuamente en la multiplicidad no lineal de todas las nociones que intervienen aquí: experiencia, historias, significados, todo ello en la historicidad. La historiografía crítica intenta llamar la atención sobre este proceso, interrogar sus condiciones.

Ahora bien, todo lo anterior plantea una contradicción inherente a la

⁵⁰ Jörn Rüsen, *Historische Vernunft (Grundzüge einer Historik I)*, Gotinga, 1983, p. 52.

escritura de lo histórico: si la escritura pretende retener y transmitir lo que la memoria difícilmente puede hacer, precisamente en lo histórico no lo logra, porque lleva implícito que a lo largo del mismo proceso de escritura, tanto lo retenido como lo que se busca reabrir en la transmisión, lo debe cuestionar, interrogar, dividir en sus componentes. Se escribe historia para constituir, retener y transmitir el conocimiento sobre el pasado —y se escribe porque la escritura se puede y se debe volver a abrir a la reflexión, en cada texto nuevo que se propone. A esa contradicción inherente se debe una de las normas aparentemente pragmáticas de la disciplina: la obligación de señalar las fuentes y la procedencia de las interpretaciones utilizadas, así como los datos y las opiniones que difieren de las enunciadas por el autor, o incluso se oponen a ellas. Por ello deben citarse las fuentes, para dejar reconocibles los componentes, de los cuales se tomó sólo una parte, y sólo en determinado sentido. Por ello se deben señalar las citas, que no es válido citar en un sentido diferente (fuera del “contexto” al que se refiere el autor/el documento). Por ello la responsabilidad de señalar opiniones que difieren, fuentes que contradicen otras fuentes o lo que se afirma en el texto. A menos que el historiador señale los componentes, deje visible la manera de armarlos, diga cómo llega a determinadas interpretaciones, no sería posible reabrir (y no simplemente desechar) lo escrito anteriormente.⁵¹

Este punto nos permite reconocer cómo la investigación y la escritura son parte de un mismo proceso, y que la capacidad de investigar se parece mucho a la capacidad de escribir (entendiendo el proceso de escritura como constitución, como construcción). La escritura, afirma Rüsen, se aleja en un momento dado de la investigación historiográfica para volverse sobre los problemas de la constitución del significado en el pensamiento histórico, es decir, el proceso de actualización de la historicidad en historias realizadas mediante la escritura. Hayden White, por su parte, *distingue* en principio entre la “práctica de la investigación histórica” (la búsqueda en archivos de información sobre el pasado) y la “práctica de la escritura” (el desarrollo de un discurso y su traducción en una forma escrita por el historiador). En medio ubica una serie de pasos de transformación, donde el aspecto figurativo en el pensamiento del historiador se vuelve más fuerte, es decir, donde aumenta el espacio de los “medios literarios”, como los denomina White: significados ocultos, secundarios, connotativos, de manera que “...sus escritos no sólo se reciben como información, sino que se pueden leer también como construcciones simbólicas”. Este significado oculto, secundario, connotativo del discurso histórico, agrega White, es la *interpretación* de aquellos

⁵¹ Éste es uno de los principales elementos que distinguen el discurso histórico de la narración literaria.

acontecimientos que constituyen un contenido manifiesto. Para ambos autores, es en la escritura donde se correlacionan aquellos elementos que conviven y se contradicen; los distintos horizontes, las soluciones, pero también las interrogantes no resueltas en cada historia.

Eso es tanto más importante al observar los efectos causados por el trabajo de Hayden White (*Metahistoria*) entre algunos historiadores, quienes redujeron, para otras investigaciones, las propuestas de White a aspectos puramente formales de la escritura de la historia. Es importante recordar que los discursos, géneros y formatos, en tanto forman parte del conjunto de los problemas teóricos que influyen en la escritura de la historia, no se reducen a aspectos formales de representación, sino que influyen en los procesos de significación del pasado y, a la vez, del presente, y que transforman incluso el propio tiempo histórico. En todo proceso de escritura de la historia, es por lo mismo indispensable preguntarse cómo se traduce la diferencia entre realidad y pensamiento sobre la realidad (y considerando que este pensamiento forma parte de lo real en tanto experiencia de lo real) en historicidad y escritura de la historia, sin establecer simples correspondencias que no tienen validez alguna. Tiene que ver con selección, organización, actualización, reflexión. Con escritura como constitución del pensamiento en un lenguaje determinado (de historiadores, para historiadores tanto como para no historiadores).

Lecturas obligatorias

Emilio Lledó, *El silencio de la escritura*, Madrid, Espasa Calpe (Colección Austral), 1998 (c 1991). "La escritura", pp. 69-95; "El textualismo", pp. 117-146.

Mediante una serie de comentarios críticos, Lledó analiza los paradigmas que integran el proceso de escritura en tanto proceso de conocer un objeto de estudio. Por otra parte, el "textualismo" del siglo XX se observa como un cambio en la percepción del mundo, frente al "idealismo" decimonónico, para retomar una afirmación de Richard Rorty. Desde este textualismo se explica la relevancia de la hermenéutica (experiencia, interpretación, comprensión) para los estudios discursivos.

Jörn Rüsen, "La escritura de la historia como problema teórico de las ciencias históricas. Bosquejo del fondo histórico de la discusión actual", en Silvia Pappe (coord.), *Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana*, México, UAM Azcapotzalco/UIA, 2000, pp. 235-263.

Historiografía crítica

En este ensayo, Rüsen replantea el problema de la subjetividad; se pregunta por la subjetividad del historiador, no como individuo, sino como posibilidad de constituir la historia que contiene cada obra histórica escrita, en tanto experiencia y modos de representación por medio del lenguaje. Sólo así el historiador puede continuar exigiendo la cientificidad no sólo de la investigación, sino también de la escritura de la historia. En pocas palabras, el trabajo específicamente histórico no está en la selección de datos, en la investigación, en el tratamiento y uso de las fuentes, sino justamente en la escritura.

Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, FCE, 1992 (c 1973). "Introducción", pp. 9-50.

En la "Introducción" a la historia y el estudio de la historiografía del siglo XIX, a través de la obra de Michelet, Ranke, Tocqueville y Burckhardt, además de Marx, Nietzsche y Croce, Hayden White pone en el centro de la atención la constitución y presentación del conocimiento histórico mediante formas más cercanas a la narrativa literaria. El realismo decimonónico resulta, así, en formas del imaginario y esquemas de representación que prefiguran y constituyen las narraciones; y al desmitificar la idea de que las historias escritas son reconstrucciones de acontecimientos del pasado, el autor contribuye fuertemente al escepticismo actual frente a la idea de las grandes historias.

Actividades

Propósito de las lecturas

El propósito de las lecturas de los tres textos es conocer, a partir de visiones divergentes, la importancia de la escritura para el proceso de constitución del conocimiento sobre el pasado. Se verá que la escritura no desempeña el papel de transmisión o representación, sino de constitución y significación del conocimiento sobre el pasado. Asimismo, se revisará la manera de hacer presentes una y otra vez estas constituciones y estos significados.

Objetivos de las actividades

- a) Identificar los hilos conductores de la argumentación de cada autor.
- b) Analizar las relaciones entre la "poética" de los análisis historiográficos leídos y los aspectos teóricos que proponen los autores.
- c) Problematicar los alcances teóricos de la escritura de la historia.

Actividades a desarrollar

A partir de la lectura de Emilio Lledó, Jörn Rüsen y Hayden White, elabore un listado con un mínimo de tres argumentos que afirmen el carácter problemático de la escritura de la historia, y desarróllelos, asumiendo una posición crítica.

EJES DE TRABAJO, TERCER GRUPO

Procesos de significación
en los conocimientos sobre el pasado

La necesidad de profundizar y ampliar las reflexiones exige recordar continuamente los ámbitos enunciados anteriormente en relación con los estudios historiográficos: historicidad, temporalidad/espacialidad, discursos y principios dominantes. Centrándonos en los procesos de significación histórica, trataremos esencialmente de trabajar con horizontes de percepción y estrategias de representación; estos horizontes y estrategias se analizarán desde distintos enfoques y problematizando diversos aspectos ubicados en los ejes de trabajo.

Si bien ya se han analizado algunos aspectos relacionados con los horizontes, es necesario ampliarlos por medio de la percepción; estrechamente relacionado con ello, se presentará también, en tanto problema historiográfico, el concepto de representación, relacionado con las posibilidades de expresar y constituir formalmente la experiencia. En este ámbito, las posibles líneas de discusión abarcan campos muy amplios, que no se podrán introducir del todo, de manera que aquí queden únicamente señalados. Si se habla de representación, surge de inmediato la necesidad de relacionarla con la problemática de los referentes, retomada entre los investigadores y críticos posmodernos (basados en Saussure y su diferenciación entre significado y significante), pero también de quienes señalan el *giro lingüístico* como punto de partida, o Chartier y sus seguidores, que conceptualizan el mundo como texto. La constitución del conocimiento histórico y sus relaciones con las representaciones nos confronta, sin embargo, con problemas adicionales, como se verá a lo largo de los siguientes ejes de trabajo.

El ámbito de la reflexión teórica así como los estudios históricos e historiográficos muestran que los factores que intervienen en los procesos de significación histórica del conocimiento sobre los asuntos y acontecimientos del pasado se inscriben en procesos dirigidos a las preguntas del presente (o bien, con miras al futuro). En el horizonte actual se han impuesto las críticas

contra las teorías generales válidas en ciencias sociales, cuando se utilizan como modelos cerrados; además, las explicaciones analíticas y los paradigmas del pensamiento histórico en que se basan, se sujetan precisamente a las transformaciones continuas, a la historicidad de ellas mismas y de los paradigmas en que fundamentan su experiencia, su expresión y su representación.

Las historias se “construyen” siempre en el ámbito de la percepción de quienes son afectados directamente (los estudios históricos e historiográficos, sin embargo, añaden a esto y a sus interpretaciones otros elementos que provienen de la propia experiencia —individual y colectiva, cultural, social, etc.—). Nos referimos aquí a las formas de apropiación, afirmación e interpretación de la experiencia histórica (en la memoria y mediante ella misma, la conciencia histórica, las modalidades psíquicas, sociales y de época de la construcción de imágenes y representaciones sobre el pasado, las relaciones entre la experiencia histórica y sus expresiones discursivas, así como la pregunta de “lo real” de lo que se recuerda y de lo histórico).⁵² Eso significa que se incluyen varias perspectivas que funcionan no sólo en distintos niveles, sino con reglas y de acuerdo con supuestos varios; además, esas perspectivas determinan también la percepción como posibilidad y como visión del mundo en su primera instancia. Nunca se pueden tomar en cuenta todos los elementos, pero sí hay que reflexionar en torno a aquellos sobre los cuales es posible obtener información y, sobre todo, aquellos que intervienen visiblemente en la producción de significado. Así pues, los estudios historiográficos no se pueden reducir a la historiografía entendida como balances biográficos, ni ser confundidos con análisis psicológicos, o simplemente como si los autores fueran determinados ideológicamente.

Estamos, así, ante distintos ámbitos entre los cuales surgen una serie de relaciones, cuyo análisis y reflexión presentan no pocas dificultades. Esos ámbitos se constituyen mediante las cosas que sucedieron y que distintos actores, participantes, afectados y observadores percibieron de distintas maneras, dejando testimonio de ello desde percepciones y horizontes varios. A partir de esos testimonios, fuentes, intereses posteriores, superpuestos, el público al que se dirigen, las reglas discursivas y disciplinarias, las tradiciones y a la vez percepciones y horizontes, algunos investigadores (historiadores y no historiadores) dejaron relatos reelaborados en forma de “historias”. Estos relatos, a su vez, son integrados a los procesos de constitución del conocimiento y de sus significados históricos, con apoyos que provienen desde la teoría y los métodos, desde la tradición, las normas, la cultura, y

⁵² Cf. Müller y Rüsen, *Historische Sinnbildung*, Reinbek bei Hamburg, Rowohlt, 1997. “Einleitung”, página 12.

desde visiones personales y evidentemente subjetivas del mundo, entre muchos otros factores. En este nuevo proceso se debe considerar la recepción de cada uno de los elementos, además de las múltiples posibilidades de leer y comprender la compleja red de las experiencias y los discursos correspondientes.

Esto se remite, en tanto problema de la historiografía, a la relación entre "lo real" y los textos que se refieren a ello; una de las maneras de la llamada posmodernidad de aproximarse a este problema, y de encontrar una solución provisional, es el interés exclusivo por el texto: en palabras de Ankersmit, la filosofía del siglo xx, que se interesa primordialmente por problemas del lenguaje y de la relación entre el lenguaje y el mundo.⁵³ Los postulados de Ankersmit para el asunto del "fin de la historia", y las propuestas desde lo posmoderno, así como los niveles en que se constituyen los significados de lo histórico, se verán en el último eje de trabajo. El interés de la teoría de la historiografía y de los estudios historiográficos frente a esos problemas forma parte, asimismo, de los análisis y reflexiones que a continuación se presentan.

Por su parte, la experiencia histórica no sólo pervive en los discursos históricos expresamente constituidos, sino en un sinnúmero de manifestaciones y representaciones culturales, aun en aquellas que no son específicamente históricas, sino mucho más generales, o que no necesariamente fueron construidas según las reglas y las normas de la disciplina correspondiente. De interés pueden ser expresiones estéticas, documentales, monumentos, obras de teatro, películas, etc., centenarios y otros festejos, remembranzas, festejos en memoria de, fiestas populares, tradiciones (y los intentos de mantener vivas esas fiestas y tradiciones por parte de alguna instancia exterior como el Estado o un grupo, una organización...), o bien, versiones y construcciones con una simbología oficial, como sucede frecuentemente en edificios gubernamentales señalados posteriormente como históricos, en la construcción de personajes (con monumento o sin él), en los contenidos de los museos...

Un problema importante para la historiografía crítica, específicamente para su constitución como forma de conocer, su constitución disciplinaria, es el tipo de relación que establece con otras disciplinas así como el papel que éstas pueden desempeñar a su vez en la historiografía.

Al establecer vínculos con cualquier objeto de estudio, la historia como "enfoque temporal" parece mostrar, describir, narrar y, a veces, explicar los cambios y las transformaciones de esos objetos de estudio en el tiempo. La historiografía explica, además las transformaciones en el tiempo de los discursos

⁵³ Cf. Frank R. Ankersmit, "Die drei Sinnbildungsebenen der Geschichtsschreibung", en Müller y Rösen, *Historische Sinnbildung*, op. cit., pp. 98 ss.

sos sobre esos objetos de estudio (y observa a la vez su construcción), en un particular “giro lingüístico” consciente de la diferencia entre los discursos y los propios acontecimientos, es decir, entre los discursos y la realidad a la que hacen referencia, y considerando incluso el carácter inaccesible de esa realidad.

En este sentido, la historiografía, al estudiar los procesos de significación, se refiere: *a)* a los enunciados referentes al objeto de estudio entendido como pasado, es decir, al significado de los acontecimientos; *b)* al discurso que constituye el conocimiento histórico, en otras palabras, al significado que ofrecen, entre otros, las explicaciones, las interpretaciones, el proceso de constitución de los significados mediante estos discursos, su manera de argumentar, su significado para el conjunto (aunque no en el sentido de una totalidad) de una sociedad o una cultura. Denota, así, tanto un uso relacionado con los contenidos referenciales como un uso metalingüístico, en el sentido de una continua reflexión discursiva en torno a la constitución de los discursos.

Las relaciones con otras disciplinas se manifiestan, así, en temáticas que encuentran su perspectiva en la adjetivación de la historia: historia política, historia económica, social, cultural, de género, de mentalidades, intelectual, etc. Parte de los problemas planteados en algunas de esas historias encuentran una solución (temporal, parcial) mediante una mayor especialización donde la historia política, ante los reclamos de grupos marginados, se amplía hacia la historia social, y ésta a su vez se diversifica en historias culturales, de género y otras más. Todo ello se relaciona con determinados objetos de estudio *de la* historia, pero no necesariamente afecta al *tipo de conocimiento histórico* que se produce ni a la manera en que se pueden enfocar nuevos y distintos problemas del quehacer historiográfico.

Lo anterior se debe a una especie de competencia entre las disciplinas. Pareciera que la historiografía se define, en esta visión, según la disciplina con la que se relaciona: la filosofía la encamina hacia la teoría de la historia (en tanto reflexión del significado o del quehacer); la sociología, hacia la historia social; la cultura (literatura, arte, etc.) la orienta en el sentido de los estudios culturales, pero también de historias del arte y similares; la teoría literaria, la lingüística y aun la semiótica la acercan a la hermenéutica; y así sucesivamente. Además, surgen por parte de especialistas, y en estudios muchas veces monográficos, todo tipo de combinaciones y relaciones intermedias. ¿A qué se debe esto?

La historiografía, al no cerrarse con una definición teórico-metodológica determinada, al insistir en el carácter abierto de su manera de enfocar sus objetos de estudio, invita a que cada estudioso le dé conscientemente la forma que la acote y la defina, siguiendo así la tradición de lo que debe hacer una disciplina. Sin embargo, cuando se abre hacia otras disciplinas, puede suce-

der que éstas (o los "observadores") la desprendan de lo histórico para verla más bien como instrumento útil en función de estas otras disciplinas. Desafortunadamente, es posible que se le reduzca a un método que añade simplemente una "dimensión histórica" o temporal, una perspectiva, a los discursos o estudios de otros tipos de conocimiento.

Los siguientes ejes de trabajo se centran en un aspecto de los estudios historiográficos que se puede resumir con la idea de enfocar los procesos de constitución de significado mediante los discursos emitidos; entre esos discursos se consideran también aquellos que, por la manera en que se concibe el conocimiento histórico, son privilegiados y ocupan un lugar predilecto en forma de modelos, contextos y teorías. Resulta importante ver hasta qué punto no sólo los objetos de estudio y la manera de abordarlos, sino también los resultados de investigación, difieren de los estudios históricos. Para ello, hay que estar consciente de la necesidad de cuestionar un factor preestablecido, que es el lugar social u horizonte del investigador actual frente a su objeto de estudio y, a la vez, como parte (resultado, efecto y elemento integrante) de este objeto de investigación. Se puede cuestionar, problematizar, autoobservar, pero no excluir ni objetivar del todo. Esta última observación vale, por cierto, también para los estudios históricos.

Una vez que la atención se centre en los procesos de constitución de significados, y las posibilidades de esos significados de convertirse en sistemas (teorías, contextos, historias determinadas —sistemas de interpretación—, modelos políticos o económicos; elementos de transformación —parámetros ideológicos—, etc.), se podrán ver y analizar con mayor claridad los efectos de esos sistemas, su aceptación o rechazo, así como su uso y sus modos de transformación en los distintos sectores de la sociedad.

Cabe preguntarse por varios aspectos: por qué tanta preocupación por los procesos de constitución de significados, y no sus efectos en tanto hechos, procesos, acontecimientos, representaciones, asuntos políticos, decisiones en el nivel de la historia política, social y económica, o de los productos culturales (historia literaria, de las artes plásticas, escénicas, de la música, etc.); y por qué no se pueden establecer equivalencias con la historia de las ideas o de las mentalidades, la historia de género, los estudios poscoloniales que observan su objeto de estudio como datos o sistemas de valores, de procesos mentales, de ideas que "representan" o "reflejan" procesos sociales, económicos, políticos, psicológicos, fundamentales, llamados reales, y establecen así relaciones con esos otros procesos, justamente viéndolos como contextos históricos, como procesos históricos. La razón principal está —así una de las hipótesis de trabajo— en que los resultados de tales estudios terminarían por "duplicar", en otros niveles, los modelos de explicación de los especialistas en sistemas, procesos y contextos históricos.

Uno de los objetivos más importantes de esta propuesta es evitar estas duplicaciones para aportar, desde el enfoque de la historiografía crítica, un tipo de conocimiento distinto, con resultados que no estén basados de antemano en discursos o visiones privilegiados como modelos no historizados. A la vez, eso serviría para establecer relaciones nuevas y romper, asimismo, el “hechizo discursivo” de determinados principios dominantes (como ejemplo, hemos visto la manera en que el concepto de modernidad sirve de paradigma de los estudios “objetivantes” en ciencias sociales y humanas), desde las teorías y los contextos, o bien, los modelos explicativos establecidos que los rigen. En la actualidad, sólo cuestionando y, sobre todo, problematizando este tipo de discursos, se puede establecer el análisis de los otros, que si bien “expresan” elementos relacionados con la modernidad, no necesariamente están sujetos a este rigor de análisis, a esta particular idea de modernidad “científica”. En otras palabras, no basta con estudiar nuevos temas, grupos sociales o culturales no considerados antes, fenómenos novedosos, si para su análisis se parte de contextos establecidos en función de la vieja historia política, económica y social, sus modelos de explicación o sus mismas teorías.

Lo que distingue el análisis que propone la historiografía crítica es la problematización de la relación entre contextos, teorías, o ambos (discursos privilegiados con una supuesta validez general) por un lado, y los textos / discursos / representaciones históricas, socioculturales, políticas e ideológicas, analizadas a partir de la validez de los primeros, por el otro. Por otra parte, es posible analizar con mayor diferenciación los valores socioculturales y políticos, las tradiciones, costumbres, e ideologías que se van adquiriendo, transformando, asignando y transmitiendo; asimismo, se podrán observar las formas de legitimar esos sistemas de valores y las decisiones sociales acerca de su validez, su uso correcto, y la sanción de su transgresión a partir de los procesos de constitución de significados.

Hermenéutica y narratividad

Objetivos específicos

- a) Diferenciar entre hermenéutica y narrativa en el proceso cognitivo.
- b) Reconocer los ámbitos historiográficos no sujetos al paradigma de verdad.
- c) Problematizar el paradigma de verdad a partir de la función hermenéutica.
- d) Evaluar las posibilidades que ofrece la narrativa para conocer y transmitir el conocimiento.

Parece descomunal, en un solo eje de trabajo, ocuparnos no sólo de la problemática hermenéutica para la historiografía, sino además confrontar esta problemática con la de la narrativa.⁵⁴ Hay que deslindar, desde un principio, un ámbito que se tratará en el siguiente eje: la hermenéutica en tanto interpretación, es decir, aquella parte de los procesos de significación donde se privilegia hasta cierto punto al lector, y la narrativa en tanto escritura de un texto, donde la atención se centra en el autor. Esta oposición (lector-autor), relacionada con los procesos de significación de un discurso, se analizará en el siguiente eje de trabajo.

Aquí nos interesan, además, otros aspectos, relacionados con las intenciones y los posibles resultados, pero también con los usos y cometidos tanto de la hermenéutica como de la narrativa en los estudios historiográficos; específicamente, con el aspecto de la verdad en el caso de la hermenéutica, y con el de la forma constituyente y significante en que se basa y de la que se sirve un discurso histórico en función de su argumentación.

En tanto teoría de las posibilidades y condiciones de la comprensión, la hermenéutica se ocupa no sólo de la interpretación de un texto; busca además establecer, mediante las interpretaciones, el significado “verdadero” de un

⁵⁴ Hay que recordar que no nos referimos a la hermenéutica como metodología, ni a la narrativa como género.

texto. Esto nos conduce, de inmediato, a la problemática de la verdad y una serie de debates y teorías, a las cuales sólo podemos hacer una brevísima referencia. Desde la historiografía, nos interesan específicamente las distinciones entre verdad hermenéutica (en tradiciones tan distintas como las que representan Gadamer o Foucault); verdad consensual, intersubjetiva o dialógica (a partir de la teoría de la comunicación social de Jürgen Habermas basada, entre otros, en el paradigma del consenso sociopolítico; o, en la teoría literaria, a partir de Mijáil Bajtín, que presenta la problemática del diálogo en relación con las voces narrativas); y verdad fenomenológica (respecto a eso, la cercanía con la problemática que presenta la narrativa frente a la hermenéutica se nota desde que los autores de *Teorías de la verdad* señalan a Ricoeur como uno de los representantes más destacados de la verdad fenomenológica). Asimismo, y en vista de distintas tradiciones de la historia, esencialmente las provenientes del siglo XIX, no se puede dejar de recordar la importancia que tiene, para muchos autores y corrientes, la verdad pragmática y “de correspondencia” (semántica, lógico-empírica, dialéctica materialista).⁵⁵

Tradicionalmente, la hermenéutica interpreta y significa, e incluso establece un conocimiento a partir de un texto que de alguna manera ya se tiene, con la pretensión de conocer y establecer el verdadero significado (en teología, parcialmente en filosofía, en historia). Se parte de la idea de que el significado verdadero está en el texto (en este sentido, el mejor ejemplo es la Biblia, en donde el texto es la verdad absoluta, la revelación divina; es más, la única función del texto es establecer esta verdad, y la función de la lectura hermenéutica, conocerla). Asimismo, la hermenéutica basa sus posibilidades de establecer el significado verdadero en una idea “clásica” para llegar a la verdad, que es la que proviene justamente de los métodos de análisis histórico, en el entendido de que es posible establecer “lo que sucedió”, mediante discursos “verdaderos”.

En la hermenéutica literaria, por otra parte, las interpretaciones se realizan con la conciencia de que se establece un posible sentido (no un sentido único), y la idea de que estamos cercanos al sentido verdadero se va transformando al aceptar la legitimidad de varios significados compatibles entre sí; a lo largo de los siglos XIX y XX, en torno a esta compatibilidad y coexistencia de voces y visiones, se reflexiona una y otra vez desde los ámbitos de la historia. La hermenéutica enfoca más la parte “aclaramentaria” donde se sabe que todo discurso tiene, por los intereses, las voces múltiples, los significados diversos, la temporalidad, etc., varios significados/lecturas/interpretaciones, no sólo posibles, sino necesariamente sujetas a aclarar-

⁵⁵ Retomo la clasificación de Juan Antonio Nicolás y María José Frápolli (eds.), *Teorías de la verdad en el siglo XX*, Madrid, Tecnos, 1997.

ciones (todo discurso produce otros discursos, en las comprensiones variables de los mismos).

Por otra parte, el extenso estudio sobre la narrativa, especialmente el de Paul Ricoeur, *Tiempo y narración*, y textos más recientes como “Experiencia y forma narrativa” de Karlheinz Stierle⁵⁶ muestran sus posibilidades para establecer relaciones con formas de organizar el conocimiento, e incluso como proceso cognitivo. En relación con la función de la narrativa, la historiografía se encuentra con un importante debate entre quienes afirman que la narración es la manera por excelencia de *constituir* el conocimiento histórico, y aquellos que, como el holandés Frank R. Ankersmit, sostienen que la narrativa no es sino una posibilidad de representar algo, es decir, una forma de *organizar* el conocimiento. Lo que ambas posiciones tienen en común, sin embargo, es la idea de que la narrativa permite observar, analizar y presentar (es decir, privilegiar) aspectos de —y en— los discursos históricos e historiográficos que no podrían ser captados a partir del paradigma de la “verdad”.

Según Ankersmit, la narrativa en tanto representación⁵⁷ posibilita formas de organización del conocimiento, pero no proporciona ni constituye conocimiento como tal. Puesto que la representación es siempre referencial (recuérdense los debates a partir del giro lingüístico), se introduce un elemento subjetivo cuya función no se cumple mediante el paradigma de verdad en el conocimiento historiográfico, como señala el autor a continuación:

Con el fin de orientarnos en la realidad (histórica, social o política), necesitamos formas de organizar el conocimiento como sólo lo permite la representación. Sin ella estaríamos tan perdidos como las personas que no pueden o no deben utilizar conceptos como ‘aquí’, ‘allá’, ‘yo’ o ‘tú’, conceptos que en sí no tienen ningún significado o referencia fija, pero que son indispensables para el orden y la coherencia del mundo habitado por nosotros. Por ello, y eso es muy importante, no deberíamos lamentar la prioridad de la representación ante lo representado como fracaso o falta de la representación, para cumplir con los criterios puros y firmes de un enunciado verdadero (la fuente usual de la oposición moderna frente al concepto de la representación); porque el hecho de que la representación no cumpla con estos criterios, es a la vez la razón por la cual necesitamos tanto la representación, y por la cual disponemos de ella. El que no pueda ser “verdad” no es una falta de la representación (como piensan los modernos), sino la razón por la cual, adicionalmente a la verdad, necesitamos tan urgentemente también la representación. Una ‘representación

⁵⁶ Recuérdese la lectura de esos dos autores en relación con el eje de trabajo “Discursos”.

⁵⁷ El concepto de representación se amplía en el eje de trabajo relacionado con la problemática del fin de la historia y las propuestas desde la posmodernidad.

verdadera' podría compararse con el facsímil de un texto, que se nos presentaría como respuesta a nuestra pregunta por la interpretación de este texto.⁵⁸

El elemento subjetivo aquí mencionado, si bien se caracteriza por su posición en relación con los demás elementos, no debe confundirse con lo que la historiografía analiza respecto al lugar social del historiador, que se constituye mediante experiencias y horizontes de expectativas; el elemento en común es, nuevamente, la historicidad: los conceptos referenciales no son fijos, sino que se mueven junto con el sujeto, lo cual quiere decir que para la historiografía, la problemática que se plantea es la historicidad de las propias representaciones, su capacidad de transformarse, que se expresa en procesos de relectura, interpretación y resignificación. Es aquí donde las discusiones de las distintas corrientes posmodernas aportan, con su crítica, elementos teóricos importantes.⁵⁹

Estas diferencias que establece, así, la narrativa frente a los procesos hermenéuticos de interpretación, no necesariamente resultan contradictorios o falsos. Son diferentes y aportan otro tipo de elementos al conocimiento histórico, lo cual convierte los dos ámbitos en convergentes, y ciertamente no excluyentes, en las discusiones actuales.

Por otra parte, la narrativa se tiene que analizar por la influencia que sigue ejerciendo en tanto tradición historiográfica: la cercanía y las raíces comunes con la literatura, sobre todo a lo largo del siglo XIX, son notables, y ante el escepticismo y las crisis continuas respecto a los paradigmas de objetividad y verdad en el conocimiento de las ciencias sociales y humanas que se pueden observar con mayor claridad en las críticas posmodernas, han hecho necesarios nuevos estudios en torno a la importancia actual de la narrativa tanto literaria como histórica como posibilidad de conocimiento.⁶⁰ Recuérdese la afirmación de Hayden White en el "Prefacio" a *Metahistoria*:

En esta teoría considero la obra histórica como lo que más visiblemente es: una estructura verbal en forma de discurso en prosa narrativa. Las historias (y

⁵⁸ Ankersmit, "Die drei Sinnbildungsebenen der Geschichtsschreibung", *op. cit.*, p. 106.

⁵⁹ Véase el eje de trabajo "El fin de la historia: cuestionamientos y propuestas desde la posmodernidad".

⁶⁰ Debates en antropología, giro lingüístico, en la propia historia, etc. Un texto importante al respecto es el de Edmundo O'Gorman, *Fantasmas en la narrativa historiográfica*, México, Departamento de Historia, Universidad Iberoamericana, 1992. Otro texto muy revelador en este sentido es el ya citado "La escritura de la historia como problema teórico de las ciencias históricas", de Jörn Rüsen, en Silvia Pappel (coord.), *Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana*, México, UAM-A/UIA, 2000. A partir de distintas tradiciones historiográficas, Rüsen plantea que el trabajo específicamente histórico no está en la selección de datos, en la investigación, en el tratamiento o en el uso de las fuentes, sino justamente en la escritura y, finalmente, en el carácter narrativo de la historia en tanto elemento constituyente del conocimiento histórico. Con ello asume una posición distinta a la de Ankersmit.

también las filosofías de la historia) combinan cierta cantidad de “datos”, conceptos teóricos para “explicar” esos datos, y una estructura narrativa para presentarlos como la representación de conjuntos de acontecimientos que supuestamente ocurrieron en tiempos pasados. Yo sostengo que además tienen un contenido estructural profundo que es en general de naturaleza poética, o lingüística de manera específica, y que sirve como paradigma precriticamente aceptado de lo que debe ser una interpretación de especie “histórica”. Este paradigma funciona como elemento “metahistórico” en todas las obras históricas de alcance mayor que la monografía o el informe de archivo.⁶¹

Al delimitar la narración en función de su relación con el tiempo, el espacio y la experiencia, resaltan los elementos que la convierten en un género, una forma ideal para los discursos históricos —tanto los que exponen y describen como los que analizan, explican e interpretan—. Se le puede analizar en dos vías distintas: desde el punto de vista de lo narrado (como historia, acontecimientos, procesos, etc.), y desde el punto de vista del acto de narrar (como discurso). En la cercanía con la literatura, las narraciones históricas se ven, incluso, como propuestas sobre el pasado construidas culturalmente. En este sentido, la narrativa buscaría organizar o constituir este conocimiento, o ambas cosas, mediante la producción (escritura) de un tipo de discurso disciplinario determinado, según ciertas normas y reglas, y con una noción clara acerca del tipo de conocimiento que se pretende o se busca.

No obstante que, en este sentido, la narración se concibe como forma específica de presentar, argumentar y explicar las transformaciones en el tiempo, hay que recordar que en el ámbito de lo histórico e historiográfico, todo tipo de huellas, objetos, vestigios, discursos no narrativos, además de narraciones no históricas, son algunos de los elementos que se utilizan para construir y constituir discursos históricos. Recuérdese que considerando la diferencia entre el pasado (como devenir) y el conocimiento sobre el pasado, podemos establecer que el pasado en sí no es historia, aunque sí, de acuerdo con los intereses y necesidades de cada presente, es historizable (Ricoeur se pregunta, por ejemplo, en qué momento algo toma rango de histórico).

Al oponer la narratividad a la hermenéutica con un enfoque, un interés, un horizonte historiográficos, nos proponemos una diferenciación que incide en el tipo de conocimiento que se puede constituir o construir, no sólo otorgándole mayor importancia a un determinado elemento en el proceso cognitivo, sino sobre todo en vista de que no es indispensable privilegiar un principio dominante como “verdad” en los estudios historiográficos y en otros discursos sobre el pasado que son de relevancia para la historiografía.

⁶¹ Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, FCE, 1992 (c 1973), p. 9.

Lecturas obligatorias

Norma Durán, Alfonso Mendiola y Guillermo Zermeño, *Historia y narración*, México, UAM-A/MHM (Colección "Guías de Estudio", Metodología III), 1995, pp. 11-62.

En *Historia y narración*, un texto concebido como cuaderno de posgrado para la Maestría en Historiografía, los autores ofrecen un balance sobre los debates recientes en torno a la problemática de la narratividad; introducen, asimismo, algunos de los autores ya clásicos del tema: Danto, White y Ricoeur, entre otros.

Hans-Georg Gadamer, *Verdad y método*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1993 (1a. ed. alemana, 1960). "La historicidad de la comprensión como principio hermenéutico", vol. I, pp. 331-377.

En el capítulo 9 de *Verdad y método*, Gadamer centra la exposición en el círculo hermenéutico, concepto que describe los elementos que integran el fenómeno de la comprensión, y donde al lector le corresponde un papel activo en la vinculación de los elementos parciales de un texto a partir de una serie de prefiguraciones y un horizonte de expectativas acerca del conjunto del texto. Lo particular de la teoría gadameriana es la integración en el círculo hermenéutico de procesos de comprensión y explicación mediante el diálogo (preguntas y respuestas) entre el sujeto o lector, y el objeto o texto. La imagen del círculo muestra claramente que el proceso de comprensión no es ni lineal ni finito o definitivo.

Paul Ricoeur, *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*, 3a. ed., México, Siglo XXI, 1999 (1a. ed. en español, 1995; 1a. ed. en inglés, 1976).

Este texto contiene la parte medular de un extenso estudio sobre el sentido metafórico ("La metáfora viva" de 1975). Ricoeur desarrolla aquí uno de los puntos de partida para su forma de entender la hermenéutica: la manera de privilegiar los ámbitos simbólicos. En este sentido, queda manifiesta la importancia de la metáfora (y, en general, de la lengua) como parte integral de la experiencia vivida.

Umberto Eco, *Lector in fabula*, Barcelona, Lumen, 1981 (ed. en italiano 1977).

Umberto Eco amplía en este texto su teoría de la semiótica (como teoría que describe la circulación de los significados en la sociedad) hacia una teoría de la interpretación que se distingue de la hermenéutica, en tanto el papel del lector consiste no sólo en establecer o bien complementar el significado de un texto, sino en permitir que entre los textos y sus interpretaciones se establezcan relaciones de intertextualidad.

History and the Limits of Interpretation, marzo de 1996, Center for the Study of Cultures, Rice University: ~<http://www.ruf.rice.edu/~culture/cfhistin.html>

En línea se encuentran las ponencias *in extenso*, así como los comentarios hechos por los investigadores presentes en el Coloquio Internacional sobre la Temática de la Historia y los Límites de la Interpretación. Un amplio espectro resalta el carácter multidisciplinario de la problemática.

Actividades

Propósito de las lecturas

El propósito de la lectura de Durán, Mendiola y Zermeño es ofrecer un primer balance sobre la importancia de la narrativa en la historiografía, mientras que las ponencias del coloquio *History and the Limits of Interpretation* permiten familiarizarse con la investigación interdisciplinaria que se realiza actualmente. Con el capítulo de Gadamer se amplían los conocimientos relacionados con la hermenéutica, a partir de lo que se ha visto en torno a los prejuicios en el eje de trabajo sobre los "Principios dominantes". Mediante la lectura del texto de Ricoeur retomamos varias problemáticas planteadas anteriormente, sobre todo lo relacionado con la comprensión y la explicación. Asimismo, estos cuatro ensayos nos pueden servir como introducción a la importancia del lenguaje para la percepción y la visión del mundo, así como para los formatos y los géneros, mediante los cuales las experiencias humanas en el tiempo se constituyen en relatos. En todo ello, la comprensión y la interpretación desempeñan un papel preponderante. El libro de Eco familiariza al investigador con el papel que cumple el lector en el proceso hermenéutico.

Objetivos de las actividades

- a) Identificar la función de la narratividad en la historia.
- b) Diferenciar los ámbitos de validez de los argumentos que no estén basados en los criterios de la verdad.

Actividades a desarrollar

Elabore un ensayo de 8 cuartillas máximo

- a) que integre las propuestas de Ricoeur, de todos los textos del autor leídos hasta ahora;

- b)* que integre asimismo la propuesta hermenéutica;
- c)* que diferencie la hermenéutica de otras propuestas de interpretación; y
- d)* en el que usted ubique su propia posición teórica, considerando sus prejuicios (en el sentido gadameriano) y su horizonte de expectativas.

Los objetivos de escribir un ensayo se encuentran detallados en “Criterios básicos para la elaboración de los trabajos sugeridos”.

Autor-lector

Los procesos de significación

Objetivos específicos

- a) Relacionar la propuesta hermenéutica con la problemática del lector.
- b) Integrar los problemas de autoría, textualismo y lectura.
- c) Comprender los procesos de significación en los análisis historiográficos.

Los conceptos de "autor" y "lector" se sitúan en un ámbito de problemas que intervienen en todos los casos en que se analizan la constitución, el uso y la significación de un discurso o, en líneas más generales, un texto, un tipo de graffa. Constituyen un campo que se relaciona, asimismo, con la problemática del textualismo. Tanto autor como lector son conceptos que parten de la idea de que es necesario descubrir o encontrar, y ciertamente determinar y establecer, un "sentido" en un texto, dada la ambigüedad de su posible efecto, es decir, dada la constitución de todo discurso y la necesidad (por sus posibilidades no unívocas de ser comprendido) de interpretar esos discursos ya sea como entidades, ya sea de manera parcial, respecto a los elementos que se han usado para constituirlos. En cada uno de los dos ámbitos discursivos mencionados (constitución-interpretación) se le confiere un papel más activo o preponderante a uno de los dos tipos de actores que participan (y siempre participan tanto autor como lector).

En su breve texto "La muerte del autor",⁶² Roland Barthes muestra de qué manera de un concepto relativamente sencillo como el de un autor como persona que escribe un artículo, un libro, un texto, etc., se pasa al autor como un sujeto constituido social e históricamente. A partir de la idea adicional de que, propiamente dicho, ningún autor existe como tal fuera de su

⁶² Roland Barthes, "The Death of the Author", en *Image-Music-Text*, Nueva York, Hill & Wang, 1999, pp. 142-148 (recurrimos a la traducción al inglés porque la edición en español se encuentra agotada).

texto, ni previamente a él, se desdibuja la expectativa de conocer a fondo un texto mediante el conocimiento de la biografía, o incluso de la biografía intelectual, de un autor (aunque, evidentemente, sí forma parte de los estudios y de la investigación). Así, la propuesta de Barthes excede la perspectiva de una investigación en torno al "lugar social" del autor, realizada con el fin de establecer las bases para comprender sus obras, ya que un sujeto no es "autor" sino a partir de los textos que escribe y sólo en función de ellos; además, siempre escribe textos a partir de otros textos, nunca sin un punto de partida absoluto. Rebasas, asimismo, la idea de un "autor-Dios" o autor-autoridad, cuyo mensaje tiene una intención y un significado absolutos que deben ser descubiertos o interpretados por el lector especializado. Los textos permitirían, entonces, "conocer" a un autor que se constituye junto con el texto, pero que no tiene "dominio" o autoridad completa sobre él (algo que en la teoría literaria se considera como autonomía del texto, una vez que éste se haya hecho público). Llevando a Barthes a los terrenos de la lectura, lo anterior significa que el lector no sólo lee un texto: a la vez "lee" y constituye, mediante esta lectura, la posibilidad de conocer al autor y, en parte, su lugar social, su horizonte, su historicidad.

Cuando hablamos de la multiplicidad de los significados y la necesidad de interpretarlos, le corresponde un papel más activo al lector; por el contrario, cuando hablamos de la constitución de los discursos, le damos mayor énfasis, reconocimiento e importancia al autor. En este sentido, es pertinente una referencia al asunto de la "muerte del autor": ésta no implica desconocer la existencia del autor (persona, individuo o colectivo que enuncia un discurso), sino el problema del grado de intervención del autor y de su intención en los continuos procesos de significación y resignificación de un texto. Hay que relacionar el grado de intervención del autor (y su reconocimiento por parte de los lectores sucesivos) con el problema que implica la historicidad del texto (es decir, las historicidades varias del autor, del texto y de las comunidades de lectores). Además, es necesario establecer que la identidad histórica del autor no basta para abarcar los posibles significados del texto. En otras palabras, el conocimiento de la biografía del autor (biografía intelectual y, en el más amplio sentido, de sus relaciones con otros autores, sus intereses, sus respectivos interlocutores) no explica, en sí, un texto.

Tanto "autor" como "texto" rebasan de esta manera la vida o biografía de una persona así como el concepto de una "obra" confinada a los límites de un libro. Al contrario, establecen a través de la lectura su historicidad como parte fundamental de los continuos procesos de significación, con lo cual entramos al ámbito del otro concepto que se presenta en este eje, el del lector y su función en los procesos de constitución de significados:

El texto escribible —dice Barthes en otro texto— es un presente perpetuo sobre el cual no puede plantearse ninguna palabra *consecuente* (que lo transformaría fatalmente en pasado); el texto escribible somos *nosotros en el momento de escribir*, antes de que el juego infinito del mundo (el mundo como juego) sea atravesado, cortado, detenido, plastificado, por algún sistema singular (Ideología, Género, Crítica) que ceda en lo referente a la pluralidad de las entradas, la apertura de las redes, el infinito de los lenguajes.⁶³

Es a partir del planteamiento de esos problemas que se le otorga una mayor intervención a la lectura como proceso no sólo de interpretación, sino de significación,⁶⁴ lo cual implica la necesidad de distinguir entre varios tipos de lectura, realizados por distintos tipos de lectores, sus intereses, horizontes, enfoques, como bien exponen algunos de los ensayos recopilados por Cavallo y Chartier en la *Historia de la lectura en el mundo occidental*.⁶⁵ Ambos, autor y lector, pertenecen a “comunidades” y entornos culturales con horizontes particulares; a la vez, estas comunidades tienen puntos en común que permiten, justamente, la comunicación y la posibilidad de comprensión (lo que Gadamer señala como fusión de horizontes).⁶⁶

Evidentemente, la diferencia de enfoque entre la problemática de los lectores y la de la hermenéutica (puesto que ambos tienen que ver con la interpretación) se basa en delimitaciones borrosas. Si bien la hermenéutica como teoría abre la posibilidad de retomar el significado de un texto desde el lector, queremos enfocar aquí el ámbito de un problema historiográfico distinto, indagando a partir del lector su lugar social, su horizonte cultural y los referentes correspondientes. Los dos campos se delimitan por el lado de la verdad como aspiración ideal de la hermenéutica, y la pluralidad como elemento ineludible al comparar a distintos lectores (de distintas épocas, distintas comunidades de lectores, distintos horizontes e intereses)⁶⁷ cuyas lecturas establecen continuamente significados, pero que incluyen, a la vez, las reservas que expresan frente a otras lecturas. Este aspecto, estudiado mucho más a fondo en la teoría literaria, lo subraya el artículo sobre el teórico

⁶³ Roland Barthes, *S/Z*, México, Siglo XXI, 1987 (1a. ed. en español, 1980; 1a. ed. en francés, 1970), p. 2.

⁶⁴ Recurrimos nuevamente a Barthes, quien insiste en que “lo que está en juego en el trabajo literario (en la literatura como trabajo) es hacer del lector no ya un consumidor, sino un productor del texto” (*loc. cit.*).

⁶⁵ Véase especialmente Jacqueline Hamesse, “El mundo escolástico de la lectura”, obra citada en las lecturas obligatorias.

⁶⁶ Hans-Georg Gadamer, *Verdad y método*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1993. Véase “El principio de la historia efectiva”, pp. 370-377.

⁶⁷ Detrás de eso nos encontramos, sin embargo, con otra problemática: la historia de la lectura revela que no siempre se ha pensado en un tipo de lectura mediante la cual se buscara y estableciera el sentido de un texto. Barthes afirma, así, que “interpretar un texto no es darle un sentido (más o menos fundado, más o menos libre), sino, por el contrario, apreciar el plural de que está hecho” (*S/Z*, p. 3).

y crítico literario Paul de Man en *Aesthetik und Kunstphilosophie* (Estética y filosofía del arte):

Los textos literarios provocan, según Paul de Man, inevitablemente dos lecturas que se contrarrestan mutuamente, y entre cuyos extremos se sitúa el lector, que es seducido a veces por una, a veces por la otra: una lectura que va conformando un significado que pretende determinar el contenido cognitivo de un texto, y una lectura que refleja esta constitución significativa que vuelve a cuestionar una y otra vez cada contenido determinado.⁶⁸

Este enfoque plantea todo un ámbito de problemas que en la crítica literaria surgen a partir de las modalidades de la construcción y constitución, así como de reconstrucción y reconstitución de significados, mediante lecturas que, en ciertos momentos, parecerían ser excluyentes: mientras unas construyen un significado, otras lo deconstruyen o, por lo menos, lo cuestionan.

En la historiografía crítica podemos establecer este doble nivel de manera muy similar, subrayando que en este caso se debe esencialmente a la historicidad tanto de los textos como de las lecturas sobre los mismos; dicho de otra manera, se debe tanto al horizonte cambiante de los distintos tiempos, espacios, conceptos y significaciones, como a las experiencias representadas. Asimismo, el hecho de introducir nuevas fuentes, otras lecturas, otros comentarios, etc., transforma por un lado el significado de los estudios ya existentes, de las fuentes utilizadas anteriormente, así como del nuevo estudio historiográfico que se elabora, ya que obligan a pensar de otra manera el conjunto de problemas; en otras palabras, afecta en su conjunto el conocimiento que se constituye. Pero, por el otro lado, y eso es importante en el contexto de los lectores, *altera el horizonte del lector*. Ambos procesos de transformación se condicionan mutuamente. Además, si bien son ilimitados en sus posibilidades, requieren delimitaciones concretas en estudios correspondientes, delimitaciones que deben su pertinencia a los problemas planteados en la lectura e interpretación de todo texto utilizado, y en función de la problematización de los objetos de estudio.

Las problemáticas que se analizan en torno a los conceptos del autor y del lector, en relación con los procesos de significación, nos remiten de nueva cuenta a los ámbitos de la hermenéutica, siguiendo los planteamientos de Paul Ricoeur, específicamente en lo que se refiere a la triple mimesis y el círculo hermenéutico.⁶⁹

⁶⁸ Kröner, *Aesthetik und Kunstphilosophie*. "Paul de Man", p. 531.

⁶⁹ Cf. Paul Ricoeur, "Presentación", "Introducción", "Tiempo y narración. La triple mimesis", en *Tiempo y narración*, México, Siglo XXI, 1995 (edición en francés, 1985), vol. I, pp. 9-35, 113-161.

Con los términos de mimesis 1, 2 y 3, Ricoeur designa: 1) un mundo previamente dispuesto cuyos signos, reglas y normas están prefigurados, es decir, simbólicamente comunicados; 2) un mundo que sigue a partir del primero, y que es comunicado mediante estructuras narrativas, y configurado mediante relatos tanto ficticios como históricos; y 3) un mundo del lector, transfigurado mediante la recepción del mundo narrado. Así, la comprensión no es el resultado de algo, sino que se constituye como proceso que permite señalar las relaciones entre el análisis estructural y la constitución existencial de los significados.

Otro elemento que hay que mencionar muy brevemente es que la profundización de los estudios historiográficos respecto a quienes intervienen en los procesos de construcción de conocimiento (y de significados), en su función de autores y lectores, permite ampliar la comprensión de los elementos subjetivos, no con la pretensión de superarlos o de objetivarlos, ni con el propósito de lamentarse y resignarse a los relativismos o, en el otro extremo, de exaltar el subjetivismo y el carácter parcial y fragmentado de toda historia, sino en un afán por comprender, hasta donde esto sea posible, cómo visiones parciales, enunciados subjetivos y demás se pueden convertir en discursos disciplinarios, en valores para una comunidad, para una sociedad o para una cultura entera.

Al parecer no basta con establecer reglas generales para la comprensión de esta relación entre lo particular y la pretensión de lo general, sino que a esta relación se le tiene que analizar en función de su propia historicidad, y sobre todo en el entendido de que todo historiador (todo científico social, y cada uno de nosotros) forma parte de esta relación en un doble sentido: por un lado, como sujeto que se puede observar a sí mismo como autor/lector, y, por el otro, como parte de una comunidad disciplinaria y de una cultura que está inmersa en una serie de valores resultantes de estas y otras relaciones entre lo particular y lo general, lo subjetivo y lo cultural.

En pocas palabras, una biografía intelectual se distingue de la disposición cultural del lector —y en eso no es diferente de la del autor— para entender algo de determinado modo, y la manera como relaciona eso con sus propios intereses y preguntas, su formación, su horizonte cultural. Lo anterior resulta ser un punto nodal para observar, entre otros muchos elementos, posibles rupturas donde se sitúan, desde el futuro de esas rupturas, los inicios de cambios en la comprensión del pasado, en concreto, de un determinado acontecimiento o proceso del pasado.

Lecturas obligatorias

Paul Ricoeur, *Tiempo y narración*, México, Siglo XXI, 1995 (edición en francés, 1985). "Presentación", "Introducción", "Tiempo y narración. La triple mimesis", vol. I, pp. 9-35, 113-161.

El concepto de la triple mimesis que desarrolla Ricoeur rompe con la visión aristotélica que distingue entre un lenguaje y una realidad extralingüística representada por medio de este lenguaje. Ricoeur, al contrario, despliega la mimesis en tres: un mundo prefigurado cuyos símbolos, reglas y normas ya están predeterminados; un mundo conectado al primero mediante estructuras narrativas tanto históricas como ficticias; y el mundo del lector que aprehende el mundo narrado.

Roland Barthes, "The Death of the Author" (La muerte del autor), en *Image-Music-Text*, Nueva York, Hill & Wang, 1999 (21a. ed.), pp. 142-148. (La primera edición en francés data de 1960). La edición en español se encuentra agotada.

En "La muerte del autor", un breve ensayo que tuvo gran resonancia, Barthes radicaliza la polivalencia y el carácter abierto de todo texto, para culminar en la desaparición del sujeto y la imagen de la "muerte" del autor.

Michel Foucault, *¿Qué es un autor?*, México, Universidad Autónoma de Tlaxcala, 1985.

Los análisis de Foucault en torno a las transformaciones de los órdenes del saber y del papel que desempeñan las estructuras del conocimiento y del pensamiento en la sociedad, lo llevan a asumir una posición crítica frente al "sujeto", que se convierte en uno de muchos otros elementos en una estructura discursiva previa.

Roger Chartier, "Prólogo a la edición española" y "El mundo como representación", en *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa, 1995, pp. I-XII, 45-62.

Chartier introduce, en un breve artículo, problemas relacionados con las representaciones colectivas; afirma que el lenguaje ya no puede ser considerado expresión o representación fiel de una realidad exterior, ni portador de un sentido dado previamente. Cuestiona así la posibilidad de un sentido estable que se perfila en la lectura y comprensión de una obra. La propuesta fundamental es proponer "una historia cultural de lo social" claramente diferenciada de la ya conocida "historia social de la cultura".

Jacqueline Hamesse, "El mundo escolástico de la lectura", en Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (dirs.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, 1998 (edición en francés, 1997), pp. 157-185.

Léase la "Introducción" (pp. 11-52) de Guglielmo Cavallo y Roger Chartier al libro, así como el ensayo de Hamesse. "El mundo escolástico de la lectura" presenta las transformaciones de la relación entre los lectores y los textos, con la idea de constituir parte de la historia cultural en torno a los libros, los lectores, así como los propósitos comunes, aunque nunca fijos, de los procesos de transmisión del conocimiento. La autora muestra, asimismo, la importancia del lector no sólo para la transmisión del conocimiento, sino ante todo en la constitución del mismo.

Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, México, UIA, 1993 (c 1978). "La operación historiográfica", pp. 69-118.

En el segundo capítulo de *La escritura de la historia*, De Certeau analiza el estudio de la escritura como práctica histórica, a partir de la pregunta "¿qué *fabrica* el historiador cuando 'hace historia'?". En el centro de atención del estudio de esta práctica, el autor coloca el lugar presente, además de, en palabras del autor, "la *particularidad* del campo, del material y de los procesos (los de la historiografía 'moderna') que permitieron analizar la operación escriturística, junto con las *diferencias metodológicas* (semióticas, psicoanalíticas, etc.) que introducen otras posibilidades teóricas y prácticas en el funcionamiento occidental de la escritura".

Actividades

Propósito de las lecturas

El propósito de las lecturas es familiarizarse con las distintas visiones acerca del papel que desempeñan tanto autor como lector de una obra para el proceso de constitución del conocimiento; ver, asimismo, que según la importancia de la propia obra, el autor como sujeto se desvanece, mientras que a los lectores se les asigna un papel mayor; conocer, finalmente, que ninguna obra tiene un significado por sí misma, y que ninguna interpretación contiene el sentido último de un texto.

Objetivos de las actividades

- a) Identificar las distintas posiciones cognitivas de autor y lector.
- b) Conocer la importancia que tiene la lectura para los procesos de constitución del conocimiento en los estudios historiográficos.
- c) Problematicar los distintos niveles de la constitución, lectura, comprensión e interpretación en los procesos de significación del conocimiento sobre el pasado.

Actividades a desarrollar

a) Elabore un cuadro sinóptico en torno a las lecturas que realiza de Barthes, Foucault y Chartier, relacionando las distintas nociones de las funciones del autor y del lector.

b) En un comentario crítico basado en Chartier y Hamesse, analice los alcances y los límites de la lectura como medio de conocimiento. Extensión: 3 cuartillas.

c) A partir de Paul Ricoeur, explique el concepto de mimesis. Extensión: 3 cuartillas.

Para elaborar un cuadro sinóptico y un comentario crítico, véase "Criterios básicos para la elaboración de los trabajos sugeridos".

Textos y otras grafías (significado, orden, uso, etc.)

Objetivos específicos

- a) Explorar las posibilidades de leer y comprender “otras grafías”.
- b) Reconocer la importancia de las representaciones no textuales para el análisis historiográfico.
- c) Comprender el papel de la percepción y la memoria, así como su relación con representaciones no textuales en la construcción del conocimiento histórico.

Elementos no textuales como mapas o imágenes, pero también objetos, construcciones de todo tipo y, en general, vestigios del pasado, siempre han formado parte de los materiales que se utilizan en los estudios históricos: sirven de prueba y son utilizados para reforzar testimonios, para complementar las afirmaciones sobre el pasado, como evidencias que demuestren que los discursos históricos dicen “la verdad”. Esos elementos suelen estar sujetos a algún texto, y su función, en buena medida, consiste en apoyar estos discursos, mediante las siguientes formas: presentar de manera resumida información sobre el espacio (en el caso de los mapas, por ejemplo); documentar la realidad de un acontecimiento, verificar las circunstancias de los actores sociales y comprobar su presencia en un lugar determinado (fotografías, cine documental); mostrar la existencia o aun el valor de las obras de una determinada cultura con el fin de deducir sus capacidades respecto a la técnica, la arquitectura, el arte, por mencionar sólo los más frecuentes (arquitectura, artesanía o arte popular, artes gráficas, pintura, textos literarios, etc.); o bien, ilustrar un texto con el fin de satisfacer la necesidad de “ver” de manera más directa lo que se describe, expone y explica en los textos (sobre todo en la divulgación de la historia, éste es un elemento muy importante).

Lo anterior suele hacerse en función de un orden que distingue, entonces, documentos textuales de pruebas y evidencias materiales, y que en la

escritura del estudio histórico que se elabora, se basa más en los primeros que en los segundos para construir el o los contextos, en la utilización de modelos de explicación, al recurrir a comparaciones con otras culturas y otras épocas y, sobre todo, al referirse a otras historias previamente escritas. Podemos observar, como un ejemplo entre muchos, la manera en que la colaboración de la historia con disciplinas como la antropología o la arqueología muestra fuertes influencias metodológicas en ambas direcciones: así, para la interpretación de objetos y restos arqueológicos, los contextos establecidos por historiadores sirven de apoyo, mientras que la historia ocurre, para apoyar sus hipótesis, a los restos físicos del pasado.

Lo que se propone desde la reflexión historiográfica es un cambio en el enfoque que permita otorgar un valor propio a esos elementos en tanto discursos no textuales, reconociendo la posibilidad de una mayor independencia que influye sobre los procesos de significación, en vez de probar su verosimilitud. Se trata de una ampliación de la visión que hemos considerado ya en el aspecto de la narración: un medio distinto al discurso racional disciplinario, que se basa en fuentes políticas, económicas, textos jurídicos, memorias, otras fuentes de archivo de distintos formatos y géneros, crónicas, discursos científicos, descripciones..., materiales todos ellos de los que una tradición más cerrada de la historia se limita a extraer "datos" sobre la temática en cuestión, los personajes, los acontecimientos, los procesos. Al ampliar la visión, se trata de ver los materiales visuales como medios que guardan información sobre el pasado que no está, o no lo está de la misma manera, en los documentos textuales.

La diferencia entre usar los elementos materiales para probar la verdad del contenido de un documento, presentar evidencias o ilustrar, por un lado, y reconocer las posibilidades discursivas con validez propia de esos elementos, por el otro, no se sitúa, por lo tanto, en el ámbito de las propias imágenes y objetos, sino en el trabajo del historiador, quien encuentra en estas otras grafías⁷⁰ elementos que no se pueden o no se suelen expresar mediante un texto. De ahí que la descripción de esos elementos (en la antropología posmoderna, investigadores como Clifford Geertz hablan de "descripción densa",⁷¹ con el fin de distinguirla de las descripciones tradicionales de

⁷⁰ Un ejemplo para la constitución y el uso historiográficos del concepto "otras grafías" se observa a lo largo de la tesis de maestría en historiografía que presentó Teresita Quiroz Ávila, "Los relatos discontinuos. Caminos para los fraccionamientos porfirianos de Azcapotzalco" (México, UAM-A 1999); explora sus posibilidades en el uso de mapas, construcciones del espacio urbano, recorridos imaginarios por una ciudad contemplada en distintos tiempos simultáneos, fotografías, relatos orales, entre otros.

⁷¹ Véase Clifford Geertz, "Hacia una teoría interpretativa de la cultura", en *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 1992. El concepto de la descripción densa incluye la mayor cantidad posible de expresiones culturales relacionadas con el objeto de estudio, señalando las relaciones que lo inscriben en una red densa donde los elementos se condicionan mutuamente, lo cual implica también las interde-

cualquier objeto), con fines de empezar a significarlos, es a veces mucho más importante que la pretensión de “traducirlos” a un discurso racional, un texto con determinadas características que establece equivalencias, por ejemplo, entre una película y el relato que la describe, o que limita la descripción al relato de su contenido, o a la supuesta “realidad histórica” a que se refiere. En este ejemplo, una película no sólo complementa los datos ya conocidos, no sólo añade información adicional de la misma clase de datos que se extraen también de los textos, sino que se trata de la aportación de otras visiones hechas por otros medios, cuyos objetivos e intenciones fueron distintos;⁷² en una película, intervienen así no sólo un autor que escribe un texto para lo cual se basa en una gran cantidad de elementos diversos, sino guionistas, fotógrafos, el director, el productor, el editor, escenógrafos, actores que interpretan el guión y al personaje, etcétera.

Es importante precisar que todos esos elementos no textuales (y obviamente también los propios textos) están relacionados con circunstancias a las cuales se remiten explícita o implícitamente: las condiciones de producción, por ejemplo, o las intenciones con que fueron creados, o los contextos históricos que rebasan el ámbito de las condiciones particulares, pero también el imaginario al que hacen referencia, es decir, aquello que se llama, en palabras de Gadamer y posteriormente de Jauss, horizonte cultural.⁷³ Hay que remarcar, sin embargo, que las partes más concretas de estas circunstancias (condiciones de producción, contexto histórico, marco teórico) no sólo no explican del todo las obras, los textos y las representaciones o vestigios materiales, sino que tampoco son explicables desde estos textos y representaciones.

Con el fin de situar mejor lo anterior, hay que profundizar en lo que implica para la historiografía el uso del concepto de “representación”: si bien

pendencias del objeto de estudio y sus diversos contextos en los procesos de significación. Esta idea ha sido retomada sobre todo por los estudios teórico-literarios, específicamente por autores del *New Historicism* como Stephen Greenblatt en sus trabajos sobre Shakespeare. La descripción densa incluye, así, tanto representaciones materiales como textos, ideas, imaginarios, etcétera.

⁷² Quizá un ejemplo interesante en cuanto a las posibles confusiones que pueden surgir en este contexto sea el libro de Robert Darnton *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, México, FCE, 1987. En el capítulo “Un burgués pone en orden su mundo: la ciudad como texto”, pp. 109-147, Darnton toma como objeto de estudio no una ciudad, como se entiende muchas veces, para proponer la lectura del mundo entendido como texto, sino la minuciosa descripción de otro autor de aquella ciudad, es decir, nuevamente un texto, si bien un texto que incluye todo tipo de datos sobre la ciudad.

⁷³ Aquí es importante recordar que el concepto de cultura se entiende en una forma amplia que incluye condiciones económicas, políticas y sociales, rebasando los ámbitos del arte y del pensamiento; el horizonte cultural incluye, por lo tanto, no sólo la tradicional “visión del mundo” y sus expresiones en forma de obras artísticas e intelectuales, sino además las condiciones que la constituyen y las posibilidades de perspectivas y expectativas en función de cómo se actúa e interactúa en una sociedad.

ésta toma el lugar de algo, no *es* lo que representa: una descripción no *es* lo que describe, una fotografía o una película no *es* lo que se ve en ella. No hay que perder de vista, por un lado, la referencialidad (toda representación, texto, imagen, objeto, construcción, etc., se refiere implícita o explícitamente a algo), ni olvidar, por el otro lado, que las diferencias entre la representación y lo representado no significan que la primera sea menos completa, o una imitación de menor valor, sino que se trata de dos ámbitos donde cada uno marca sus propias normas. Esta distinción, que en el arte parece más clara (es evidente que una pintura de José María Velasco sobre el paisaje mexicano del siglo XIX no tiene como intención mostrar las condiciones de producción agrícola en la cuenca de México), no siempre se considera cuando se realizan, por ejemplo, estudios sociológicos a partir de obras de arte; en una novela, por citar otro ejemplo, los personajes actúan no sólo como personajes propios de la época, sino sobre todo en función de la estructura de la obra, de la trama narrativa, de los elementos dramáticos, de órdenes socioculturales y sus fracturas, entre otros.

En la historiografía surgen, por lo tanto, complejas redes de significados: los textos, las imágenes y las representaciones que se constituyen como objetos de estudio, se refieren a acontecimientos, realidades históricas, cosas, personas y grupos, procesos relacionados con el pasado, pero *sin ser lo mismo*: no se estudia, pues, el pasado en forma directa. Cuando se habla de la posibilidad de considerar objetos, grafías no textuales o construcciones, como discursos que no necesariamente están sujetos a un texto, es decir, de la posibilidad de “leer” como si se tratara de un texto, el mundo, una sociedad, una serie de imágenes, no quiere decir que se tenga un acceso más directo, más inmediato al pasado, sino que estas lecturas presentarán resultados y conocimientos distintos a los que presenta un documento, una serie de fuentes textuales, una descripción o un relato que habla de este mundo, esta ciudad, estas imágenes.

Recordando la importancia que se le da al “texto” a partir del *giro lingüístico*, como única “realidad” del pasado y sobre este pasado, y teniendo en cuenta la inaccesibilidad de los acontecimientos y hechos pasados, se comprende hasta cierto punto el surgimiento de una ilusión: la de leer más directamente, mediante vestigios materiales que “proviene” del pasado, aquella realidad; la ilusión de que lo visual, lo que se percibe como objeto, como construcción, como imagen creada en el pasado, es más real, más directo.

Asimismo, existen prácticas provenientes de la jurisprudencia que ayudan a configurar y reforzar esta ilusión, al usar pruebas y evidencias que refuerzan los discursos, testimonios hablados o escritos. De cierta manera, se entiende cómo en la historia se pasa de las evidencias y pruebas jurídicamente

aceptadas, a la idea de los vestigios materiales que sí permiten el acceso al pasado, mientras que el texto sería un medio, una forma indirecta. Y es aquí donde surge la pregunta de si es posible introducir en la historiografía estas pruebas materiales (el análisis de las otras grafías) mediante descripciones “puras” (sabiendo que siempre se establece un orden, se valoriza, se selecciona, se usan términos que implican valores, se establecen comparaciones, etc.), o bien, mediante descripciones que presentan ya enfoques subjetivos, interpretaciones, que implican determinados prejuicios, y que, como en toda interpretación, incluyen todo lo que derive del lugar social de quien describe.

Eso nos confronta con problemas, pero también con ámbitos del conocimiento relacionados con la percepción, la experiencia y la memoria,⁷⁴ así como la manera en que intervienen en la “lectura” e interpretación de representaciones constituidas y transmitidas visualmente y no mediante textos. Sin embargo, hay otro aspecto que también parece relevante: no es la “materialidad” o la presencia física de huellas, recuerdos, ideas, objetos o imágenes lo que distingue a éstos cualitativamente de los textos; como éstos, el haber sido concebidos, realizados, construidos en el pasado, no les otorga automáticamente un significado histórico. La imagen, el objeto, las otras grafías no textuales no son algo más cercano a lo real, no son extractos, fragmentos o incluso copias (duplicados) de lo real, ni “pruebas” de su existencia; por el otro, el texto que comenta, describe, resume, interpreta las otras grafías (una imagen, un objeto, etc.) tampoco debe intentar simplemente “duplicarlo”, ni “describirlo” para luego, en otro texto más, interpretarlo, explicarlo y entenderlo. Se trata, más bien, del carácter doble de estos elementos: tanto de huella o vestigio del pasado, como su posibilidad de representar algo más. La “materialidad” le otorgaría así a esos objetos, imágenes, construcciones, una presencia independiente de una descripción textual, mientras que su carácter representativo implicaría siempre una relación de referencialidad. Como en el caso de los textos, la posibilidad de significar más que su propia existencia presencial; la posibilidad, incluso, de ser leído e inter-

⁷⁴ El ámbito de la memoria es sumamente complejo, y no se trata aquí sino de señalar su importancia para la constitución del conocimiento y los estudios históricos. Una buena introducción es el texto de LeGoff indicado en las lecturas recomendadas; asimismo, Gebhard Rusch, en “Recuerdos del presente”, profundiza sobre el fenómeno del recuerdo: por una parte, su relación con percepciones, conciencia y memoria; y, por la otra, cómo elaborar, a partir del recuerdo y en el plano cognitivo, en condiciones sociales, lingüísticas y situativas determinadas. El objetivo del ensayo es esencialmente marcar importantes posibilidades de preguntar. Cuestiona si los recuerdos se pueden llamar y actualizar de una especie de “archivo”, o si se elaboran o constituyen como posibles resultados del recordar a partir de elementos de memoria indeterminados. En la historiografía crítica y en relación con las “otras grafías”, se tiene que considerar el papel que éstas desempeñan para la constitución de los recuerdos en función de una memoria cultural, y las posibilidades de aportar elementos al conocimiento histórico o, en general, sobre el pasado.

pretado para la historiografía; en otras palabras, es este doble carácter lo que convierte esos materiales en "grafías".

La dificultad consiste en cómo acercarse a esos materiales, considerando su existencia autónoma, sin traducirlos a un texto que se convierta luego en objeto de estudio; es decir, cómo leer algo distinto al texto acostumbrado, y entendiendo la lectura como la hemos considerado arriba: como posibilidad de interpretación, de comprensión, de proceso de constitución de significados a partir de los horizontes de los lectores.

Se trata, finalmente, de un problema de tipo teórico similar al que se plantea ante relatos considerados históricos, por un lado, y míticos o literarios, por el otro; o ante textos de culturas o épocas distantes, donde las visiones del mundo no coinciden con aquellas en que se basan quienes constituyen el conocimiento. Lo que no es histórico, lo que no coincide con la visión propia del mundo, frecuentemente es descalificado como "no evidente", como "imaginario", "ficticio" o "irreal", o bien, en el mejor de los casos, como creencia local, sin validez universal. Los enfoques más recientes que parten de la narrativa y la hermenéutica han encontrado soluciones: las visiones locales, de grupos marginados, las interpretaciones subjetivas y parciales pueden aceptarse desde el momento en que también las propias visiones del mundo se reconocen como parciales y resultantes de aspectos subjetivos.

Sin embargo, para el caso de lo visual, lo objetual, lo construido, lo material, no necesariamente podemos encontrar una solución paralela, puesto que estamos ante fragmentos de discursos no elaborados como tales. Es aquí donde la crítica posmoderna y las diversas corrientes relacionadas con los estudios culturales aportan propuestas en torno a las preocupaciones sobre materiales no textuales y sus distintos usos. No todas estas propuestas consideran la historicidad de los objetos de estudio en forma de otras grafías; hay influencias de la antropología, la etnografía, la crítica de arte, la arquitectura, que no necesariamente tienen un interés historiográfico. En otros casos, los estudios históricos tradicionales, a partir de una serie de reclamos acerca del uso de los materiales no textuales, se ven enriquecidos con nuevos temas, sin que ello afecte mucho los procedimientos de investigación, o la teoría de la historia.

Hablar de la autonomía de lo visual y, en general, de las otras grafías respecto a los discursos en forma de textos, no quiere decir, sin embargo, que no tenga ninguna relación con estos discursos, o que se pueda trabajar con este material sin recurrir a un discurso en forma de texto. Las otras grafías comparten con los discursos no académicos la posibilidad de aportar conocimiento que no esté sujeto a las normas de lo verídico, lo explicativo, lo argumentado en forma racional. Dicho de otra manera: estas grafías propor-

cionan un tipo de información, de realidad constituida, que sin ello no podría aparecer de la misma manera, ni en las descripciones, ni en textos o discursos de otra índole.

En este sentido, cabe destacar que no se pretende desligar una imagen o un objeto de aquello que lo rodea en distintos momentos, ni mucho menos afirmar que tuviera un significado en sí (con eso volveríamos al mismo problema que se presenta en el textualismo). También en el caso de las otras grafías, los significados se constituyen en interacción con quienes “leen” el objeto, la imagen, los vestigios del pasado. Sin embargo, como se ha dicho arriba, no se trata de “traducir” estas otras grafías en discursos racionales y sujetarlas a la normatividad correspondiente, sino de considerarlos otros lenguajes, con formas de argumentación que difieren, y que logran relacionar distintos elementos y mostrar otros aspectos de lo que se representa y, sobre todo, maneras diferentes de constituir y usar valores que rigen una experiencia que también se transforma en construcciones y símbolos culturales.

Por otra parte, no se trata de un problema metodológico derivado de la escritura de la historia, respecto a la manera de integrar información proveniente de fuentes no textuales (cómo describirlas y cómo “sacar” de ellas la información traducible en textos que a su vez pueden dar fe de la existencia no sólo de esas fuentes, sino de su validez informativa). Las preguntas giran, más bien, en torno a qué es lo que aporta al conocimiento historiográfico lo visual, lo material, si le conferimos este carácter autónomo en tanto discurso no textual.

Lecturas obligatorias

Gebhard Rusch, “Recuerdos del presente”, en Silvia Pappé (coord.), *Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana*, México, UAM/UIA, 2000.

En el presente ensayo, el autor profundiza sobre el fenómeno del recuerdo: por un lado, su relación con percepciones, conciencia y memoria; y, por el otro, su elaboración en el nivel cognitivo, en condiciones sociales, lingüísticas y situativas determinadas. Un objetivo esencial del ensayo es marcar la posibilidad de preguntar; cuestiona si los recuerdos se pueden llamar de una especie de “archivo”, o si se elaboran como posibles resultados del recordar a partir de elementos de memoria indeterminados.

Clifford Geertz, “Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura”, en *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 1992 (edición en inglés, 1973), pp. 19-40.

Desde la antropología cultural, Geertz plantea una serie de propuestas teóricas relacionadas con la interpretación y los procesos de comprensión y significación. Un aspecto importante es el esbozo de los procedimientos de análisis semiótico y un programa de interpretación cultural basado en la conceptualización de un estrecho entramado de los elementos que constituyen la cultura. Más allá del estructuralismo, resalta la importancia de la llamada "descripción densa" como hilo conductor para comprender el carácter dinámico de la cultura, sin el cual no podría realizarse un análisis adecuado de los signos y símbolos de una sociedad.

Jean Starobinski, 1789. *Los emblemas de la razón*, Madrid, Taurus, 1988 (edición en italiano, 1973).

En una serie de ensayos en torno a obras de arte producidas en 1789 (o en torno a la Revolución Francesa), Jean Starobinski indaga sobre las coyunturas (a falta de relaciones causales) entre hechos históricos (en tanto acontecimientos políticos) y fenómenos artísticos. "El arte y el acontecimiento —afirma el autor— se iluminan recíprocamente, e incluso cuando en lugar de afirmarse se contradicen, tienen valor de indicio uno respecto del otro." Lejos de la historia social del arte, investiga las posibilidades de comprensión de obras opacadas, la mayoría de las veces, por un supuesto vínculo político o social. Se recomienda la lectura del conjunto de los ensayos (pp. 7-129).

Francis Haskell, *History and its Images*, Yale, Yale University Press, 1995. "Problems of Interpretation", pp. 131-158.

Este ensayo gira fundamentalmente en torno a la idea de cómo las imágenes disponibles para los historiadores son utilizadas por ellos, considerando especialmente los efectos o el impacto que causan en su imaginación cuando se acercan a lo visual en función de su investigación. Se trata de un análisis historiográfico que problematiza la interpretación histórica, considerando no sólo documentos, sino también fuentes visuales así como al propio historiador que se enfrenta a esos mismos problemas en su investigación.

Actividades

Propósito de las lecturas

La lectura de Gebhard Rusch en torno al fenómeno de la memoria y la elaboración de los recuerdos introduce la idea de "cultura" que presenta el antropólogo Clifford Geertz, así como las posibilidades de su elaboración, comprensión y significación mediante la descripción densa. Francis Haskell permite conocer algunos de los problemas de la interpretación de las imágenes, considerando el impacto que causan en los historiadores y su trabajo

de constitución del conocimiento. Jean Starobinski, finalmente, relaciona no sólo la descripción y la interpretación con la reflexión, sino que hace un estudio multidisciplinario en torno a un corte temporal que tiene un significado aparentemente político.

Objetivos de las actividades

a) Conocer el papel que desempeñan las otras grafías en relación con los textos.

b) Problematizar las otras grafías en función del proceso de constitución del conocimiento histórico.

c) Fomentar la escritura integrando el análisis y la interpretación de elementos no textuales.

Actividad a desarrollar

Ensaye una “descripción densa” sobre un objeto cultural con posibilidad de ser historizado y problematizado para la historiografía crítica.

Los objetivos de una descripción densa se encuentran en los “Criterios básicos para la elaboración de los trabajos sugeridos”.

Recepción e historia efectual

Objetivos específicos

- a) Conocer los procesos de significación historiográfica a partir de la recepción.
- b) Relacionar la lectura y la problemática de la recepción.
- c) Analizar las relaciones entre la constitución del conocimiento histórico y la historia efectual.
- d) Reconocer las relaciones entre el lugar social del autor, su horizonte de expectativas, la recepción y la historia efectual en el ámbito de la historiografía crítica.

Si bien la teoría de la recepción proviene de consideraciones estéticas, tiene una fuerte resonancia en las ciencias históricas en general: la teoría de la recepción se basa sobre todo en la experiencia que proviene de la interacción del "espectador" con la obra de arte (en referencia al ámbito de lo estético). No se trata aquí de retomar y aplicar una teoría determinada, constituida para un objeto de estudio distinto, sino de proponer un punto de partida para la reflexión en torno a los elementos que sostienen su enfoque. Para el ámbito de lo histórico, ello significa que estamos en un horizonte de interacción con "la historia": los discursos históricos elaborados, pero también los objetos, documentos, huellas y recuerdos del pasado en general, tradiciones, costumbres, puntos de vista, visiones del mundo, procesos, ideas, transformaciones, opiniones. En la recepción hay que considerar por lo menos tres ámbitos: *a)* el lugar social de quien "recibe" (del lector, del historiador, de la sociedad en general, de comunidades específicas, entre otros); *b)* la materia de lo histórico en el segundo; y *c)* la experiencia en la interacción del primer ámbito con el segundo. Un aspecto importante es que en el horizonte de la recepción se refuerza la idea de no tener acceso directo, puro, al pasado; es más, tampoco a los discursos, experiencias, huellas, objetos e ideas de este pasado, sino al contrario: que la experiencia con lo ocurrido, pensado, proyectado en el pasado, se tiene sólo a partir del lugar social

propio (que pertenece siempre al presente), constituido en procesos de interacción. Esa experiencia es lo que se convierte, a través de su elaboración mediante estudios y discursos históricos, es decir, bajo normas y reglas disciplinarias, en el conocimiento histórico de cada presente.

La recepción (y lo mismo vale para la historia efectual), independientemente de la tradición de la teoría literaria de la cual proviene su actual posición en los debates interdisciplinarios, establece además relaciones en una práctica arraigada en la propia disciplina histórica: la historia comparada. Ésta sitúa sus fundamentos en una de las funciones más importantes del pensamiento histórico, la necesidad de establecer una identidad propia con una tradición que la sostenga y que, en las prácticas culturales y sociales, la justifique y le dé continuidad frente a otras identidades, costumbres y comportamientos no aceptados como propios. Los elementos que se integran a esta identidad (lo que se retoma y lo que se rechaza y excluye) están relacionados esencialmente con la recepción del pasado que, en este sentido, se convierte en una manera específica de adjudicar valores a las experiencias, y de ordenar éstas en función de las expectativas y de cómo se entiende el lugar que se ocupa en una cultura y una sociedad que se ve sujeta a continuas transformaciones en el tiempo.

Pero no sólo se compara lo propio con lo otro, sino también el presente con el pasado y con las expectativas ante el futuro, sobre todo en aras de la evaluación y —algo muy importante— la justificación de los actos individuales y sociales. Para el campo específico de la historiografía, esto quiere decir que se toman como punto de partida las explicaciones que se requieren en la argumentación de los discursos históricos: esas explicaciones que se presentan en forma de argumentos racionales pueden ser causales (algo muy frecuente en los estudios históricos modernos), otras se relacionan con las intenciones, otras más con imposiciones o con elementos externos. Sobre todo en estos últimos casos, la explicación se refiere, entonces, a factores que rebasan la capacidad de control que ejerce una sociedad o un grupo particular sobre la relación entre intenciones, planes, acciones y expectativas para el futuro. En la conceptualización de estas explicaciones⁷⁵ intervienen desde fuerzas divinas hasta algo poco preciso llamado destino; operan imposiciones políticas o económicas de sociedades, de grupos y organizaciones, de centros de poder; se lucha contra prácticas culturales que se intenta superar (las explicaciones que se basan en el concepto de progreso o modernización, por ejemplo, procuran vencer prácticas anteriores); se consideran procesos naturales o situaciones geográficas que alteran proyectos determinados o explican el hecho de que no se pueden realizar.

⁷⁵ Recuerde el eje de trabajo "Explicación nomológica e intencionalidad".

En este sentido, los procesos de significación (es decir, la selección de factores importantes, las decisiones acerca de cómo establecer relaciones entre unos factores y otros, y qué tipo de relaciones, las descripciones, narraciones, explicaciones, justificaciones, rechazos, condenas, supresiones, formas de censura) están estrechamente relacionados con la recepción y la historia efectual. La mayoría de las veces es prácticamente imposible distinguir claramente entre fuentes y documentos, historias escritas, interpretaciones de las primeras y de éstas, la recepción de las mismas, y la historia efectual. La distinción entre esos elementos no se hace, en la teoría de la historiografía crítica y en la práctica de los estudios historiográficos, en función de distintas etapas en un proceso que constituye el conocimiento histórico, sino en función del enfoque de los problemas que se plantea un investigador. Según cuál o cuáles de estos elementos se problematizan en la argumentación principal, y considerando las preguntas que determinados investigadores se plantean a lo largo de la investigación que realizan en un determinado momento, se obtendrán distintos resultados, es decir, distintos conocimientos. Es importante aclarar que las distinciones que observamos en los resultados de los distintos estudios no son cuantitativas (no es un conocimiento que se acumula y se complementa en forma lineal, creciente, y tampoco se trata de que se conozca más o menos sobre un problema historiográfico), sino cualitativas: se sabe algo distinto en cada caso. Y si bien algunas veces estas diferencias se complementan, otras se contradicen abiertamente.

¿Qué es, entonces, lo que aporta la teoría de la recepción para el caso de la historiografía? Nuevamente, se trata de precisiones a partir de enfoques que muestran distintas maneras de problematizar los aspectos que son de interés para el investigador. Asimismo, permite la historización de una serie de puntos de encuentro: entre las fuentes y las obras que se refieren a ellas; entre las obras y los imaginarios culturales que intervienen en forma directa o indirecta, por medio de otros discursos, representaciones e imágenes; entre las obras y las expectativas que se tienen frente a los problemas planteados; entre obras escritas en momentos distintos y desde horizontes y con expectativas divergentes. En estos puntos de encuentro, se pueden observar transformaciones en la comprensión y autocomprensión de una sociedad o una cultura, y percibir puntos donde surgen rupturas en la interpretación de un fenómeno, lo cual señala cambios en el momento de la escritura de un texto o una obra histórica. Finalmente, se pueden apreciar las modificaciones y transfiguraciones en los intereses frente al pasado, las alteraciones en la relevancia de ciertos aspectos del conocimiento, la jerarquización de valores, la reestructuración del pensamiento.

En el mismo sentido, la historia efectual muestra las maneras en que el

conocimiento histórico se refuerza mediante prácticas sociales, culturales, actos políticos, donde las representaciones y los valores influyen en el comportamiento de una sociedad. Se observan y se estudian los usos públicos del conocimiento histórico, y parte de lo que se analiza cuando se habla de las “otras grafías” es precisamente este uso público a partir de la historia efectual: la recepción de la historia, su transformación en actos y símbolos, en significados y pautas de comportamiento basados en la identidad y la reproducción de esta identidad. Pero, a la vez, estos usos permiten percibir señales respecto a las transformaciones en el conocimiento, lo cual permite constituir, asimismo, un conocimiento distinto sobre la relación entre la(s) historia(s) y la sociedad.

Las posibilidades y las prácticas de la recepción tienen que ver, esencialmente, con expectativas.⁷⁶ Para la historiografía crítica podemos establecer la hipótesis de que el horizonte de expectativas y la recepción socioculturales se relacionan con la tradición histórica en tanto ésta se vive como identidad en la cual queda integrada una serie de valores; pero también se vinculan con la experiencia vivida a través de la cual se va conformando, ajustando y a al vez rompiendo y reconstituyendo esta identidad.

La recepción en historiografía no pretende explicar un discurso histórico (o sus partes integrantes) a partir del conocimiento de la situación cognitiva (lo cual a veces quiere decir disciplinaria), sociocultural, psicológica y político-ideológica del autor (del grupo de autores o del gremio); tampoco se trata de poder proporcionar una interpretación “más correcta” que la que ofrece el autor en cuestión, considerando el conocimiento de sus condiciones de argumentación. Si bien todo ello forma parte de la recepción, se procura analizar el porqué y el cómo de los significados elaborados en la constitución del conocimiento histórico. Eso nos conduce no sólo a “correcciones” del conocimiento histórico, o a conocimientos nuevos, sino también a la historia efectual, a versiones simultáneas, transformaciones y cambios del quehacer del ser humano en el tiempo. Apoyándose en la teoría de la recepción, la historiografía crítica problematiza e historiza los distintos significados que se les asigna a estas transformaciones y a los distintos discursos en los cuales se pueden observar, estudiar, criticar y constituir.⁷⁷

Respecto a lo anterior, Hans-Robert Jauss ha realizado una serie de investigaciones en el ámbito teórico, y también estudios sobre estética, lite-

⁷⁶ Para mayores detalles sobre los horizontes de expectativas, tanto disciplinarias como socioculturales y políticas, véase nuevamente Hans-Georg Gadamer, *Verdad y método, op. cit.*, “El principio de la historia efectual”, pp. 370-377.

⁷⁷ Un excelente ejemplo de un trabajo de investigación historiográfica es la tesis de maestría en historiografía de Iván Vallado Fajardo, “Cristianos españoles e indios yucatecos en las historias del siglo XVI y XVII”, México, UAM-A, 2000.

ratura, filosofía y otros. Lo que se puede retomar para el debate propuesto por la historiografía, se relaciona sobre todo con las categorías basadas en la propuesta inicial del libro *La historia de la literatura como provocación*. En *Aesthetische Erfahrung und literarische Hermeneutik*,⁷⁸ Jauss trabaja con las siguientes distinciones: “construir y conocer” (*poiesis*, desde el punto de vista de lo que se produce); “ver más de lo que se sabe” (*aistesis*, que implica la recepción de la experiencia estética); y “mover y conciliar” (*catarsis*, en cuanto a los alcances comunicativos de la experiencia estética).⁷⁹ Como se verá, se plantean aquí los mismos niveles que introduce Ricoeur respecto al concepto de la triple mimesis, con la diferencia de que Jauss insiste mucho más en la noción de la experiencia en relación con la estética. Al referirse, además, al génesis de la separación entre ficción y realidad, permite aclarar el elemento de la ficción en la representación de la historia (desde el horizonte de la literatura, en el caso de Jauss), pero también permite ampliarlo hacia los estudios historiográficos en el sentido de los planteamientos de la historiografía crítica. La historiografía no trata, sin embargo, de elementos de ficción, sino más bien de aquellos que no se pueden sujetar estrictamente a las normas de la “verdad histórica”.⁸⁰ Es en este mismo estudio, en la versión ampliada, donde Jauss desarrolla para los estudios literarios los aspectos del diálogo y del horizonte y, finalmente, aquellos relacionados con la teoría y los debates suscitados sobre recepción e historia efectual, tradición y selección, horizonte de expectativa y función comunicativa.⁸¹

⁷⁸ Cito aquí la edición en alemán de 1991. Traducida al español se encuentra la versión original de 1977 que constituye a grandes rasgos la primera parte del texto que se publicaría casi 15 años después (*Experiencia estética y hermenéutica literaria*, Madrid, Taurus, 1992 (1986)). De la primera versión (que es la traducida al español), el autor quitó dos ensayos, dejando únicamente amplios resúmenes, y agregó tres estudios nuevos. Precisamente a estos últimos hacemos referencia en este contexto, dejando atrás la apreciación del propio autor en el prólogo de la primera versión, en el sentido de que “los presentes estudios, enmarcados en el campo de la experiencia literaria, quedan necesariamente limitados a las atribuciones del estudioso de la literatura” (p. 13).

⁷⁹ Jauss, *Experiencia estética*, op. cit., pp. 93-184 (en la edición en alemán de 1991, pp. 103-190).

⁸⁰ Cf. eje 1, “Hermenéutica y narrativa”.

⁸¹ Jauss, *Aesthetische Erfahrung...*, op. cit.; véase la Tercera Parte, “Der poetische Text im Horizontwandel des Verstehens” (El texto poético en el cambio de horizonte de la comprensión), especialmente las pp. 657-703 y 735-752.

Lecturas obligatorias

Maria Moog-Grönwald, "Investigación de las influencias y de la recepción", en Dietrich Rall (comp.), *En busca del texto. Teoría de la recepción literaria*, México, UNAM, 1993, pp. 245-270.

Moog-Grönwald presenta, en un balance conceptual y una serie de comentarios críticos, la idea y la función de la recepción literaria, y la recepción estética en general. Al llevar la recepción más allá de la interpretación y la significación inmediatas, pensando en su capacidad reconfiguradora, distingue entre recepción pasiva, reproductiva y productiva: la primera respondería a los lectores en general, la segunda a la crítica y los lectores especializados, y la tercera al ámbito de los propios creadores en vista de nuevas obras de arte. Esta visión tiene un efecto claro sobre la historia literaria, pero también sobre el potencial constituyente de la historia cultural.

Hans-Georg Gadamer, "Análisis de la conciencia de la historia efectiva", en *Verdad y método*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1993, pp. 415-458.

A partir de una breve revisión sobre la historia de algunos conceptos de la filosofía, Gadamer introduce el de experiencia para señalar la relevancia y la esencia de la experiencia hermenéutica. Ésta contiene siempre la posibilidad de nuevas referencias, y sobre todo la referencia a éstas. En la hermenéutica, esta referencia significa que la experiencia no sólo es reconocer la tradición como otro, sino como parte de uno mismo; ello establece las bases de un diálogo, donde un elemento central es la pregunta que para Gadamer es una "primacía hermenéutica".

Mijáil Bajtín, "El problema del texto en la lingüística, la filología y otras ciencias humanas. Un ensayo de análisis filosófico", en *Estética de la creación verbal*, México, Siglo XXI, 1995 (1a. edición española, 1982; 1a. edición rusa, 1979), pp. 294-323.

Bajtín, en un ensayo que ubica en "zonas fronterizas", incurre en las reflexiones en torno a la problemática del texto: sus posibles paradigmas, sus usos y funciones, sus alcances y límites, sus relaciones con ámbitos referenciales. Enuncia los nexos entre los discursos y sus posibilidades de análisis, cuando no la posibilidad en sí de un análisis. Desarrolla, asimismo, los conceptos de "dialógico" y "multiplicidad de significados".

Actividades

Propósito de las lecturas

El propósito de las lecturas en torno a la recepción y la historia efectual es conocer los alcances de la teoría de la recepción, así como reflexionar sobre la importancia que tiene la historia efectual en los procesos de comprensión. El texto de Gadamer introduce una reflexión en torno a la experiencia y la pregunta hermenéuticas, en función de las influencias, tradiciones, reconfiguraciones, y la creación de nuevos conocimientos. El ensayo de Bajtín, finalmente, permite integrar el conocimiento adquirido sobre la importancia de la escritura, la lectura y el lugar del autor, a los problemas que presenta su visión compleja sobre el texto como objeto de estudio a la vez que como medio para construir y analizar este objeto.

Objetivos de las actividades

- a) Integrar los conocimientos de otras disciplinas a la propia.
- b) Evaluar los procesos de significación historiográfica a partir de la recepción.

Actividades a desarrollar

Elabore un ensayo en el que evalúe las propuestas de recepción y de la historia efectual como vías de análisis. Extensión: 6 cuartillas.

Para las características y los objetivos de un ensayo, véase “Criterios básicos para la elaboración de los trabajos sugeridos”.

El fin de la historia

Cuestionamientos y propuestas desde la posmodernidad

Objetivos específicos

- a) Conocer la relevancia del debate en torno al “fin de la historia”.
- b) Diferenciar entre el fin de la historia como planteamiento político y los efectos en la constitución del conocimiento histórico.
- c) Comparar las propuestas que brinda la posmodernidad con los análisis historiográficos contemporáneos.
- d) Evaluar las críticas posmodernas a los paradigmas de las ciencias sociales.

Un planteamiento fundamental de la historiografía crítica es la historicidad que se genera a partir de la permanente tensión entre pasado-presente-pasado narrado. Se ha insistido en que el estudioso (investigador) no puede escapar de su presente, como el historiógrafo no puede soslayar la historicidad. En este ensayo se muestran las determinantes que marcan la historiografía crítica a partir de dos problemas: primero, el estudioso sólo puede reflexionar con el lenguaje; para ello, es necesario considerar que éste se halla determinado por el presente y, por añadidura, que es en el lenguaje (nuestra herramienta básica) donde se manifiesta la tradición; este primer problema señala ya la tensión pasado-presente. El segundo problema que se aborda para ilustrar el presente como determinante es la necesidad de rebasar el fin de la historia como planteamiento político, para observarlo como frontera conceptual que requiere problematizarse no como clausura de los tiempos históricos, sino en función de su propia historicidad.

Así, y sin hacer un balance de quienes hayan discutido, en el nivel teórico, los ámbitos relacionados con la posmodernidad, vale la pena destacar algunos aspectos que nos interesan específicamente para la historiografía crítica:

- El problema o ámbito del fin de la historia, así como de la llamada poshistoria, en tanto crisis de las grandes narraciones (representación), pero también como una controversia política e ideológica.
- El problema o ámbito de las contradicciones internas de la modernidad, donde la racionalidad se confronta con el escepticismo y rechazo ante determinados efectos y consecuencias; los ámbitos de las distintas críticas a la modernidad y los respectivos temores que ello suscita, así como las esferas de las continuas autocríticas; aquí, la posmodernidad sólo pone fin a un lado de las controversias, para retomar, como planteamientos propios, las experiencias del otro lado.
- El problema o ámbito de la modernidad en relación con los significados de las diversas rupturas y renovaciones, la construcción de las tradiciones; los aspectos temporales de etapas, periodizaciones, tiempos históricos así como sus respectivas formas de pensar y de conceptualizar; ante esto, la posmodernidad plantea, si bien no en todas sus vertientes, un fin que no es inicio de otros procesos, una ruptura que sólo deja un lado fragmentado.

La historiografía crítica señala en esos debates la historicidad en tanto posibilidad de pensarse en términos de fin/inicio, es decir, de pensarse en función de su historicidad; problematiza algunos aspectos con el fin de distinguir entre modernidades y posmodernidades en vista de las rupturas y transformaciones en el tiempo, y considerando su función como principios dominantes.

EL LENGUAJE COMO LÍMITE DE LA POSMODERNIDAD

Cuando uno pretende hablar de posmodernidad, se enfrenta, desde el inicio mismo, a un problema que se manifiesta en el tipo de lenguaje que utilizamos y que está constituido, en la actualidad, por normas que resultan de una visión moderna del mundo académico: objetividad, una idea determinada de orden, de racionalidad también, cierta visión de la temporalidad, la división y la organización de los conocimientos en disciplinas, la posibilidad de conectarlos en distintos niveles interdisciplinarios, y un largo etcétera cuyo análisis a fondo constituye, en sí, una línea de investigación historiográfica.

En este sentido, estamos frente a una especie de trampa en que se convierte, así, lo posmoderno: nos referimos a fenómenos y actitudes, a representaciones y expresiones, a interrogantes que, por tratarse de asuntos con consecuencias "reales" (sociales, económicas, políticas, etc.), no pueden

sino enfocarse, describirse, problematizarse y, en su caso, analizarse con el lenguaje creado para ello: el lenguaje racional y moderno al que me acabo de referir, y que es justamente un resultado de los procesos de modernización que entendemos como tales. Resultaría poco ético, cuando no francamente cínico, no proceder así —nos advierte lo que consideramos una conciencia también moderna.

No podemos evitar, todavía no, que todo *estudio* sobre la posmodernidad conlleva implícitamente una contradicción que incluye, por lo pronto, a los propios posmodernos cuando éstos participan en la discusión: aun ellos, con todo y lo críticos, escépticos, incrédulos que se muestren frente a la modernidad, tienen que seguir usando su lenguaje racional, funcional. Un primer efecto secundario en los debates es, por decirlo de alguna manera, resultado de esta contradicción: mientras siga siendo moderno el lenguaje que utilicemos para discutir los fenómenos que se presentan en los ámbitos de lo posmoderno, éstos siempre van a resultar extraños, y en los debates siempre habrá factores que pretendan devolverles a estas expresiones ciertos elementos provenientes de la modernidad: la racionalidad, la ética política, determinados valores humanísticos, históricos, culturales, de identidad, entre otros, son sólo algunas muestras. Ahora bien, son precisamente estas muestras lo que nos interesa desde la historicidad, ya que intervienen inevitablemente en la manera de constituir todo discurso histórico actual.

Por otra parte, los fenómenos observados en los ámbitos de lo posmoderno son dudas que responden, hasta cierto punto, a interrogantes frente a los resultados de este proceso de modernización que es, también, un proceso de especialización disciplinaria y, sobre todo, con claras diferenciaciones en los ámbitos del conocimiento: la modernidad científica no es igual a la política, a la social o a la artística-estética.⁸²

En el afán de presentar algunos de los problemas que nos interesan desde la constitución del pensamiento y de los discursos históricos, vayamos por partes: el ámbito posmoderno se coloca después de algo, modernidad, modernidades, algo que nunca supimos fijar muy bien, ni históricamente, ni en sus diversas manifestaciones y representaciones, y menos aún considerando el conjunto de características parcialmente opuestas entre sí. La razón es la siguiente: al intentar una definición de la posmodernidad, suele empeñarse por tratar de conceptualizar la modernidad; todo el mundo termina por decir que no es posible dar esa definición, porque una de las características de la modernidad es que siempre es más, y su contrario, y sus esperanzas y

⁸² Al respecto, véase Wolfgang Iser, *Unsere postmoderne Moderne*, Weinheim, VCH Acta humaniora, 1988, en especial el capítulo VII, "Moderne des 20. Jahrhunderts und Postmoderne oder Von der Sensation zur Selbstverständlichkeit", pp. 185-206.

decepciones. Con este enfoque, lo posmoderno es una especie de intento por cerrar algo que no se sabe qué abarca, pero que resultó, finalmente, distinto, desfigurado, incluso decepcionante si se le compara con lo que se esperaba: progreso, utopías, lo que iba a culminar como una mejoría definitiva. Posmodernidad, en este sentido, no sería entonces sino una necesidad inmediata de nombrar algo que ya no queremos que dure más, algo que, en forma de esperanza o utopía, ha perdido fuerza, ímpetu... Al sumar las frustraciones y decepciones, los efectos secundarios, no planeados, de las muchas modernidades que conocemos a lo largo del siglo xx, y al cerrarlas todas ellas con un indefinido "post", se hace un *collage*, un *pastiche*, y la impresión fundamental es de desorientación. Eso, sobre todo, porque la modernidad parecía tener sentido, parecía tener una dirección, un fin alcanzable, seguro. Parecía concordar con la idea de un devenir histórico con objetivos determinados, realizables en una sociedad moderna y racional. Posmodernidad es, también, abrir el camino a lo irracional, lo incalculable de la modernidad desde ella misma. Es —y aquí entran en juego los valores— ceder ante lo irracional, o bien, recuperarlo de la opresión de la racionalidad, por mencionar sólo un aspecto de los grandes ámbitos correspondientes.

Según nuestra experiencia moderna, que es esencialmente histórica, todo rompimiento, todo cierre es no sólo fin, sino también principio; cierra e inaugura. La dificultad de este abismo de la experiencia del siglo xx llamado modernidad/modernidades, es que con el escepticismo —y a la vez ambición— de lo posmoderno, se "cierra" algo que pretendía ser definitivo (en gran medida, es esta pretensión lo que explica que sus efectos y resultados secundarios inesperados hayan causado tanta frustración). Al no ser definitiva la modernidad en el sentido de una serie de metas alcanzadas o alcanzables para siempre (lo cual le daría carácter de atemporal e incluso ahistórico a la modernidad), el planteamiento posmoderno del "fin de la historia" provoca nuevas contradicciones que se originan, de hecho, en la propia modernidad.

Un primer problema se nos presenta: ¿cómo enfrentarse, con un lenguaje de reflexión que pertenece a la modernidad, a una serie de fenómenos que no podemos siquiera denominar a no ser como "de la posmodernidad"? ¿Cómo no caer, tampoco, en lo contrario, pensando que desorden conceptual es, ya, expresión de lo posmoderno?

Post se puede caracterizar como una especie de operación, una ilusión forzada, un punto y aparte. Un más allá en un tiempo que se quiere cerrar, no porque estuviera resuelto, sino al contrario: por irresuelto. La idea de "post", de un ámbito que se coloca en un tiempo *posterior* al de la modernidad no evita, sin embargo, que paralelamente se produzca un efecto de temporalidad ausente: al identificarse la modernidad con determinado tipo de histo-

ria-evolución, historia-proceso, el cierre de ésta llevaría implícito un cierre del tiempo histórico.

En consecuencia, la modernidad o las modernidades dejan de verse como una época (aunque se seguirá hablando de una serie de experiencias que cruzan el siglo xx), para dar pie a constituirse como una condición. Para los efectos del presente ensayo y de la investigación relacionada, propongo pensarla y experimentarla de manera distinta a como se conceptualiza un tiempo histórico; lo posmoderno sería, entonces, una *condición distinta*.⁸³ Este ámbito entre histórico y ahistórico, entre época, experiencia y condición, se vuelve aún más complejo al subrayar cómo las maneras de concebir esta condición, si bien se plantean justamente en lo histórico-temporal (*post*), también se pretenden pertenecientes a algo posterior (mejor dicho, ¿*exterior?*) a toda temporalidad histórica particular. Esta condición en los límites, al problematizarse en los términos de la historiografía crítica, permite observar precisamente los términos de ruptura en que se observan mutuamente ambas condiciones, ambas posibilidades de pensarse uno frente al otro.

Por otra parte, la posmodernidad sólo funciona como concepto si la modernidad o las modernidades respectiva(s), también como concepto(s), está(n) en crisis. Al ver más de cerca lo que significa para la modernidad estar en crisis, observamos que se relaciona también con la historicidad: en crisis están el tipo de pensamiento dirigido hacia el futuro; los valores (el presente que pretende dirigirse hacia un futuro determinado); las tradiciones (lo que viene desde el pasado y tiene valor para el futuro); las expectativas provocadas por este pensamiento (porque van dirigidas hacia el futuro), etc. La idea posmoderna, muy llana, de superar esa preocupación por cómo va a ser el futuro, desde la crisis de la modernidad, consiste en colocarse en un punto posterior, separado; el futuro, la temporalidad del futuro como continuidad y la problematización de su historicidad se cancelan.

Habría que mencionar, nuevamente, que esta continua negación de un pensamiento dirigido hacia el futuro, colocándose en él y negando su temporalidad, no cambia ni resuelve, en sí, la problemática o la crisis. No propone otra cosa distinta en su lugar. Solamente niega. Las crisis del ámbito de las modernidades (lo no resuelto de lo moderno, lo que desde los conocimientos más diversos se concibe como errores, efectos secundarios no deseados o no previstos) no conocían sino la posibilidad de ser resueltas tarde o temprano; dicho de otra manera, se veían y se ven las contradicciones, pero no la *posibilidad de no resolverlas*.

⁸³ Pese al parecido terminológico, no me refiero expresamente a la obra de Jean-François Lyotard, *La condición posmoderna*, Madrid, Cátedra, 1989 (edición en francés, 1979). En esta obra, Lyotard se refiere más bien a las relaciones parcialmente contradictorias que se observan entre las condiciones del saber en los sistemas sociales contemporáneos, y las metanarraciones que los justificaban.

Es necesario resaltar que, ante la negación posmoderna, la historiografía crítica, al plantear como problema historiográfico la historicidad de sus propias condiciones de pensarse, abre de nuevo la discusión, y la mantiene abierta —no en una temporalidad lineal (destino, progreso, evolución etc.), sino como condición del pensamiento histórico.

ENTRE EL FIN DE LA HISTORIA Y LAS PROPUESTAS DE LA POSMODERNIDAD

Muchas veces, es en los términos de las nociones básicas que conforman el pensamiento histórico, entre ellas, temporalidad/espacialidad y principios dominantes (en ocasiones mediante un uso metafórico, sobre todo en el caso de la temporalidad), que los discursos críticos de la historia se refieren a transformaciones en la manera como se conceptualiza el propio pensamiento histórico, como se estructuran y significan los discursos que se refieren y otorgan un significado al pasado. Por otra parte, hemos visto que la posmodernidad se constituye a partir de un conjunto de discursos críticos dirigidos a distintos ámbitos del pensamiento y de las prácticas socioculturales. La conjunción de las nociones de temporalidad/espacialidad, así como de principios dominantes, con la crítica a los discursos y prácticas correspondientes, señala cómo el propio concepto de posmodernidad y, en áreas discursivas más especializadas, el de poshistoria, era posindustrial y estudios poscoloniales,⁸⁴ constituyen un ámbito específico que, si bien se ha pensado como "fin de la historia", resulta ser esencialmente un problema para la historiografía. Otros cambios, a los que el discurso crítico se refiere mediante conceptos metafóricos (un movimiento, por ejemplo, señalado con el término de "giro" —giro lingüístico o, más recientemente, giro cultural o *cultural turn*—, señalan, asimismo, transformaciones cuyo referente inmediato no es un proceso histórico que analiza las transformaciones que se observan desde el presente, sino un concepto que intenta describir directamente y en abstracto un cambio en el tiempo y el espacio, sugiriendo que lleva implícita una transformación de los valores, los significados y, a la larga, de la propia Historia (aquí con mayúscula, en la vieja idea del "devenir histórico", y no del pensamiento o conocimiento históricos).

Muy reveladores son, entonces, todos aquellos implícitos culturales que hacen las veces de un tipo de referentes que no suelen ser fijos, por lo que también su significado es indeterminado. Este carácter indefinido es el que les ha otorgado a la posmodernidad y a las corrientes del pensamiento

⁸⁴ En el caso de un investigador como Homi Bhabha, la referencia temporal se hace más compleja aún, ya que problematiza los discursos poscoloniales en función de un presente *neocolonial*.

derivadas de ella, el mote de “relativistas” e, implícitamente, un valor negativo. En otra parte⁸⁵ hemos señalado las dimensiones de la problemática que se observa a partir de los procesos de temporalización y relativización de los propios discursos históricos. La pertinencia, e incluso la inevitabilidad del relativismo para las ciencias sociales y humanas, se explican en buena medida por la necesidad de incluir en todo análisis el lugar social y el horizonte cultural de quienes emiten los discursos tanto narrativos como interpretativos y explicativos, y de quienes los reciben en un momento dado y en condiciones de un horizonte distinto.

Desde el punto de vista de los estudios históricos que no hayan sido afectados profundamente por la crítica posmoderna,⁸⁶ los problemas señalados por investigadores desde la posmodernidad (en sus más diversas gamas) se pueden dividir en dos tipos. Primero, en forma de contradicciones teóricas que parecen inhibir la práctica del historiador;⁸⁷ y, segundo, como contradicciones que tienen que ser resueltas por el historiador en esta práctica. En especial, aquí se presenta, de muchas maneras, un mismo problema: cómo convertir, mediante el trabajo de investigación del historiador, una serie de experiencias individuales, únicas en un tiempo y un espacio, en discursos significativos cuyos valores pueden ser reconocidos por toda una sociedad, o incluso universalmente.⁸⁸ Para ello, los estudios históricos suelen apoyarse en elementos metodológicos como la investigación documental y el trabajo de archivo, verificación de datos, normas rigurosas de explicación, modelos y, en algunos casos, teorías o lo que queda de las grandes teorías. Además, el historiador se puede basar en una determinada tradición disciplinaria y sus formas particulares de entender y explicar el pasado (en otras palabras, se basa en las normas disciplinarias y en su experiencia como historiador).

Como caso específico de la problemática anterior, surgen los trabajos de algunos politólogos e ideólogos (Francis Fukuyama,⁸⁹ por ejemplo) que

⁸⁵ Véase sobre todo Clifford Geertz, “Anti-antirelativismo”, en *Los usos de la diversidad*, Barcelona, Paidós, 1996 (I, 1984), pp. 93-127.

⁸⁶ Pese a todas las transformaciones, eso incluye, hacia fines del siglo xx, la historia social, la historia económica, la historia política, y aun formas de hacer historia como las proponen los integrantes y seguidores de las distintas generaciones de la Escuela de los Annales, o la historia de las mentalidades.

⁸⁷ Cuando las contradicciones teóricas inluben una práctica, una solución es recurrir a otras disciplinas, o apoyarse en teorías pertenecientes a ámbitos del conocimiento distintos. A lo largo del siglo xx, tanto la sociología como la economía, pero también la arqueología, han apoyado a la historia.

⁸⁸ Gustav Droysen decía que el problema consistía en cómo convertir “asuntos” o “negocios” en historia.

⁸⁹ Véanse en las lecturas obligatorias los primeros textos y algunos comentarios recientes de Fukuyama en torno al fin de la historia. Uno de sus trabajos más recientes, *La gran ruptura. La naturaleza humana y la reconstrucción social* (Buenos Aires/México/Santiago de Chile/Atlántida, 1999), señala la inmovilidad temporal a la que hacemos referencia aquí mismo, mediante un concepto de modelo sociológico que remite al orden y a los factores inamovibles que sitúan a las sociedades en una era posterior a las más recientes transformaciones.

identifican o interpretan las transformaciones políticas a partir del llamado fin de la guerra fría y de la oposición entre el mundo capitalista y el del socialismo real, es decir, a partir del proceso más reciente de globalización, como si se tratara del fin definitivo de aquellos conflictos que se veían como “motor” (a veces único) de la historia. En el entendido de que se presentó una situación “global” que puso fin a la “historia” vista como serie de factores que provocan las transformaciones de las sociedades en el tiempo, deducen que se trata, también, del fin de una disciplina que se dedica en forma reiterativa al estudio, análisis y significación del pasado en tanto sociedades o culturas que se transforman en el tiempo. El problema de esta interpretación (que, a fin de cuentas, es también una interpretación histórica) reside en la visión de la situación posterior a la caída del muro de Berlín en tanto símbolo de esta transformación, como situación definitiva desprovista de aquellos elementos que pudieran provocar nuevas transformaciones en el tiempo, es decir, como situación final. El fin de la posibilidad de las transformaciones en el tiempo significaría, así, una ausencia de la temporalidad.⁹⁰

Lo anterior tiene sus raíces en un malentendido (o bien, en una visión radical) que se intensifica a partir del giro lingüístico y sus efectos más inmediatos. Llama la atención que, a falta de grandes teorías o modelos sobre el desarrollo, el progreso y la evolución, se presentan tantas dificultades al querer distinguir con claridad entre la realidad y los discursos sobre ella y los significados que éstos le asignan. Así, es importante recordar una y otra vez que los cambios temporales y espaciales (ruptura, continuidad, y sobre todo giro, post, fin, etc.) que se presentan en los discursos sobre la realidad son cortes que se refieren a la manera de ver las cosas, no a las cosas mismas; es decir, pertenecen a los discursos que interpretan, desde el lugar social del presente y en la expectativa de un horizonte determinado, el pasado (o, en su caso, los objetos de estudio correspondientes a otras disciplinas que forman parte de las ciencias sociales y humanas). Se refieren, desde la posteridad y en tanto interpretación, explicación, descripción o narración, a la experiencia frente al conocimiento (que es una elaboración, una construcción), y no frente a “la realidad” o “los hechos del pasado”.

A partir de los elementos señalados con anterioridad (específicamente, la confusión en ambas direcciones entre realidad y discurso sobre la realidad, y temporalización y fin o ausencia de transformaciones en el tiempo, para

⁹⁰ Sin embargo, otros teóricos posmodernos, como Fredric Jameson, mantienen justamente la historia como conjunto significativo general, en la idea de que ante los problemas y las críticas posmodernas la historia debe servir de marco semántico para todo aquello que aparentemente no está relacionado entre sí. Véase Fredric Jameson, *Postmodernism or the Cultural Logic of Late Capitalism*, Londres, 1991; hay varios textos traducidos al español: *Posmodernidad o la lógica cultural del capitalismo tardío*, Barcelona, Paidós; o bien, *Teoría de la posmodernidad*, editado por Trotta, entre otros.

mencionar sólo los más relevantes), se observa la posibilidad de que precisamente la contradicción entre el relativismo de las visiones y la perspectiva de la globalización en otros ámbitos, permita el surgimiento de los estudios culturales así como la necesidad de introducir en ellos una perspectiva de historicidad. No basta con la inclusión en los discursos, relatos y análisis de las fuerzas históricas de aquellos grupos anteriormente marginados, para ampliar el enfoque de la historia social y seguir el ejemplo de la historia de los obreros, del proletariado, de los peones y campesinos. El nuevo giro propone una idea ampliada de cultura que le permite una orientación novedosa a lo que se llamaría *cultural turn*, no sólo con la pretensión de ampliar las temáticas, sino incluyendo un elemento de autorreflexión en torno al quehacer historiográfico: como acción que crea identidad y significado, valores, reconociendo lo propio frente a lo que no lo es, a inscribirse en una visión del mundo a partir de experiencias propias, y no de modelos ajenos, desconocidos o inadecuados. Ante la globalización que niega o borra diferencias, eso significa una fragmentación en identidades y discursos que vuelven a crear nuevos significados, ahora cada vez más diferenciados.

En este sentido, el *cultural turn* propicia la idea de que no estamos ya ante un orden de significados que otorguen certidumbre a la identidad, la existencia, la vida cotidiana, pero también a la vida política, la sociedad e incluso las prácticas culturales. Se hace hincapié en las culturas fragmentadas en las que se han acabado no las confrontaciones, no los bloques políticos, no los “motores” de la historia, sino la constitución de evidencias para los significados a partir de un sujeto general: el lenguaje como ente unificador, una teoría general para la disciplina, una religión determinada, una manera correcta de vivir en la moral pública, la Historia con mayúscula, etc. Sobre todo en el enfoque de los estudios poscoloniales, cualquiera de las posibilidades que acabamos de mencionar, se consideraría un gesto imperial. Por ello mismo, se propone no convertir el concepto cultura en un nuevo sujeto general, sino en un orden en movimiento, inestable, indeterminado, con el fin (y el efecto) de que todo significado se convierta en proceso de significación (y que se interprete entonces, desde la historiografía, no sólo un significado cultural establecido, sino el proceso de constitución de este significado, su génesis).

Para los estudios historiográficos confrontados a aquellos discursos que invalidan las transformaciones en el tiempo con el propósito de pregonar el fin de la historia, pero también con aquellos otros que intentan, sobre todo, romper con las visiones hegemónicas (el principio dominante que se impone a otros principios; la historia única, los marcos teóricos que explican el pasado, el contexto que permite insertar en él cualquier texto, y explicar de esta manera su contenido y su relevancia), la solución no está en negar su

validez o pertinencia y sustituirlos simplemente mediante otro discurso que defiende puntos de vista contrarios, analizándolos y argumentándolos. Al contrario, se trata de una de las oportunidades más fecundas para explorar el funcionamiento de los principios dominantes y las formas y los discursos en que son representados, sin invertir los polos de lo dominante sobre lo dominado, como sucede en gran parte de los estudios de género ideologizados, o en algunos estudios poscoloniales en tanto formas ideológicas.⁹¹

De algún modo, puede afirmarse que los cuestionamientos y críticas de aquellas corrientes posmodernas que no terminan por cancelar el interés del conocimiento histórico, ni la importancia de la historicidad en los procesos de significación, influyen en que las nociones básicas de la historia se amplían hacia nociones básicas para los estudios historiográficos. De la misma manera en que temporalidad y espacialidad no tienen una función en la sociedad, a menos que se les “llene” de algo, se les marque con acontecimientos, con objetos, con movimientos, cambios, transformaciones, etc. (véase los “Ejes de trabajo, primer grupo”), así las construcciones y constituciones realizadas por el ser humano en tanto ser social (desde ideas hasta acciones, espacios construidos, conocimiento sobre su realidad, teorías, modelos, contextos, situaciones político-económicas, entre otros), es decir, lo que llamamos “cultura” en su sentido más amplio, se constituye en una forma vacía, a menos que se le llene, también, de significados. El cómo de estos significados es, como el propio conocimiento, algo que tiene que constituirse continuamente.

La temporalización e historización de los discursos tanto textuales como aquellos constituidos mediante otras grafías, así como por medio de sus críticas, evita que cualquier visión o enfoque invalide los anteriores. Considera otros factores, jerarquiza de otra manera las preguntas ante la experiencia, vislumbra relaciones diferentes en el orden de las cosas mediante las cuales reconocemos como propio un mundo, del cual nos podemos, entonces, apropiarse, vivir en él, todo ello con un sentido y un significado determinados, y sin eliminar las demás visiones (y eso quiere decir, evidentemente, los demás mundos).

Eso nos conduce, finalmente, a un factor muy importante en los ámbitos de la posmodernidad, o bien, la poshistoria, y al que aludimos al principio de este último eje de trabajo: la posibilidad de analizar más a fondo aquellos paradigmas que hemos llamado principios dominantes,⁹² es decir, los principios que dominan, en un momento dado, el horizonte de las prácticas y la

⁹¹ Puede considerarse que Edward Said y Homi K. Bhabha son precursores en estudios culturales que consideren la historicidad en el sentido de los estudios historiográficos en torno a tales problemas, aun cuando sus trabajos enfoquen más la literatura: Said, *Cultura e imperialismo*, Barcelona, Anagrama, 1996; Bhabha, *The Location of Culture*, Londres/Nueva York, Routledge, 1995.

⁹² Véase el eje de trabajo “Principios dominantes”.

reflexión en torno al pensamiento histórico, pero también el horizonte de expectativas y el horizonte cultural en general de una sociedad en un momento dado. Los debates que cuestionan la función y la constitución del conocimiento histórico permiten este análisis al menos desde dos flancos: por un lado, desde las críticas a la constitución y las formas de argumentación de los discursos de la historia y la historiografía, de sus usos y su pertinencia; y, por el otro lado, desde las propuestas que surgen en cuanto a nuevas necesidades y nuevas posibilidades discursivas sobre el pasado. Cada uno de los tipos discursivos criticados, cada una de las propuestas, se debe al horizonte de algún principio dominante; su crítica o su rechazo, los enfoques y los debates en torno a la pertinencia, el uso, los significados, las formas de argumentación a que conducen, los marcos explicativos que propician, así como una gran cantidad de elementos más, permiten descubrir y mostrar facetas no evidentes que la mayoría de las veces ni siquiera se hacen explícitas. Eso permite, como hemos señalado, profundizar el conocimiento acerca del funcionamiento de los principios dominantes; amplía, a la vez, el conocimiento de la injerencia de los prejuicios socioculturales en aquellos discursos cuyo fin es precisamente analizar esos prejuicios. Aporta, en pocas palabras, mayores elementos para el análisis historizado de la autocomprensión de una sociedad.

No cabe duda de que buena parte de esos elementos se han observado con mayor claridad —y sobre todo con mayor agudeza— desde los horizontes posmodernos que ponen en duda los paradigmas válidos de la modernidad, por una razón muy simple: en el centro de la crítica están aquellas corrientes de la modernidad que pretenden reintegrar los grandes modelos, la racionalidad que permite resolver las contradicciones, mientras que las líneas posmodernas del pensamiento llaman la atención sobre la imposibilidad y, más importante aún, lo innecesario que resulta, finalmente, tratar de resolver algo que se ha fragmentado por sus propias condiciones, o que da giros que resultan relevantes no sólo para la crítica y el análisis sino, sobre todo, para los procesos de significación de estas transformaciones.

Para la historiografía, observar e historizar esos fenómenos es una de las formas más ricas de estudiar y entender los procesos de significación en el conocimiento histórico o, en general, en los discursos sobre el pasado. A lo largo de los debates ha surgido una enorme cantidad de contradicciones y propuestas para solucionar, negar, componer u obviarlas, frecuentemente a partir de la negación de lo que hacen otros movimientos, escuelas, tradiciones o corrientes, y hasta de lo que proponen otros grupos de investigadores y otras disciplinas. Todos ellos no sólo señalan sus propios horizontes de expectativas y sus enfoques o maneras de construir conocimiento, sino que buscan a la vez, mediante la crítica de los contrarios, eliminar los peligos de

aquellos que podrían bloquear o boicotear sus resultados. En conjunto, ello implica necesariamente, a la vez, el análisis de los objetos de estudio y de los sujetos que investigan (uno mismo), los modelos, teorías y formas de hacer, las prácticas que se usan, y los efectos. Desde la historiografía, no será posible ya analizar un objeto de estudio sin incluirse uno como investigador en el proceso de analizar este objeto y a la vez como parte de él; en pocas palabras, sin incluir la autoobservación historizada. La subjetividad implícita evita e impide, además, nuevas visiones totalizantes.

Lecturas obligatorias

Joan Wallach Scott, "After History", en *History and the Limits of Interpretation*, marzo de 1996, Center for the Study of Cultures, Rice University: [~http://www.ruf.rice.edu/~culture/cfhistin.html](http://www.ruf.rice.edu/~culture/cfhistin.html)

En el debate en torno al "fin de la historia", Joan Wallach Scott comenta ampliamente las posiciones de Fukuyama; por otra parte, llama la atención sobre una de las paradojas fundamentales de la práctica del historiador: el hecho de que la realidad a la cual refiere la interpretación histórica es producida por esta misma interpretación, mientras que la legitimación y la verosimilitud de esta interpretación se sitúan supuestamente en una realidad que existe previamente a su interpretación.

Francis Fukuyama, "The End of History?", en *The National Interest*, núm. 16, verano de 1989.

———, "Second Thoughts: The Last Man in a Bottle", *The National Interest*, núm. 56, verano de 1999.

——— *et al.*, "Historia del futuro. Mesa redonda: El orden global en el siglo XXI", *Letras libres*, núm. 13, enero de 2000, pp. 17-23.

Los tres textos de Fukuyama datan de distintos momentos; las fuertes críticas, pero también la inusual acogida del primero, que pregunta por el posible fin de la historia en tanto devenir y transformación de la sociedad, son discutidos parcialmente en el segundo. El último se presenta junto con las opiniones de otros investigadores en un breve debate.

Joyce Appleby, Lynn Hunt y Margaret Jacob, *La verdad sobre la historia*, Barcelona/Buenos Aires/México/Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1998. Segunda Parte, 6, "Posmodernismo y crisis de la modernidad", pp. 188-224.

En el conjunto del libro cuya idea central es, de acuerdo con sus autoras, la "incertidumbre presente de los valores y la búsqueda de la verdad", el capítulo en torno a la crisis de la modernidad enfoca en especial aspectos como la

“objetividad” y la “cientificidad” cuestionadas, en tanto construcción ideológica. En una revisión historiográfica, las autoras analizan conceptos como verdad y realidad, y llegan a la conclusión de que esta última es “hija del lenguaje”, lo cual permite ver aun la supuesta ficción como parte de esta realidad.

Clifford Geertz, “Anti-antirrelativismo”, en *Los usos de la diversidad*, Barcelona, Paidós, 1996 (edición en inglés, 1984), pp. 93-112.

Muchos de los comentarios negativos ante las críticas posmodernas terminan volviendo a los aspectos más cerrados de una modernidad racional, fija, incuestionable. Geertz, al contrario, no combate ni el relativismo, ni las reacciones precipitadas en contra, en nombre de un cierto “antirrelativismo”, sino que combate los temores con un análisis y una propuesta desde una posición que no niega los problemas ni se opone a sus implicaciones, y analiza las consecuencias de estas últimas. No invalida las percepciones modernas ni evade las críticas desde la posmodernidad; al contrario, integra los paradigmas de ambas a una reflexión que rebasa las posiciones inmediatas de los debates.

Jörn Rüsen, “Ilustración histórica de cara a la postmodernidad: la historia en la era de la ‘Nueva Dispersión’”, en Silvia Pappe (coord.), *Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana*, México, UAM-A/UIA, 2000, pp. 427-456.

En este ensayo, Rüsen señala la relación innegable entre los paradigmas de la modernidad y las ciencias históricas en las sociedades altamente industrializadas; al cuestionar la validez del concepto de modernidad, se cuestiona indirectamente también la posibilidad (y la validez) del quehacer histórico. Pregunta por los potenciales de interpretación de la experiencia temporal que el pensamiento histórico ha elaborado a lo largo del proceso de modernización, para llegar a plantear que la historia del progreso de la modernización del pensamiento histórico se puede conceptualizar también como *historia de los déficit* o de las pérdidas. En vista de su crítica a los paradigmas modernos, las investigaciones poshistóricas buscan la manera de cubrir esos déficit, lo cual a su vez produce otros (por ejemplo, la pérdida del pensamiento teórico o racional en la posmodernidad, etc.). Finalmente, busca las relaciones de los nuevos planteamientos, sus aportaciones y sus respectivos déficit o pérdidas, frente al concepto o parámetro de la “razón” histórica, en los niveles de lo formal, de contenido, funcional y pragmático.

Actividades

Propósito de las lecturas

Los propósitos de estas lecturas son familiarizarse con uno de los textos que iniciaron el debate sobre el fin de la historia (Fukuyama), así como algunas de las reflexiones que ha provocado en distintas comunidades académicas

(Wallach Scott, Appleby, Hunt y Jacob). Clifford Geertz, por su parte, discute ampliamente uno de los efectos de la posmodernidad y el fin de la historia, que es el temor al relativismo y la reacción contra este temor; lejos de negar o combatir ambos, da un paso más asumiendo una posición de “anti-antirrelativismo”. El propósito de la lectura de Jörn Rüsen, finalmente, es conocer cómo, teniendo en cuenta la historicidad del pensamiento teórico, se puede pensar la historia después del “fin de la historia”.

Objetivos de las actividades

- a) Evaluar los límites de las propuestas posmodernas para la historiografía.
- b) Integrar los conocimientos adquiridos a lo largo de este libro de texto.

Es importante comprender el objetivo de este ejercicio, que consiste en problematizar las verdades históricas que forman la base de la construcción del objeto de estudio, y verlas en su propia historicidad. Una de las posibilidades de lograr esta problematización o historización está en colocarse en un sitio de reflexión que cuestiona la posibilidad misma del conocimiento histórico.

Actividades a realizar

En un ensayo de 8 cuartillas, asuma una posición ante la posmodernidad y exponga cuáles son los problemas que desde esta posición se plantean en su investigación: la convivencia de varias temporalidades, el manejo de distintos cronotopos (no sólo horizontes), la problematización de las condiciones en que se constituye el conocimiento histórico en tanto objeto de estudio.

Para conocer los criterios de un ensayo, véase “Criterios básicos para la elaboración de los trabajos sugeridos”.

Recomendaciones al tutor

El diseño del presente libro de texto se basa en un tipo de académico que entabla con el alumno una relación motivadora que lo lleva a asumir una postura activa y responsable en su proceso de aprendizaje. A partir de los ejes de trabajo, los comentarios y evaluaciones de las actividades que realiza el alumno, el tutor forma en sus alumnos habilidades de investigación, al mismo tiempo que fomenta en ellos la expresión por escrito. Apoya a los futuros investigadores en el desarrollo de las habilidades relacionadas con el pensamiento crítico.

Las actividades comprenden una serie de ejercicios, cuyos objetivos se detallan en los “Criterios básicos para la elaboración de los trabajos sugeridos”. Ello permite que el alumno pueda autoevaluar las actividades desarrolladas, comparando sus resultados con los objetivos señalados, y estimar los alcances del proceso de aprendizaje. La autoevaluación sólo podría hacerse mediante la observación de los propios avances en la reflexión, es decir, en una posición crítica frente a los textos, inquietudes y preguntas propios, y la capacitación en la tarea de problematizar e historizar los procesos de constitución del conocimiento sobre el pasado.

Por otra parte, el tutor evaluará al alumno teniendo en cuenta los mismos objetivos asentados en los “Criterios básicos...” mencionados. Tomará en consideración, además, los objetivos que se señalan al principio de cada eje de trabajo. Y, finalmente, evaluará las habilidades que se busca fomentar a lo largo del libro de texto.

En el proceso de enseñanza-aprendizaje no es indispensable que las actividades indicadas se resuelvan en su totalidad, ni en el orden propuesto. Son un indicativo por considerarlas la forma idónea para que el alumno logre integrar los conocimientos adquiridos. Sin embargo, tutores y alumnos podrán diseñar otras actividades, de acuerdo con sus necesidades e intereses particulares.

Cabe mencionar, asimismo, que las actividades sugeridas no tienen un nivel creciente de complejidad; es en su conjunto como proporcionan al alumno los elementos necesarios para desarrollar las habilidades que requiere el egresado de un posgrado en historiografía. Es importante que el alumno no busque respuestas rápidas o restringidas, sino que reflexione, con el fin de construir sus conocimientos a partir de la lectura amplia y profunda de textos relacionados con la problemática a tratar. En cada actividad se señalan los objetivos a alcanzar, además de una serie de indicadores normativos y en el ámbito de la constitución de conocimiento, en forma de pistas para la reflexión teórica, y que el alumno deberá tener en cuenta.

Criterios básicos para la elaboración de los trabajos sugeridos⁹³

Las actividades sugeridas para que sean realizadas por los alumnos deberán cumplir con los siguientes objetivos, que son también los criterios básicos que normarán la autoevaluación y la evaluación.

Los objetivos que se persiguen con la elaboración de un *cuadro sinóptico* son:

- a) Seleccionar, clasificar, organizar y jerarquizar los datos o conceptos, o ambos, de acuerdo con los intereses específicos que guían el cuadro sinóptico.
- b) Identificar la relevancia de cada dato o concepto, o ambos, en función de los criterios de organización.
- c) Establecer las relaciones entre los datos o conceptos, o ambos.

Sugerencias y estrategias para la elaboración de un cuadro sinóptico:

- Establezca los criterios de organización en función de los intereses.
- Indique los conceptos centrales de manera ordenada y sistemática.
- Represente en forma esquemática las relaciones entre los conceptos centrales.

Los objetivos que se persiguen con la elaboración de una *síntesis* son:

- a) Identificar los conceptos centrales.
- b) Relacionar los puntos principales con los conceptos centrales.
- c) Sintetizar las principales ideas y argumentos del autor.
- d) Integrar en un todo los elementos identificados.

⁹³ Los criterios aquí desarrollados se basan en Yolanda Argudín y María Luna, *Los trabajos escritos*, 2a. ed. correg. y aum., México, UIA, 1998.

Sugerencias y estrategias para la elaboración de una síntesis:

- Redacte con fidelidad, exactitud y claridad.
- Exprese con precisión y orden las ideas, manifestando lo que quiere decir.

Los objetivos que se persiguen con la elaboración de un *resumen* o una *reseña* son:

- a) Reseñar, comentar e interpretar.
- b) Resaltar la importancia del texto frente a otras obras del mismo autor, o frente a otras obras de la misma especialidad.
- c) Manifestar el punto de vista personal.

Sugerencias y estrategias para la elaboración de un resumen o una reseña:

- Exponga el contenido del texto en su conjunto y después presente su comentario, o bien exponga el texto por partes alternando sus comentarios.
- No reseñe el texto narrando todo el argumento.
- Solamente refiera el tema y algunos pasajes que le parezcan importantes.

Los objetivos que se persiguen con la elaboración de una *descripción densa* son:

- a) Llegar a una definición detallada de las características materiales de la fuente o del objeto.
- b) Resaltar las formas diferenciadas, no homogéneas.
- c) Delimitar una justificación simple que argumente las características del objeto de estudio.
- d) Definir la parcialidad desde el lugar del que usted analiza su objeto de estudio.

Sugerencias y estrategias para la elaboración de una descripción densa:

- Vincular el método antropológico con los intereses de análisis e interpretación particulares del objeto de estudio.
- Intentar una amplia descripción que defina y caracterice las condiciones materiales del objeto de estudio así como su contenido, en relación con una representación que debe ser interpretada.

- Establecer relaciones entre un objeto no homogéneo y un ámbito de referentes donde aquél adquiere significado.

Los objetivos que se persiguen con la elaboración de un *comentario crítico* son:

- a) Sintetizar las principales ideas y argumentos del autor.
- b) Comparar las ideas y argumentos del autor con los de otros autores y con juicios propios.
- c) Realizar un examen crítico de las cualidades del texto analizado.
- d) Señalar tanto los puntos positivos como sus defectos y limitaciones.
- e) Transferir experiencias previas (conocimientos, estudios realizados, etc.) a problemas y objetos de estudio nuevos.
- f) Establecer relaciones, cuestionar el conocimiento consuetudinario, examinar los efectos de la historicidad del conocimiento histórico; problematizar los objetos de estudio y formular nuevas preguntas.

Sugerencias y estrategias para la elaboración de un comentario crítico:

- Evaluar el texto que se estudia, fundamentando con argumentos la propia interpretación.
- Tomar posición ante el texto y manifestar el punto de vista personal.
- Asumir, al expresar una opinión personal, la responsabilidad de valorar o evaluar lo que se reseña.

Los objetivos que se persiguen con la elaboración de un *ensayo* son:

- a) Ampliar los conocimientos sobre el tema que se escribe.
- b) Desarrollar las habilidades para transmitir por escrito lo que se piensa.
- c) Desarrollar las habilidades de argumentación y fundamentación de sus propios puntos de vista.
- d) Reflexionar sobre la metodología que utilizará como herramienta de análisis.

Sugerencias y estrategias para la elaboración de un ensayo:

- Se trata de un género subjetivo, e incluso puede ser parcial; por lo común, el propósito del autor será persuadir al lector.
- En el ensayo el autor no se propone agotar el tema que trata, sino exponer su pensamiento, reflexionar.
- Sustente la validez de su opinión.

Apéndice

Para comprender tanto la problemática como el eje teórico-metodológico en que se basarán los estudios historiográficos propuestos, es fundamental entender en qué sentido se utilizarán los siguientes conceptos, en el entendido de que no pretendemos asentar definiciones universales, sino ver sus posibilidades y su pertinencia para los estudios historiográficos.

Historiografía crítica. Existen distintas acepciones del término “historiografía”, lo cual hace necesario usar, para diferenciarlo, el concepto de “historiografía crítica”. En las acepciones más difundidas, “historiografía” designa, entre otras, historia de la historia escrita (en general, y sobre algún tema en particular, como historiografía de la Revolución Mexicana, o de la Edad Media, es decir, el conjunto de trabajos especializados relacionados con un tema o una época en particular); historia escrita; formas de hacer historia; en parte, contiene preocupaciones metodológicas, sobre todo en relación con la historia de la disciplina (del quehacer histórico, del llamado quehacer historiográfico); historiografía en relación con ciertas corrientes, por ejemplo historiografía marxista.

Consciente de la historicidad a que está sujeta la organización del conocimiento en general, y del histórico en particular, la historiografía crítica propone analizar, problematizar e historizar no sólo los objetos de estudio y su recepción, sino además los dos tipos de discursos que en las ciencias sociales, humanas y de la conducta sirven tradicionalmente para explicar y apoyar la comprensión de los objetos de estudio: los discursos teóricos y los paradigmas que los sostienen, así como los modelos que se utilizan para privilegiar ciertos discursos o conocimientos y erigirlos en contextos históricos. Al analizar los espacios teóricos junto con los ámbitos disciplinarios y los contextos constituidos para su explicación, les devolvemos, y eso vale

especialmente para las teorías del pensamiento histórico, su propia historicidad como potencial crítico y reflexivo abierto. La historiografía crítica designa así el espacio de un quehacer interdisciplinario y transdisciplinario que incluye en su reflexión los efectos de este quehacer sobre sus propios postulados.

Historicidad. Entendemos la historicidad como posibilidad, condición y necesidad para la constitución de lo histórico (Historia, historias, historiografía...), con base en una tensión entre por lo menos dos tiempos: el presente y cualquier modalidad de pasado. Los soportes de la historiografía son conceptos y nociones que en la actualidad se consideran indispensables para el trabajo académico relacionado con el pensamiento, el análisis y la constitución de los discursos históricos, los materiales así como las disciplinas de apoyo, todos ellos relacionados con la constitución de los saberes, las tradiciones y las condiciones necesarias, de acuerdo con los intereses, preguntas y formas de problematización que plasman los estudiosos. Uno puede percatarse de las grandes diferencias anotadas por los historiadores y otros científicos sociales ocupados en tareas de investigación y constitución del pensamiento histórico. En varios momentos de la historia de la disciplina, la ampliación temática conduce a procesos de ampliación y subdivisión disciplinarias y a cuestionamientos desde ángulos novedosos; a la vez, la interrogación de todo ello llega, en distintos momentos, hasta el cuestionamiento de la historicidad, desde la historicidad misma.

Por una parte, esa condición, esa necesidad y esa exigencia, ineludibles no sólo para la constitución en sí de lo histórico a partir de la historicidad, sino también en tanto rigor académico, tienen que ir dirigidas a algo. Por otra parte, ni la constitución ni la posibilidad ni la exigencia se pueden “aplicar” a la propia historicidad, por lo que se plantea que la historicidad da origen, mediante el cuestionamiento, a algo que queda sujeto, a su vez, a la historicidad misma.

Teoría. Toda teoría es no sólo la descripción de un comportamiento, un pensamiento, un significado; es, en primer lugar, parte de todo ello. Así como todo texto, todo modelo, toda abstracción, todo planteamiento, también toda teoría es un producto o una construcción cultural y socialmente determinada en el tiempo. El efecto para una teoría vista en su particularidad histórica es que desemboca en que se describe, en parte, a sí misma como si fuera distinta, cuando no ajena, incluso a sus propios postulados como teoría para lo histórico.

En la relación que establecemos en toda investigación con el ámbito de lo teórico, e independientemente de que uno se base en los postulados de una

u otra teoría (autor, escuela, corriente), hay que analizarlas, reflexionar en torno a ellas, puesto que forman parte del conjunto de correlaciones que constituyen lo histórico. Los distintos ámbitos de lo teórico y de las prácticas disciplinarias se afectan mutuamente, desde los conocimientos que los constituyen hasta aquellos otros que producen como efecto de sus interrelaciones.

El ámbito de lo teórico, lejos de fijar solamente las reglas de la investigación, el estudio y la escritura de la historia, resalta la historicidad de la misma a la vez que se ve afectada por ella. Su lugar no es ni el pasado ni el presente propiamente dichos, sino el arco de tensión que se establece entre los dos.

Partimos de la necesidad de diferenciar de qué hablamos en el ámbito del conocimiento histórico, cuando hablamos de teoría de la historia: por un lado, hay una serie de teorías sociales, pero también otras, por ejemplo sobre las culturas que tratamos en historia; y, por el otro lado, está todo aquello que determina, sustenta y conduce el quehacer científico (académico, cognitivo, racional) de una disciplina determinada: aquel marco cognitivo que permite reconocer, y sobre todo producir, reproducir y transmitir un pensamiento disciplinario determinado —en nuestro caso: el pensamiento histórico.

Bibliografía

LECTURAS OBLIGATORIAS

- Anderson, Perry, *Campos de batalla*, Barcelona, Anagrama, 1998 (edición en inglés, 1992). "Marshall Berman: modernidad y revolución", pp. 51-90.
- Appleby, Joyce, Lynn Hunt y Margaret Jacob, *La verdad sobre la historia*, Barcelona/Buenos Aires/México/Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1998. Segunda Parte, 6, "Posmodernismo y crisis de la modernidad", pp. 188-224.
- Bajtín, Mijáil, "La novela de educación y su importancia en la historia del realismo", en *Estética de la creación verbal*, México, Siglo XXI, 1995 (1a. edición española, 1982; 1a. edición rusa, 1979), pp. 200-248.
- , "El problema del texto en la lingüística, la filología y otras ciencias humanas. Un ensayo de análisis filosófico", en *Estética de la creación verbal*, México, Siglo XXI, 1995 (1a. edición española, 1982; 1a. edición rusa, 1979), pp. 294-323.
- Barthes, Roland, "The Death of the Author" (La muerte del autor), en *Image-Music-Text*, 21a. ed., Nueva York, Hill & Wang, 1999, pp. 142-148. (La primera edición en francés data de 1960. La edición en español se encuentra agotada.)
- Berman, Marshall, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, México, Siglo XXI, 1989 (edición en inglés, 1982). "Introducción. La modernidad: ayer, hoy y mañana", pp. 1-27; y el capítulo 2, "Todo lo sólido se desvanece en el aire: Marx, el modernismo y la modernización", pp. 81-128.
- Braudel, Fernand, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, 2 vols., México, FCE, 1992 (1a. edición en francés, 1949). "Prólogo a la primera edición francesa", el "Prólogo a la segunda edición francesa", y uno de los primeros tres capítulos: "I. Las penínsulas: montañas, mesetas, llanuras"; "II. En el corazón del Mediterráneo: mares y litorales", o "III. Los confines: el Mediterráneo mayor", vol. I, pp. 12-20, 21-23, 27-132, 133-220, y 221-303.
- Cavallo, Guglielmo y Roger Chartier (dirs.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, 1998 (edición en francés, 1997). "Introducción", pp. 11-52.
- Chartier, Roger, "Prólogo a la edición española" y "El mundo como representación", en *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa, 1995, pp. I-XII, 45-62.

- Danto, Arthur C., *Historia y narración*, Barcelona, Paidós (Pensamiento contemporáneo, 5), 3, 1989. "Oraciones narrativas", pp. 99-155.
- De Certeau, Michel, *La escritura de la historia*, México, UIA, 1993 (c 1978). Cap. II, "La operación historiográfica, 1. Un lugar social", pp. 69-82.
- Del Río, Ignacio, "De la pertinencia del enfoque regional en la investigación histórica sobre México", *Históricas*. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, núm. 28, México, UNAM, diciembre de 1989, pp. 21-32.
- Durán, Norma, Alfonso Mendiola y Guillermo Zermeño, *Historia y narración*, México, UAM-A/MHM (Colección "Guías de Estudio", Metodología III, 1995, pp. 11-62.
- Eco, Umberto, *Lector in fabula*, Barcelona, Lumen, 1981 (edición en italiano, 1977).
- Fontana, Josep, "La Academia no está legitimada para censurar", entrevista con Josep Fontana, *El País*, 2 de julio de 2000, Suplemento Domingo, pp. 8-9.
- Foucault, Michel, *¿Qué es un autor?*, México, Universidad Autónoma de Tlaxcala, 1985.
- , "Prefacio" de *Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI, 26a. edición en español, 1998 (1a. edición en español, 1968; 1a. edición en francés, 1966).
- Fukuyama, Francis et al., "Historia del futuro. Mesa redonda: El orden global en el siglo XXI", *Letras Libres*, núm. 13, enero de 2000, pp. 17-23.
- , "Second Thoughts: The Last Man in a Bottle", *The National Interest*, núm. 56, verano de 1999.
- , "The End of History?", *The National Interest*, núm. 16, verano de 1989.
- Gadamer, Hans-Georg, *Verdad y método*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1993 (1a. edición en alemán, 1960). "Análisis de la conciencia de la historia efectual", vol. I, pp. 415-458.
- , *Verdad y método*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1993 (1a. edición en alemán, 1960). "La historicidad de la comprensión como principio hermenéutico", vol. I, pp. 331-377.
- Geertz, Clifford, "Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura", *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 1992 (i 1973), pp. 19-40.
- , *Los usos de la diversidad*, Barcelona, Paidós, 1996 (edición en inglés, 1984). "Anti-antirrelativismo", pp. 93-127.
- Hamesse, Jacqueline, "El mundo escolástico de la lectura", en Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (dirs.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, 1998 (edición en francés, 1997), pp. 157-185.
- Haskell, Francis, *History and its Images*, Yale, Yale University Press, 1995. "Problems of Interpretation", pp. 131-158.
- Herbig, Jost, *La evolución del conocimiento. Del pensamiento mítico al pensamiento racional*, Barcelona, Herder, 1996 (edición en alemán, 1991). "Prefacio: El río como metáfora del conocimiento", pp. 9-16; "Expectativas y conocimiento", pp. 47-62; y "Tercera Parte: El conocimiento como principio", pp. 221-333.
- Koselleck, Reinhart, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993 (edición en alemán, 1979). "Introducción", pp. 13-18; Segunda Parte, "Sobre la teoría y el método de la determinación del tiempo histórico", pp. 105-201, y "'Espacio de experiencia' y 'Horizonte de expectativa', dos categorías históricas", pp. 333-357.

Bibliografía

- Lledó, Emilio, *El silencio de la escritura*, Madrid, Espasa Calpe (Colección Austral), 1998 (c 1991). "La escritura", pp. 69-95; "El textualismo", pp. 117-146.
- Moog-Grönewald, María, "Investigación de las influencias y de la recepción", en Dietrich Rall (comp.), *En busca del texto. Teoría de la recepción literaria*, México, UNAM, 1993, pp. 245-270.
- Patzig, Günther, "El problema de la objetividad y del concepto de hecho", en Silvia Pappe (coord.), *Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana*, México, UAM-A/UIA, 2000, pp. 143-165.
- Ricoeur, Paul, *Historia y narratividad*, Barcelona, Paidós, 1999 (1a. edición en francés de este artículo, 1986). "Qué es un texto", pp. 59-81.
- , *Historia y narratividad*, Barcelona, Paidós (Pensamiento contemporáneo, 56), 1999. "Para una teoría del discurso narrativo", pp. 83-155.
- , *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*, 3a. ed., México, Siglo XXI, 1999 (1a. edición en español, 1995; 1a. edición en inglés, 1976).
- , *Tiempo y narración*, México, Siglo XXI, 1995 (edición en francés, 1985), vol. III, Segunda sección, 1: "Entre el tiempo vivido y el tiempo universal: el tiempo histórico", pp. 783-816.
- , *Tiempo y narración*, México, Siglo XXI, 1995 (edición en francés, 1985). "Presentación", "Introducción", "Tiempo y narración. La triple mimesis", vol. I, pp. 9-35, 113-161.
- Rusch, Gebhard, "Recuerdos del presente", en Silvia Pappe (coord.), *Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana*, México, UAM-A/UIA, 2000, pp. 327-358.
- Rüsen, Jörn, "La escritura de la historia como problema teórico de las ciencias históricas. Bosquejo del fondo histórico de la discusión actual", en Silvia Pappe (coord.), *Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana*, México, UAM-A/UIA, 2000, pp. 235-264.
- , "Origen y tarea de la teoría de la historia", en Silvia Pappe (coord.), *Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana*, México, UAM-A/UIA, 2000, pp. 37-82.
- , "Ilustración histórica de cara a la posmodernidad: la historia en la era de la 'Nueva Dispersión'", en Silvia Pappe (coord.), *Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana*, México, UAM-A/UIA, 2000, pp. 427-456.
- Spiegel, Gabrielle M., "Historia, historicismo y lógica social del texto en la Edad Media", en Françoise Perus, *Historia y literatura*, México, Instituto Mora, 1994, pp. 123-161.
- Starobinski, Jean, 1789. *Los emblemas de la razón*, Madrid, Taurus, 1988 (1a. edición en italiano, 1973).
- Stierle, Karlheinz, "Experiencia y forma narrativa. Anotaciones sobre su interdependencia en la ficción y en la historiografía", en Silvia Pappe (coord.), *Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana*, México, UAM-A/UIA, 2000, pp. 457-499.
- Van Dijk, Teun A. (coord.), *El discurso como estructura y proceso. Estudios sobre el discurso I*, Barcelona, Gedisa, 2000. "Prefacio" y "El estudio del discurso", pp. 17-19, 21-65.
- Vergara, Luis, "Historia, tiempo y relato en Paul Ricoeur", *Historia y Grafía*, núm. 4, México, UIA, 1995, pp. 211-244.
- Viano, Carlo Augusto, "Los paradigmas de la modernidad", en Nicolás Casullo

Bibliografía

- (comp. y pról.), *El debate modernidad-posmodernidad*, Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto, 1993 (1989), pp. 175-193.
- Wallach Scott, Jean, "After History", en *History and the Limits of Interpretation*, marzo de 1996, Center for the Study of Cultures, Rice University: [~http://www.ruf.rice.edu/~culture/cfhistin.html](http://www.ruf.rice.edu/~culture/cfhistin.html)
- White, Hayden, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, FCE, 1992 (c 1973). "Introducción", pp. 9-50.
- Zermeño, Guillermo, "Sobre la crítica 'posmoderna' a la historiografía", una reseña de Georg G. Iggers, *Historiography in the Twentieth Century. From Scientific Objectivity to the Postmodern Challenge*, Hanover N.H./Londres, Wesleyan University Press, 1997, 182 p. *Historia y Grafía*, núm. 9, México, UIA, 1997, pp. 221-229.

BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA

Los siguientes textos pueden complementar las lecturas obligatorias, o sustituir algunas de ellas. El objetivo es que el interesado en profundizar en alguno de los problemas desarrollados en los ejes de trabajo tenga más información bibliográfica. La pequeña lista no pretende ser completa, ni su selección obedece a la idea de un balance.

- Aguilar Ochoa, Arturo, *La fotografía durante el imperio de Maximiliano*, México, UNAM, 1996.
- Anderson, Perry, *Los orígenes de la posmodernidad*, Barcelona, Anagrama, 2000 (edición en inglés, 1998).
- Bachelard, Gaston, *La poética del espacio*, México, FCE, 2000 (1a. edición en francés, 1957). Cap. IX, "La dialéctica de lo de dentro y lo de fuera", pp. 250-270.
- Barthes, Roland, "Rhetoric of the Image" (1964) en *Image-Music-Text*, 21a. reimp., Nueva York, Hill and Wang, 1999, pp. 32-51.
- Bhabha, Homi K., *The Location of Culture*, Londres/Nueva York, Routledge, 1995.
- Brown, Jonathan, J. A. Emmens, *Otras Meninas*, Barcelona, Ediciones Siruela, 1995. Véase especialmente la "Introducción" de Fernando Marías (pp. 13-26), y los trabajos de Michel Foucault, "Las Meninas" (pp. 31-41); Joel Snyder, "Las Meninas y el espejo del príncipe" (pp. 129-152); Svetlana Alpers, "Interpretación sin representación: mirando Las Meninas" (pp. 153-162); y John F. Moffitt, "Anatomía de Las Meninas: realidad, ciencia y arquitectura" (pp. 171-180).
- Chartier, Roger, *Lecturas y lectores en la Francia del antiguo régimen*, México, Instituto Mora, 1994.
- Darnton, Robert, *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, México, FCE, 1987. Véase especialmente el capítulo "Un burgués pone en orden su mundo: la ciudad como texto", pp. 109-147.
- Fein, Seth, "La diplomacia del celuloide. Hollywood y la edad de oro del cine mexicano", *Historia y Grafía*, núm. 4, México, UIA, 1995, pp. 137-176.
- Fukuyama, Francis, "Reflections on 'The End of History' Five Years Later", en

Bibliografía

- Timothy Burns (ed.), *After History: Francis Fukuyama and His Critics*, Lanham, MD: Rowman and Littlefield, 1994.
- , *El fin de la historia y el último hombre*, Madrid, Planeta, 1994 (i 1992).
- LeGoff, Jacques, *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*. Segunda Parte: El orden de la memoria: I. Memoria; II. Calendario; III. Documento/monumento.
- Lewis R., Bionford, *En busca del pasado*, Barcelona, Crítica, 1994 (edición en inglés, 1983). Se recomienda sobre todo la lectura del capítulo 5, "Una odisea arqueológica", pp. 103-116.
- Mendiola, Alfonso, *Bernal Díaz del Castillo. Verdad romanesca y verdad historiográfica*, México, Departamento de Historia, UIA, 1995.
- Merleau-Ponty, Maurice, *Lo visible y lo invisible. Seguido de notas de trabajo*, Barcelona, Seix-Barral, 1970.
- Nicolás, Juan Antonio, y María José Frápolli (eds.), *Teorías de la verdad en el siglo XX*, Madrid, Tecnos, 1997. De este libro, se recomienda especialmente los siguientes textos: Hans-Georg Gadamer, "¿Qué es la verdad?"; Michel Foucault, "Verdad y poder"; Josef Simon, "Lenguaje y verdad"; todos ellos, pp. 431-477.
- Prado, Gloria, *Creación, recepción y efecto*, México, Diana, 1992.
- Quiroz Ávila, Teresita, "Los relatos discontinuos. Caminos para los fraccionamientos porfirianos en Azcapotzalco", tesis de Maestría en Historiografía de México, México, UAM-A, 1999.
- Ricoeur, Paul, "La realidad del pasado histórico", *Historia y Grafía*, núm. 4, México, UIA, 1995, pp. 183-210.
- Rorty, Richard, "El idealismo del siglo XIX y el textualismo del XX", *Consecuencias del pragmatismo*, Madrid, Tecnos, 1996, pp. 217-240.
- Rosenstone, Robert A., *El pasado en imágenes*, Barcelona, Ariel, 1997 (*Revisioning History: Film and the construction of a New Past*, Princeton University Press, 1995).
- Said, Edward, *Cultura e imperialismo*, Barcelona, Anagrama, 1996.
- Serna, Justo y Anacleto Pons, *Cómo se escribe la microhistoria. Ensayo sobre Carlo Ginzburg*, Valencia, Frónesis-Cátedra Universitat de Valencia, 2000.
- Vallado Fajardo, Iván, "Cristianos españoles e indios yucatecos en las historias del siglo XVI y XVII", tesis de Maestría en Historiografía de México, México, UAM-A, 2000.
- White, Hayden, "El acontecimiento modernista", en Fernando García Selgas y José Bernardo Monleón Plancha (eds.), *Retos de la posmodernidad. Ciencias sociales y humanas*, Madrid, Trotta, 1999, pp. 185-205.

CUADRO SINÓPTICO DE LAS ACTIVIDADES

*Ejes de trabajo, primer grupo:
El desarrollo de conceptos, su problematización, su historicidad*

Temporalidad	En un comentario crítico de 4 cuartillas, exponga brevemente la noción de tiempo histórico, a partir de los textos de Ricoeur y Koselleck.	Comentario crítico
Espacio	Elabore un comentario crítico en que compare todos los textos de este eje de trabajo.	Comentario crítico
Principios dominantes	Elabore un cuadro sinóptico en torno a los parámetros que identifica Herbig como marcas que señalan los cambios y las transformaciones del pensamiento.	Sintetice en un párrafo la idea central que maneja Gadamer sobre los prejuicios.
Discursos	Realice una reseña por cada uno de los textos de Van Dijk, Foucault, Stierle y Ricoeur.	Reseña

*Ejes de trabajo, segundo grupo:
Condiciones y posibilidades del conocimiento sobre el pasado*

Explicación nomológica e intencionalidad	En un comentario muy breve, de una cuartilla, sintetice la idea central del artículo de Patzig y asuma una posición propia al respecto.	En un texto de 5 cuartillas relacione la propuesta de Danto con la de Ricoeur.
Debates en torno a la modernidad	En un cuadro sinóptico identifique los parámetros de modernidad que ofrece Viano, y aplíquelos a los otros textos leídos.	Comentario de los resultados obtenidos.
La posibilidad de la historia como representación de la historicidad	En 5 cuartillas, desarrolle los siguientes dos conceptos, considerando el potencial de su historicidad: realidad histórica y representación.	Desarrollar conceptos
La escritura de lo histórico	A partir de la lectura de Emilio Lledó, Hayden White y Jörn Rüsen, elabore un listado con un mínimo de tres argumentos que afirmen el carácter problemático de la escritura de la historia, y coméntelos, asumiendo una posición crítica.	Síntesis y comentario

CUADRO SINÓPTICO DE LAS ACTIVIDADES (*concluye*)

*Ejes de trabajo, tercer grupo:
Procesos de significación en los conocimientos sobre el pasado*

Narratividad frente a hermenéutica	Elabore un ensayo, de 8 cuartillas máximo, que integre las propuestas de Ricoeur, de todos los textos del autor leídos hasta ahora; que integre asimismo la propuesta hermenéutica; que diferencie la hermenéutica de otras propuestas de interpretación; y en el que usted ubique su propia posición teórica, considerando sus prejuicios (en el sentido gadameriano) y su horizonte de expectativas.	Ensayo
Autor-lector: los procesos de significación	Elabore un cuadro sinóptico en torno a las lecturas que realiza de Barthes, Foucault y Chartier, relacionando las distintas nociones de las funciones del autor y del lector. En un comentario crítico basado en Chartier y Hamess, analice los alcances y los límites de la lectura como medio de conocimiento. Extensión: 3 cuartillas. A partir de Paul Ricoeur, explique el concepto de mimesis. Extensión: 3 cuartillas.	Cuadro sinóptico y comentario crítico
Textos y otras grafías (significado, orden, uso, etcétera)	Ensayar una “descripción densa” sobre un objeto cultural con posibilidad de ser historizado y problematizado para la historiografía crítica.	Descripción densa
Recepción e historia efectual	Elabore un ensayo en el que evalúe las propuestas de recepción y de la historia efectual como vías de análisis.	Ensayo
El fin de la historia: cuestionamientos y propuestas desde la posmodernidad	En un ensayo de 8 cuartillas, asuma una posición ante la posmodernidad y exponga cuáles son los problemas que desde esta posición se plantean en su investigación: convivencia de varias temporalidades, el manejo de distintos cronotopos (no sólo horizontes), la problematización de las condiciones en que se constituye el conocimiento histórico en tanto objeto de estudio.	Ensayo

Índice

Presentación	7
Objetivos generales	9
Sistema de trabajo	11
Introducción general a la teoría de la historiografía crítica.	13
Lectura obligatoria	22

EJES DE TRABAJO, PRIMER GRUPO
EL DESARROLLO DE CONCEPTOS, SU PROBLEMATIZACIÓN,
SU HISTORICIDAD

Temporalidad	29
Lecturas obligatorias	36
Actividades	37
Espacialidad	39
Lecturas obligatorias	43
Actividades	44
Principios dominantes	47
Lecturas obligatorias	48
Actividades	49
Discursos.	51
Lecturas obligatorias	55
Actividades	56

EJES DE TRABAJO, SEGUNDO GRUPO
CONDICIONES Y POSIBILIDADES DEL CONOCIMIENTO SOBRE EL PASADO

Explicación nomológica e intencionalidad	67
Lecturas obligatorias	73

Índice

Actividades	73
Debates en torno a la modernidad	75
Lecturas recomendadas	81
Actividades	82
La posibilidad de la historia como representación de la historicidad	83
Lecturas obligatorias	88
Actividades	89
La escritura de lo histórico	91
Lecturas obligatorias	95
Actividades	96

EJES DE TRABAJO, TERCER GRUPO

PROCESOS DE SIGNIFICACIÓN EN LOS CONOCIMIENTOS SOBRE EL PASADO

Hermenéutica y narratividad	107
Lecturas obligatorias	112
Actividades	113
Autor-lector: los procesos de significación	115
Lecturas obligatorias	120
Actividades	121
Textos y otras grafías (significado, orden, uso, etc.)	123
Lecturas obligatorias	129
Actividades	130
Recepción e historia efectual	133
Lecturas obligatorias	138
Actividades	139
El fin de la historia: cuestionamientos y propuestas desde la posmodernidad	141
Lecturas obligatorias	152
Actividades	153
Recomendaciones al tutor	155
Criterios básicos para la elaboración de los trabajos sugeridos	157
Apéndice	161
Bibliografía	165
Lecturas obligatorias	165
Bibliografía complementaria	168
Cuadro sinóptico de las actividades	171

Historiografía crítica: una reflexión teórica
se terminó de imprimir en mayo de 2001
en los talleres de Sans Serif Editores, S.A. de C.V.,
Leonardo da Vinci 199, col. Mixcoac, 03910 México, D.F.
El tiro consta de 1 000 ejemplares más sobrantes
para reposición.
La composición tipográfica, la formación, la producción
y el cuidado editorial estuvieron a cargo
de Sans Serif Editores,
tel. 5611 37 30, telfax 5611 37 37.
serifed@prodigy.net.mx

MARÍA LUNA ARGUDÍN es doctora en historia, profesora-investigadora de la Maestría en Historiografía, UAM-Azcapotzalco, y miembro del SNI. Sus principales líneas de investigación son historia e historiografía del liberalismo, romanticismo y positivismo. Además, es especialista en la problemática en torno a la lectura y escritura universitarias. Fue distinguida con el Premio Rafael Dondé 2000, otorgado por el Senado de la República. Principales publicaciones: *Aprender a pensar leyendo bien* (en coautoría con Yolanda Argudín), México, UIA/Plaza y Valdés, 1995; *El Congreso de la Unión en las transformaciones del federalismo y liberalismo mexicanos, 1857-1910* (en prensa).

Otros títulos en esta colección

- Sergio A. Martínez Delgadillo,
*Parámetros de diseño de sistemas
de tratamiento de aguas residuales*
- Lidia Girola (coord.), *Una introducción
al pensamiento de Anthony Giddens*
- Berenice Guadalupe Quintana Díaz,
Margarita Beltrán Villavicencio
y Jorge Francisco Rodríguez González,
*Problemario de introducción
a la ingeniería química*
- Raúl Morales Castañeda, *Las relaciones
económicas con el exterior,
la balanza de pagos y el mercado de divisas*



Historiografía crítica: una reflexión teórica es un libro de texto dirigido a estudiantes, profesores e investigadores interesados en los recientes debates en los que se ha cuestionado la posibilidad misma de conocer el pasado histórico y su significación para el presente.

Mediante una propuesta didáctica basada en la reflexión teórica y la investigación, se abordan los procesos de construcción, significación, representación y recepción de la historia, entendida como pasado, como disciplina y como significativa para otros conocimientos, con especial énfasis en la historicidad.

El lector tendrá la oportunidad de conocer una bibliografía especializada de cada uno de los campos; asimismo, se han diseñado una serie de actividades para lograr una mayor comprensión de los complejos problemas aquí tratados.

